

IDA  
CCI

ONOMA  
PQ1783  
.R4  
C4ALDE  
1833  
v.1



1020134789

EL CEMENTERIO  
DE  
LA MAGDALENA.

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



For information on the location of the library, call 222-1111



U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

®

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Paris, imprenta de DEMONVILLE, calle Cristina,  
n.º 2.





*El monarca y su familia tratan de recibir  
de mi mano y en secreto el augustísimo sacramento  
de la Eucaristía. Tom. I.º pag. 73.*

EL CEMENTERIO  
DE  
LA MAGDALENA,

POR

J. J. REGNAULT-WARIN.

EDICION CORREGIDA Y AUMENTADA CON UN RESUMEN  
DE LAS VIDAS DE LUIS XVI, DE MAD. ISABEL,  
DE LA DUQUESA DE ANGLEMA, DE LUIS XVIII,  
DE CARLOS X, Y DE LOS DUQUES DE  
ANGLEMA Y DE BERRY.

POR D. VICENTE SALVA.

TOMO PRIMERO.



PARIS,

LIBRERÍA HISPANO-AMERICANA,  
CALLE DE RICHELIEU, n.º 60.

1833.

PQ1783

R4

C4

1833



FONDO  
PÉREZ MALDONADO

DIRECCIÓN GENERAL DE

## PRÓLOGO

DEL

EDITOR.

MIÉNTRAS sostuvo la Península su desigual lucha con Napoleón, todo lo que escitaba contra la nación francesa el odio de los españoles, contribuía para inflamar su entusiasmo y conseguir el vencimiento. Ocupado en la publicación de varias obras, me pareció que el *Cementerio de la Magdalena* llenaría este patriótico objeto; y deseando darlo pronto á la estampa, encargué la traducción del tomo segundo á D. Eugenio Tapia, yo me reservé la del



último, y confié la del primero y tercero á un sugeto, cuya vasta lectura y no comunes conocimientos parecían hacerle sobradamente idóneo para este trabajo. Lo desempeñó sin embargo tan poco á gusto mio, que tuve que variar toda la traducción; y despues de haber empleado entónces mucho tiempo, y de haber en cada una de las ediciones siguientes corregido siempre alguna cosa, todavía se resiente esta parte de la dureza y forzado giro que le comunicó la primera mano: tan cierto es, que vale mas y cuesta ménos rehacer las producciones que tienen un vicio radical en el estilo, que empeñarse en trabajar sobre cimientos defectuosos.

No he hallado tanta dificultad en rectificar otras faltas de que adole-

cia el *Cementerio*. Cuando salió á luz en 1811, la libertad de imprenta había ya sido sancionada por las Cortes constituyentes; pero como planta nueva, no estaba bien radcada en los ánimos de las autoridades protectoras de esta salvaguardia del pensamiento, ni aun en la generalidad de las personas que gustan de leer. Por esto se creyó necesaria la supresion de todo lo que era poco favorable á la nacion británica, con la que teníamos á la sazón una íntima alianza, pensando que era aquella tan vidriosa y novicia en la carrera de la libertad como nosotros. El rigor con que la imprenta estuvo vigilada posteriormente en España, ha prescrito en varias épocas la omision de cuanto elogiaba directa ó indirectamente á los hom-

bres ó sucesos de la república francesa, ó bien á los Gobiernos que descansan en basas mas sólidas que la arbitrariedad. Todas estas lagunas se han llenado en la presente edición, que está conforme con el original, á escepcion de uno ú otro pasage, que no podía retenerse sin faltar á las reglas del buen gusto, como lo es el principio de la *Noche octava*. Puede asegurarse sin reze-lo, que esta es la vez primera, que libre el *Cementerio* de toda supresion nacida de circunstancias pasageras, presenta íntegras las opiniones de su autor.

La traduccion ha recibido tambien grandes mejoras, no solo por haber sido revisada con todo cuidado, sinó porqué conociendo ahora las localidades que la obra designa,

he corregido los graves yerros que no puede ménos de cometer cualquiera que habla de paseos, barrios, calles y edificios que no ha visto, y cuya existencia sabe tan solo por la mencion casual que de ellos hace el libro que traduce.

Pareciéndome que la vida de Luis XVI, puesta al principio de la cuarta edicion valenciana, no está bien acorde con los sentimientos de Regnault-Warin, y mucho ménos la ridicula *Pintura poética de las virtudes de aquel rey*, que cierra el tomo último; siempre pensé refundir la primera, y sustituir al destestable opusculito de Demonville una noticia biográfica de los varios individuos de la familia real que sobrevivieron á la muerte de la reina y del Delfin, la cual puede interesar



mas al lector. Falto de tiempo para formarla por mis muchas ocupaciones, había rogado á mi amigo Don Andres Visedo que la redactase; pero su regreso á los patrios lares no le ha dado tiempo mas que para reunir las noticias, y yo no he tenido el necesario para estenderlas y ordenarlas á mi gusto. El impresor me estrechaba diariamente por original, y me veía obligado á prepararlo en pocas horas. Sin embargo he procurado guardar en todo lo que he añadido, un tono análogo al del autor del *Cementerio*, que si bien, como realista, se manifiesta adicto á aquella familia desgraciada, ni desconoce las ventajas de los Gobiernos fundados en las leyes, ni denigra ciegamente á todos los personajes y hechos de la época de la re-

pública, distinguiendo los excesos que la mancharon, de las disposiciones que tanto bien causaron á la Francia, y de los rasgos con que muchos ciudadanos acreditaron su puro y desinteresado patriotismo.

Las cuatro láminas que adornan esta edicion, se han copiado de las que lleva la primera; y como ahora se ha añadido cerca de medio tomo, resulta que el tercero contiene los pasages que dicen relación con dos láminas. No obstante, representando una de ellas el acto de la coronacion del Delfin, ó sea de Luis XVII, en la cárcel, no parece del todo fuera de su lugar al frente del cuarto volumen, donde se refieren con especialidad la prision, padecimientos, enfermedad y muerte de este príncipe.

La favorable acogida que ha logrado el *Cementerio de la Magdalena* en todos los pueblos que hablan la lengua castellana, pues no bajan de diez mil los ejemplares impresos en España, además de la edición hecha en Burdeos; prueba que todos leen con gusto un libro, en que en medio de incidentes que tienen el aire de novela, se refieren los grandes sucesos, de que fué teatro la Francia á fines del siglo XVIII. Tanto cautivan nuestra atención los acontecimientos, que á manera de un torrente impetuoso, envuelven en su rápido curso hasta los tronos, á pesar de que la generación presente se ha familiarizado con sucesos los mas ruidosos, y ha sido testigo ocular de la historia de muchos siglos. ¿Qué serie de cosas no ha pa-

sado en efecto, desde que en 1811 publiqué la vez primera esta obrilla? El capitán afortunado, con quien mi patria sostenía entónces una guerra encarnizada, se estrelló contra el denuevo de una nación que yacía en el olvido, y atajado el curso de sus victorias, perdió en consecuencia su trono, cediéndolo á una familia errante y proscrita. Apenas había reinado esta diez y seis años, cuando se ha visto obligada á dejar el lugar á su rama menor, la cual, mal sentada todavía, no presenta la perspectiva de un arraigo duradero. Yo mismo que he procurado tener una vida oscura, ¿qué vicisitudes no he experimentado desde aquel tiempo? Viajando á veces por eludir las pesquisas de la Inquisición; envuelto luego en ellas; nombrado en segui-



da por mis conciudadanos como su representante en Cortes; proscrito por haber obrado con arreglo á mis poderes y á mi conciencia, y habiéndolo por seis años la nebulosa atmósfera de Londres; ¿cómo había de imaginar que vendría á reproducir en las orillas del Sena el mismo libro, que en circunstancias tan diferentes había publicado en la risueña Valencia? ¿Quién pudiera soñar entonces, que en el discurso de veinte años, el hombre que avasallaba casi toda la Europa, perdería su corona, la recobraría otra vez, y moriría en una isla, mereciendo mas reconvenções por el bien que ha dejado de hacer, que por los males que ha causado; que una raza antigua de reyes recobraría el trono, para cederlo mas tarde á una

de sus ramas; que España pasaría del Gobierno constitucional al absoluto, volvería de este al primero, que desapareció de nuevo; y que á la hora en que esto se escribe, empieza á verificarse en aquel suelo original un cambio tranquilo y favorable á la libertad? Con todo semejantes acontecimientos que sorprenden al vulgo, se los explica fácilmente el filósofo, que no ve en ellos sinó un resultado de la resistencia que las pasiones de los gobernantes oponen á la opinion pública. «La sociedad,» decía Talleyrand, (\*) hombre, cuyo talento, sagacidad y prevision pocos ponen en duda, «la sociedad está destinada

(\*) En su dictámen leído en la cámara el 24 de julio de 1821 sobre que no debía renovarse la censura para los escritos.



« por sus adelantos progresivos á  
 « experimentar nuevas necesidades.  
 « Estoy de acuerdo en que los Go-  
 « biernos no se adelanten á su cur-  
 « so dándoles anticipadamente la  
 « fuerza de derecho; pero cuando  
 « las han reconocido, volver á to-  
 « mar lo que ya se ha dado, ó lo  
 « que viene á ser lo mismo, suspen-  
 « der y poner continuas trabas á las  
 « facultades concedidas; es una te-  
 « meridad, de que nadie tanto co-  
 « mo yo desea, que no tengan que  
 « arrepentirse los que siguen este  
 « plan, cómodo al parecer, aunque  
 « funesto. Nunca debe compromete-  
 « rse la buena fe del Gobierno.  
 « Al presente no es fácil engañar á  
 « la larga: hay quien tiene mas pers-  
 « picacia que Voltaire, mas que Bo-  
 « naparte, mas que cada uno de los

« Directores, y mas que los minis-  
 « tros pasados, presentes y futuros;  
 « y este es *todo el mundo*. Obsti-  
 « narse pues, y aun insistir en una  
 « lucha contra lo que *todos* creen  
 « ser interes suyo, es una falta; y  
 « hoy día todas las faltas políticas  
 « acarrearán riesgos. »

Paris, á 24 de enero  
 de 1833.

## RESÚMEN HISTÓRICO

DE LA VIDA

## DE LUIS XVI.

---

Luis xvi nació en Versalles el 23 de agosto de 1754, y fué el segundo hijo de Luis, Delfin de Francia, y de María Josefa de Sajonia.

Manifestó desde los primeros años tener una alma franca, y buena disposicion para los estudios y conocimientos útiles; pero su carácter débil y la falta de confianza en su capacidad le impidieron que contribuyese tanto como hubiera po-



dido hacerlo, á su gloria y á la felicidad de su pueblo. El obispo de Limóges le instruyó en los principios de la religion, su padre le enseñó la gramática y varias lenguas, su madre la historia, y el duque de Vauguyon, dándole ejemplo, imprimió en su alma el amor al trabajo y la aversion al lujo y á los placeres.

Perdió á su padre en 1765, y no mucho despues á su madre; y no pudiendo consolarse de la pena que esto le causó, se mantuvo retirado por algunos meses sin presentarse en público. Cuando por primera vez se vió obligado á ello, y al atravesar los salones de palacio, oyó gritar *Paso al señor Delfin*, sus ojos se inundaron en lágrimas, y cayó desmayado.

Había tiempo que los intereses de la Francia y del Austria estaban en oposicion, y para conciliarlos, se pensó en enlazar á Luis con la princesa María Antonieta, hija de María Teresa. La celebracion de este matrimonio se realizó con auspicios, que parece presagiaban las desgracias que debían acompañar á los dos esposos hasta su muerte. El dia 16 de mayo de 1770, en el momento mismo de celebrarse la ceremonia nupcial en Versalles, un aguacero espantoso inundó la ciudad; y euando el 3o del mismo mes se celebraron en Paris las fiestas del casamiento, la plaza de Luis xv fué teatro de catástrofes infinitamente mayores. Se cree que perecieron 1200 personas en los

escombros de la calle real que se estaba reedificando, por no haber tomado la policía las debidas precauciones. Los festines de la corte dieron tambien lugar á incidentes desagradables, que empezaron á indisponer á la reina con la nobleza francesa, demasiado adherida á su antigua etiqueta.

A poco tiempo la muerte de Luis xv puso en el trono á su hijo, al que subió este el 10 de mayo de 1774 con el título de Luis xvi, siendo, como todo rey jóven, bien quisto del público. Aunque temblaba de aceptar tan delicado y angusto destino, no dejó de tener acierto en las primeras disposiciones que le dictó su corazon. Se en-  
 contraba la Francia aniquilada con

los gastos de una guerra ruinoso por mar y por tierra, exhausta de consiguiente la hacienda, el comercio sin vigor, y nula la marina. Para sacarla de este estado, el primer paso que dió; fué llamar al ministerio á Mr. Machault, hombre muy digno de desempeñarlo; y el primer decreto de su reinado dispensó al pueblo del derecho conocido con el nombre de *fausto advenimiento al trono*. A este siguió otro, en que fué reconocida la deuda pública, y levantado el destierro que sufrían muchos hombres de mérito. Fueron suprimidas las pensiones dispensadas al favor, se estableció el *monte de piedad* para Paris, y la *caja de descuento*, y se aseguró el pago de las rentas, llamadas de la *casa con-*



*sistorial*; con lo que desaparecieron los temores de una bancarrota.

El pueblo frances empezó á gozar de los beneficios que la filantropía del rey le proporcionó con la abolicion del tormento, de la servidumbre personal y de la pena de muerte impuesta á los desertores. El zelo del monarca se dirigió particularmente á dar impulso á las obras y establecimientos públicos. Visitó en 1780 el puerto de Cherbourg, y al paso por Normandía recibió de los pueblos las demostraciones mas espresivas de amor y de gratitud. Queriendo corresponder á ellas con un rasgo notable, dió á su primer hijo varon el título de *duque de Normandía*. El nacimiento de este fué celebrado por el

pueblo de Paris con un baile, que abrió el rey el 21 de enero de 1782. Once años despues en igual dia fué conducido Luis al patíbulo, en la misma ciudad que le había aplaudido y vitoreado. Esta contraposicion no puede esplicarse sinó por el deseo de novedad que dominaba á todos los espíritus en aquella época, y por la grande habilidad y vastos conocimientos que necesitan tener los hombres que han de gobernar á un pueblo, cuya ilustracion se aviene mal con las costumbres y prácticas de sus mayores.

Los ministros de Luis quisieron satisfacer los deseos de los franceses con devolver á los protestantes la plenitud de los derechos civiles, dando un carácter legal á sus casa-

mientos; con ensayar el establecimiento de administraciones provinciales, y con declararse auxiliares de los Estados-unidos de América para su emancipacion. Pero estas medidas no podían contentar á un pueblo, que se creía con derecho para formarse sus leyes y votar las contribuciones; y como por otra parte estas eran escesivas, se hallaba muy distante de creer que podía ser feliz bajo el sistema que le regía.

Agotados todos los recursos con la guerra de América, aniquilado el pais por los estragos que habían causado las avenidas de los rios en un invierno largo y rigoroso, hubo de recurrirse al llamamiento de una reunion de personas distinguidas

por sus luces y empleos. Juntáronse estas, y despues de haber propuesto algunos proyectos útiles, se les mandó que se disolviesen, por haber manifestado opiniones peligrosas para el Gobierno. Como los diputados deliberaron sin poder decretar, quedó nulo cuanto se proyectó; y la Francia no logró otro resultado sinó las disputas embrolladas é interminables sobre puntos de hacienda entre Necker y Calonne, ministros que no conocieron uno ni otro la nacion cuyos intereses administraban.

Una de las medidas sugeridas por el cardenal de Brienne á su entrada en el ministerio, fué el impuesto del papel sellado. El parlamento lo desechó, y se declaró incompe-



tente para establecer nuevas contribuciones; lo que equivalía á decir, que se convocasen los *Estados generales*. Su convocacion se había mirado en todos tiempos como un remedio estremo á males desesperados; ménos acaso por el alivio que los pueblos podían experimentar, que por la ilusion y las esperanzas que les hacían concebir; porqué las naciones son como los particulares, que padecen muchas veces mas por lo que temen, que por lo que realmente sufren. De todos modos se tenía la idea de que examinando los abusos de la administracion y los vicios introducidos en las leyes, podría proveerse á las necesidades públicas. Adhirió pues Luis al voto general, y los Estados

se instalaron en Versalles á 5 de mayo de 1789. Desde las primeras sesiones se notó la imposibilidad de que el clero y la nobleza caminasen acordes con los diputados del pueblo, cuyo número era doble que el de cada una de las otras dos clases, contra lo que ántes se había practicado, especialmente en su última reunion de 1614. La cuestion primera de importancia que se propuso, fué, si debería votarse *por órdenes* ó *por individuos*. En los primeros momentos las dos clases privilegiadas pensaron que se votase por órdenes: el rey lo creyó igualmente, y aun mandó suspender las sesiones y cerrar las puertas del edificio en que se reunían. Entre tanto los diputados del estado llano, viendo cuan



difícil era que obrasen de acuerdo con las otras dos clases, se habían constituido en *asamblea nacional*, y no pudiendo ya juntarse en el local de los *Estados generales*, lo verificaron en una pieza del juego de pelota, donde hicieron juramento solemne de no separarse hasta concluir la *Constitucion* y la *regeneracion política*. Algunos individuos de la nobleza y del clero, que pensaban del mismo modo, indujeron á ceder á los demas de sus clases, y el mismo rey no pudo ménos de adherir á una opinion tan general. Así es que á las objeciones que el señor de Luxemburgo hizo acerca de la reunion, le respondió únicamente estas palabras. « Todo lo he  
« reflexionado : decid á la nobleza

« que le pido se reuna, y si esto  
« no basta, que se lo mando. Por  
« mi parte estoy pronto á todo género de sacrificios. *No permita*  
« *Dios que perezca ni un solo*  
« *hombre por mi causa.* »

La tolerancia mas generosa era la base de su conducta; pero las circunstancias en que se encontraba, eran de tal naturaleza, y tan contrapuestos los intereses que tenia que conciliar, que apenas cabía en la prudencia de los hombres gobernar con acierto, ni acallar las pretensiones exageradas de los partidos. Por una parte hizo, como hemos visto, una concesion, y aun un sacrificio á la opinion popular, y por otra mandó reunir 36000 hombres, que el mariscal de Broglio, ministro

de la guerra, hizo marchar hacia la capital, con el objeto de contener la sedición. Sin embargo estas tropas no llegaron con la prontitud que el caso exigía, y generalizada ya la sublevación, se dió lugar á que el pueblo de Paris, en union con muchos soldados de guardias francesas, se apoderase de los arsenales y de la Bastilla, pusiese fuego á las barreras, y ejecutase otros atentados horribles.

Atemorizado Luis con la noticia de tales sucesos, y rezelando que las tropas destinadas á sostener el trono, sirviesen de pretesto para derribarlo, dió orden al mariscal de Broglio para que disolviese aquel ejército. Entónces el mariscal, conociendo los peligros que podían cer-

car al monarca, le aconsejó se trasladase á Metz acompañado de sus tropas fieles, y así se acordó; pero en breve fué revocada la orden por el parecer de varias personas, que aconsejaron al rey, no solo que no saliese, sino que se presentase al dia siguiente en la asamblea. Puesto en pié en medio de la sala con la cabeza descubierta, conjuró con vehemencia á los diputados á que le ayudasen á restablecer el orden, y todos le dieron muestras á porfía de su fidelidad y adhesion, ofreciéndose á ser los guardas de su persona. El mismo dia hizo que los príncipes de su familia, que habían manifestado mas zelo en su favor, y otros muchos sugetos de distincion saliesen del territorio frances, para



sustraerse al odio popular; y resuelto á condescender en todo con la voluntad pública, se trasladó á la capital el 17 de julio, á fin de restablecer la tranquilidad, tantos dias alterada.

El pueblo que esperaba en la barrera, impidió á los guardias que le siguiesen, y el nuevo corregidor Bailly le dirigió las palabras siguientes: « Vuestro abuelo Enrique iv conquistó á su pueblo: hoy el pueblo ha conquistado á su rey. » Luis caminó lentamente hasta la casa de ayuntamiento entre las oleadas de una muchedumbre inmensa; y cuando se presentó á la ventana con la escarapela tricolor en el sombrero, fué acogido con aplausos unánimes de todos los ciudadanos. En se-

guida se restituyó á Versalles, donde nada ocurrió de importante hasta el 5 de octubre.

Con motivo de un convite que los guardias de corps dieron en aquella ciudad al regimiento de Flándes, se esparció la voz en Paris, que la escarapela tricolor, adoptada por la nacion, había sido pisada en él, y que se habían cantado varias coplas en menosprecio y burla del pueblo. Un movimiento de indignacion se apoderó de todos los ánimos, y la multitud furiosa, respirando venganza y destrucción, se dirigió á la residencia real, á pedir ó á tomarse satisfaccion de los agravios recibidos. La opinion general suponía, que los reyes y su familia habían tenido parte en las demostraciones

imprudentes de los guardias; y perdido ya el prestigio de la autoridad real, un tropel inmenso que había llegado á Versalles por la tarde, cercó durante la noche el palacio, forzó las centinelas, derribó las puertas, asesinó á los guardias, y penetró hasta el dormitorio de la reina, que debió á su diligencia en esconderse, el no ser asesinada.

El general Lafayette siguió á los amotinados, observándolos con algunas compañías de la milicia nacional de Paris, y si bien no pudo impedir los primeros excesos, consiguió despejar el palacio y establecer guardias; pero estas fueron de nuevo atropelladas y envueltas, hasta que la presencia del general y la llegada de refuerzos puso á los reyes

á cubierto del furor popular. Para que en lo sucesivo no se repitiesen las escenas de aquellos dias de fatal recuerdo, se propuso á los reyes, que se trasladasen á Paris; lo que verificaron en aquel mismo dia 6 de octubre.

El palacio de las Tullerías fué destinado para alojarlos, á pesar de no haber sido habitado por mas de un siglo. No obstante las incomodidades consiguientes á esta mudanza, el rey informó de su situacion á las provincias el dia inmediato, y pidió á la asamblea nacional, que se trasladase á Paris á continuar sus tareas.

El rumbo que poco á poco fueron tomando las cosas, exigió de Luis nuevos sacrificios; y el 14 de febrero



de 1790 aceptó la Constitución, pronunciando un discurso dictado por la sensibilidad de su corazón. Pero las necesidades, los temores y las desconfianzas se agolpaban, y la conducta indecisa y vacilante del monarca irritaba la impaciencia de los que pretendían reformar en poco tiempo abusos de muchos siglos. El *veto* puesto á la Constitución civil del clero, las reacciones intentadas por los realistas en las provincias, la inteligencia que en ellas se suponía tener la reina, y su correspondencia con las potencias extranjeras, llegaron á romper los pocos vínculos que unían á esta familia con el pueblo.

Restringida la potestad real, tanto por la Constitución como por los decretos de la asamblea, creyó

su poder eclipsado y nula su autoridad; y no pudiendo resistir á las ilusiones de los días de su poder absoluto, pensó en sustraerse á la posición violenta en que se encontraba, y refugiarse á un punto seguro, donde rodeado de sus adictos, pudiese dirigir de una manera diferente los negocios y los intereses públicos.

En la noche del 20 al 21 de junio de 1791 salió con toda su familia de las Tullerías, y cuando ya no le faltaban sino cuatro leguas para hallarse en medio de sus servidores, fué detenido en Varénas, y arrestado y conducido á París al mismo palacio que acababa de dejar.

La asamblea legislativa que había reemplazado en aquel tiempo á la

constituyente; se presentó con disposiciones poco favorables á la monarquía, y no tenía mucho que andar para destruir completamente la autoridad real, que había empezado á trastornar la asamblea constituyente. Para conseguirlo con mas facilidad, obligó al rey á que nombrase ministros que comenzasen la obra. Estos le hicieron mandar, aunque con repugnancia, el destierro de los sacerdotes que se negaban á jurar, la condenación á muerte de los emigrados, y la declaracion de guerra á todas las potencias de Europa. Tanta condescendencia, lejos de satisfacer las miras de sus enemigos, le atrajo los insultos y riesgos de la jornada del 20 de junio de 1792.

Treinta mil amotinados invadie-

ron aquel dia su palacio; y despues de haber sufrido muchas humillaciones, improperios y amenazas, logró por fin salvar la vida por la presencia de ánimo que no le abandonaba en los mayores peligros. Cuando Petion, corregidor de Paris, le dijo para tranquilizarle: *Señor, nada temáis*, respondió el rey con calma. « El hombre de bien que  
« tiene la conciencia limpia, jamas  
« tiembla: los que faltan á sus deberes, son los que han de tener  
« miedo. Ven » añadió tomando la mano de un granadero que estaba á su lado, « *dame la mano; pónmela sobre el corazon, y di á ese hombre, si late mas aprisa que lo regular.* » Todos quedaron silenciosos, y conocieron que nada es mas



propio para comunicar aliento, y aun intrepidez en los riesgos, que el testimonio de una buena conciencia.

Desde aquel momento, convencido Luis de la fatal suerte que le esperaba, procuró inspirar á su familia la resignacion necesaria para sufrir nuevas desgracias. No tardaron efectivamente mucho en tener que dar insignes pruebas de conformidad cristiana. El 10 de agosto del mismo año, se repitieron con mas furor las escenas de junio: la gente de los arrabales, en union con algunos cuerpos de marseleses, cercó las Tullerías, obligó á la familia real á refugiarse en la asamblea, y degolló á los suizos, que no hicieron una vigorosa defensa, por no faltar á la

orden que el rey les dió de no tirar. Con esta condescendencia puso término á los actos de su autoridad, porque los diputados, repuestos de sus temores, fallaron aquel mismo dia la destitucion del monarca.

Poco tiempo despues la Convencion nacional que sucedió á la asamblea legislativa, fulminó los decretos mas estraordinarios y espantosos de que se conserva memoria. Lo primero que hizo en 22 de setiembre de 1792, fué abolir el poder real en Francia; y como Luis y su familia estaban ya encerrados en la torre del Temple, no costó mucho encontrar pruebas y pretextos para conducir al rey y la reina al cadalso, segun se ve por la relacion circunstanciada del abate de Fermont, que



se copia en el *Cementerio de la Magdalena*. Para que el lector pueda comprenderla bien, me ha parecido conveniente anticipar las noticias que preceden, del estado de la Francia al estallar su revolución, y de los sucesos que motivaron las escenas trágicas, que forman el objeto de esta obra.



## EL CEMENTERIO

DE LA

# MAGDALENA.



A la caída de una tarde apacible de otoño, atravesando el ostentoso jardín de las Tullerías, iba á espaciar mis melancólicos pensamientos por la sombría arboleda de los Campos-eliseos, y despues de haber cruzado aceleradamente parte de la plaza de la revolución, donde casi humea todavía la sangre; me encontraba ya á la bajada del puente que lleva ahora el nombre de Luis xv, cuando un espectáculo maravilloso embargó de repente mi atención. Por encima de los árboles que

se copia en el *Cementerio de la Magdalena*. Para que el lector pueda comprenderla bien, me ha parecido conveniente anticipar las noticias que preceden, del estado de la Francia al estallar su revolución, y de los sucesos que motivaron las escenas trágicas, que forman el objeto de esta obra.



## EL CEMENTERIO

DE LA

# MAGDALENA.



A la caída de una tarde apacible de otoño, atravesando el ostentoso jardín de las Tullerías, iba á espaciar mis melancólicos pensamientos por la sombría arboleda de los Campos-eliseos, y despues de haber cruzado aceleradamente parte de la plaza de la revolución, donde casi humea todavía la sangre; me encontraba ya á la bajada del puente que lleva ahora el nombre de Luis xv, cuando un espectáculo maravilloso embargó de repente mi atención. Por encima de los árboles que



cierran el horizonte á la derecha, se disparaban un sinnúmero de exhalaciones, que cruzándose y entretejiéndose de mil modos, llenaban la esfera de arcos luminosos. Las pardas nubes, que cabalmente se habían agrupado por aquella parte, realizaban el brillo de estos repetidos destellos. Para disfrutar mejor de su vista, me senté en el pretil del puente, sirviéndome de respaldo el poste de un farol. Nada interrumpía el silencio que me rodeaba, mas que un confuso rumor lejano y el blando susurro de las aguas del Sena, que se deslizaban mansamente debajo de mis pies. Cubrióse luego la atmósfera de ráfagas centellantes que bañaban de un vjso azafranado las copas de los árboles, con cuya luz descubrí el gran cuadro de la ciudad, tan resplandeciente como pudiera estarlo con la presencia del sol. En ambas riberas, guarnecidas de faroles, reconocí las

cásas y los palacios con sus columnas suntuosas y sus fachadas simétricas, y los templos y los monumentos con sus remates angulares y sus medias naranjas; formando un raro contraste con los soberbios jardines, ricos pórticos y estremadas esculturas, las miserables chozas donde se afana el indigente.

Estaba tendiendo mi vista por la tortuosa corriente del Sena, en donde distinguía ya algunos barcos parados, ya los lavaderos, ya la larga galera de los baños; pero la antorcha que iluminaba esta perspectiva, apagándose de repente, la reengolfó en las tinieblas. Así sucede, discurría yo, con la brillantez encumbrada de los sabios y de los héroes, los cuales desde la eminente esfera donde residen, despiden torrentes de luz sobre cuantos los rodean, y el hombre vulgar deja de serlo, luego que se les acerca; mas en el momento que la muerte ó la adversi-

dad los sorprende, se eclipsa todo su brillo, y desaparece su gloria como el resplandor de un fuego artificial.

En esto, á la trémula luz de la luna, que empezaba á disipar las nubes con sus rayos, pude descubrir el tropel de gentes que salía por todas las calles de los Campos-eliseos. La plaza de la revolucion se llenó en breve de un gentío bullicioso é inquieto, cuyas oleadas se difundían por todas partes. Su confuso murmullo se mezclaba con la gritaría de los vendedores de diarios, con el relincho de los caballos, el estrépito de los carruages, las cantinelas de los petimetres, los reniegos de los cocheros y los lamentos de los mendigos.

Poco á poco se disminuyó el tropel, cesó el bullicio, y volvió á reinar un profundo silencio por todas partes. Dieron las once, y me levanté para disfrutar de una noche tan tranquila y serena. Me encaminé hacia los bañar-

tes, y al pasar junto al pedestal de la Libertad, no pude ménos de exclamar: Ay de mí! cuando la Europa estaba á los piés de mi patria, la estatua de su Libertad no era mas que de yeso: ¿á qué mano estará reservado el timbre de vaciarla en bronce?

Disipados ya los celages que encubrian la luna, alumbraba esta la mitad de la calle de la república, cuya hermosa salida termina, como todos saben, en la iglesia no concluida de la Magdalena. Una confusa claridad, mezclada con las sombras de este edificio, presentaba cuadros muy pintorescos. La vista de los hermosos efectos de la luz recuerda el nombre de Vernet, que supo espresarlos con su pincel tan al vivo, y mis labios lo estaban articulando; pero la funesta idea de que aquel monumento se había consagrado á la despoblacion y al vandalismo, anubló mi imaginacion. Este doble recinto de



paredes y de columnas medio derruidas encierra, decía yo á mis solas, la sima, donde el furor revolucionario hacina sus víctimas. Aquí descansan para siempre las cenizas del virtuoso, del rico, del malvado y del hombre de talento: aquí se abrazan las víctimas y los verdugos. Vergniaud, mudo, parece que ha perdonado á Robespierre; y un despreciable gusanillo se alimenta del corazón de un rey de Francia.

Estas lúgubres y lastimosas imágenes oprimían mi corazón, y estaba interiormente horrorizado. Poseída mi imaginación con estas ideas, creía ver salir por las anchurosas aberturas del monumento una muchedumbre de esqueletos ensangrentados, que vagaban al rededor de la columnata, buscándose con ansia, encontrándose con furor, y separándose con indignación. Dieron de repente un alarido terrible, y desaparecieron de mi vista.

Vuelto en mí, seguía caminando, después de haber pagado á aquellas sombras el debido tributo de dolor y sentimiento, cuando el eco de una música patética y lastimera hirió mis oídos. Póngome á escuchar, por ver si me había engañado; pero no tardó en sacarme de mis dudas una voz desentonada, aunque afectuosa, que siguió cantando este sencillo

## ROMANCE.

Un primoroso jardín  
Era mi gloria y mi dicha,  
Bañaba el sol sus matices  
Y el céfiro los mecía:  
Las rosas entre azucenas  
Su hermoso cáliz erguan,  
Y en su aroma y sus colores  
Hallaba yo mis delicias.  
Pero en el ardiente estío  
Una borrasca maligna  
Ajó de mis bellas flores  
El frescor y lozania.

La rosa con la azucena  
 Desfallece y se marchita,  
 Y sus copas enlazadas  
 Pierden á un tiempo la vida.

Ya que en su grato cultivo  
 Cifra toda mi dicha,  
 Desde aquel crudo momento  
 Nada embelesa mi vista,  
 Que en la azucena y la rosa  
 Está de continuo fija...  
 ¿Por qué cuando ellas murieron,  
 No acabó también mi vida?

Pronunciaron estos últimos versos con un enternecimiento inesplicable; y ya sea que el dolor espresado con desmayados suspiros fuese mas penetrante, ó que el silencio y débil claridad de la noche, la vista de aquel fúnebre monumento, y la disposición de mi pecho contribuyeran á causarme una viva impresión, se desataron de repente mis ojos en dos fuentes de lágrimas. Y yo también, exclamé, he de llorar por las tiernas flores que la

tormenta ha deshojado. Rosa primorosa, ya te he perdido para siempre; y tú, vástago tierno de una azucena, tan preciosa como amada, ¡ la hoz ha hecho también doblar tu cabeza sobre el abismo de la muerte!

Dejó de oírse la voz, y yo proseguía caminando distraído al rededor del templo, hasta que me encontré frente á una de sus puertas colaterales. Sobre la cerca, que por aquella parte tiene poca elevación, veía mecerse los álamos, que con sus trémulas y plateadas hojas hacían resaltar mas el fondo oscuro que formaban algunos pinos. Todo concurría para que pareciese este lugar la morada del dolor: su forma larga y cuadrangular se asemejaba á un túmulo, que la noche cubre con su lóbrego manto, y sobre el cual la luna R derrama su fúnebre resplandor.

Por la puerta que estaba enfrente de mí, salió entónces un hombre de



mas que mediana estatura, con sombrero redondo y embozado. Sobresaltóse al verme, y su presencia causó en mí igual sensacion; mas vuelto luego en sí, acercóse, y me dijo con turbada, pero apacible voz: El encontraros en este parage, es una prueba nada equívoca de que estoy descubierto; pero no importa: me pongo en vuestras manos, pues de nada me acusa mi conciencia, y estoy seguro de que el Gobierno no castigará del mismo modo las lágrimas de la compasion, que las tramas y pérfidos designios de un conspirador. — Comprendí por estas últimas palabras, que quien me las decía, pensaba hablar con alguno de los agentes, siempre astutos y á las veces alevosos, asalariados por los tiranos, para acechar y revelar los secretos de la sociedad. Le desengañé, manifestándole, que solo el acaso me había conducido á aquel sitio; pero voy á

retirarme, añadí, y puede Vd. contar, caballero, con un sigilo inviolable sobre la confianza que acaba de hacerme. — Ya me despedía efectivamente del desconocido, cuando asiéndome de la mano con prontitud, y estrechándola afectuosamente, me instó para que no me fuese. Cualquiera, me dijo, que apenas ha llegado, como Vd., á la primavera de su vida, y se complace en meditar entre los sepuleros, no es un malvado, ni debe ser temido. ¡Dichoso el que en este siglo, no ménos ilustrado que corrompido, se desentiende de la vanidad de la grandeza y del atractivo de los placeres, para venir á visitar las cenizas de los difuntos; y regándolas con sus lágrimas, y conversando con ellas, pierde la memoria de los delitos y de las desgracias, aprende á ser cuerdo, y anhela con ansia la eternidad! Esos han sido siempre mis sentimientos, le respondí: quiero bien



todavía á los vivos, á pesar del mucho mal que me han hecho; pero me han obligado á no hacer aprecio sinó de los muertos. Durante el día me atengo á sus dictámenes, y por la noche suelo venir á llorar en su postrer morada.

Pues bien, repuso el desconocido con voz mas grave y casi profética, sígame Vd., si son tales sus deseos. Atravesemos esta calle de columnas derruidas, y pasando por debajo de aquella bóveda derribada, cuyos arcos están ruinosos, entraremos en el domicilio de los muertos á rogar por ellos.

Siguiendo á mi guía, ya había andado, á favor de la escasa claridad de la luna, una de las naves del templo, cuyas silenciosas paredes repetían el ruido de nuestros pasos, y al llegar á una puerta que estaba abierta, vi desde su umbral el recinto de un gran cementerio.

Los tiernos álamos formaban sus ses-

gas calles, la húmeda y oscura yerba cubría como con una alfombra su dilatado suelo, y al rededor de varios cerrillos desiguales se descubrían algunos fúnebres sotos, en que estaban interpolados el tejo, el pino, el cipres y el sauce lloron con admirable variedad. Cinco ó seis estatuas colosales, puestas acá y acullá, parecían estar de vela en aquel triste asilo, donde el viento, susurrando entre la maleza y agitando las ramas de los árboles, modulaba en algun modo los lastimeros ayes de los difuntos.

Yo estaba inmóvil y silencioso; pero el incógnito me cogió de la mano para conducirme, y yo le seguí, aunque mis plantas se resistían á hollar aquel césped empapado en sangre, y una tierra que me llenaba de horror. La Providencia, discurría yo, que me ha puesto delante de la muerte, no ha permitido que me alcanzase su inflexi-

ble guadaña y me tendiese entre estos muertos. Gracias á su infinita bondad, todavía estoy vivo, y piso indistintamente el poder y la hermosura, la opulencia y la virtud, los delitos y los talentos. Si el universo es un libro en que Dios escribió sus decretos, ¡ qué terrible página es este recinto, donde yacen tantas personas ántes enemigas, y ya aplacadas!

Después de algunos rodeos mi conductor se detuvo, y volviéndose á mí me dijo: Las cenizas que encierran estos sepuleros, no son por cierto de hombres desconocidos y vulgares, sino de sujetos célebres, cuyos nombres inmortalizará la fama. Abí yace aquel Maleshérbes, admirable como funcionario público, y no ménos grande en su vida privada; filósofo en el retiro, ministro, ciudadano, merecedor, mientras vivió, del aprecio universal, y digno por su muerte de la

admiración y del sentimiento. A su lado descansa el Ciceron de la Francia, el insigne Vergniaud, que parece haberse llevado consigo la elocuencia á la tumba. Mas allá, el Sócrates de la revolucion, el sabio Bailly, á quien unas mismas manos entretejieron coronas y levantaron el cadalso. No léjos de allí está sepultado el cadáver de Lavoisier, el creador de aquella química filosófica y profunda, que tan diestramente analiza las producciones naturales y ensalza el poder del Criador. Y por último, á unos dos pasos de nosotros la tierra ha consumido á Roucher, que escribió muchas veces con la pluma de Thómpson, y otras con la de Racine. Sería demasiado prolijo, si hiciése una denominacion circunstanciada de todos los difuntos que nos rodean; pero no puedo ménos de llamar la atención de Vd. hacia esos cerrillos, que unos pocos sauces de Babilonia



cubren con su sombra. Ahí fué enterrado Luis XVI y su familia: este es el polvo de algunos soberanos de la tierra.

Al empezar mi conductor la relacion de las principales víctimas, cuyas cenizas pisábamos, su voz era triste y melancólica; mas luego que articuló las últimas palabras, el dolor no le dejó proseguir, y sus ojos se le llenaron de lágrimas. Entónces tomando la palabra le dije: Si no me engaño, por muy grande que sea el interes con que miráis á todos los sugetos que habéis nombrado, es mucho mayor sin comparacion el que os inspira la memoria de la última familia que mandó á la Francia. No lo niego, me repuso: ningún conocimiento tenía con ella, cuando revestida del poder supremo, disponía á su arbitrio de la suerte de la Europa; y solo á los vaivenes que sufrió su trono, debí la dicha de tratar al rey. Le he conocido durante su desgracia,

he presenciado cómo se le quitó la vida en un cadalso, y he sido testigo del desconsuelo en que por este accidente quedó sumergida su familia. La historia dirá si fué culpable; pero yo no puedo ménos de llorar su desgraciado fin. — Estas palabras, y el tono con que las acompañaba el incógnito, escitaron en estremo mi curiosidad, y nuestra conversacion vino á parar en el asunto que podía satisfacerla. Por el contesto de algunas espresiones que inadvertidamente se le escaparon, eché de ver que era depositario de varias anécdotas secretas, relativas al arresto, prision y muerte de Luis. Luis era un hombre, pero este hombre había visto respetados hasta sus caprichos por veinte millones de vasallos: este hombre era el heredero de sesenta y cinco reyes, los primeros y mas poderosos de la Europa; y la sangre de Enrique IV circulaba por las venas de

este hombre, que desde el trono, donde dictaba sus leyes, había ido á derramarla sobre un cadalso. ¡Qué conjunto de asuntos interesantes, y qué manantial tan inagotable de reflexiones!

Las que hice, no desagradaron á mi interlocutor, y me grangearon su confianza. En efecto, al cabo de media hora de conversacion me hizo saber, que se llamaba *Edgeworth de Vermont*, y que se había hecho recuerdo de él en los anales de la revolucion, por haber asistido al rey en los últimos instantes de su vida. — Luego que hube oído este nombre, que era bien conocido como un dechado de sólida virtud, piedad desinteresada y esfuerzo heroico, me sobrecogió un respetuoso impulso de veneracion. Aquellas sublimes palabras, tan sabidas y tan dignas de serlo mas: *Id, hijo de san Luis, subid al ciclo*, me vinieron desde luego á la memoria, concurriendo,

para que me causasen todavía una sensacion mas profunda, la preseneia del que las había dicho, la proximidad del lugar en donde se pronunciaron, y el aspecto del sepulcro en que descansaban los huesos del mismo á quien se habian dirigido. Pero no fué solamente en aquella ocasion, continuó el confesor del postrer monarca, cuando tuve relaciones con el rey y su familia, pues no los abandoné desde el día en que se les arrestó. Durante la serie de sus desgracias nunca los he perdido de vista, y aun los he consolado muchas veces con mi preseneia y mis desvelos. Por último, despues de haber penado por mucho tiempo en una prision, entregó el rey entre mis brazos su alma al Criador, y no me he separado de los demas individuos de esta casa desventurada, hasta verlos espirar en el suplicio. Cumplí con mi deber, sosteniendo con mi débil



brazo aquellos erguidos árboles derribados por la tormenta. No he aliviado al monarca, sinó al hombre de quien me condolía: ni me quejo de que un Gobierno desafortunado haya creído deberme proibir por esto; pero el que se atrevió á hablar el lenguaje de la religion á la faz de sus perseguidores, no merecía la sospecha de conspirar ocultamente. No pretendo justificar á Luis de los yerros políticos que haya podido cometer, pues carezco de datos y de poder para condenarle ó absolverle: únicamente pido que se me permita derramar algunas lágrimas, al referir la historia de sus desgracias. —

Despues de haberse serenado un tanto el respetable sacerdote, prosiguió diciendo: Disimulad este desahogo de un corazon oprimido de mucho tiempo con las mas amargas penas; y si os es molesta mi larga relacion, tened presente que el dolor y la vejez

son de suyo pesados, y merecen indulgencia. Tomando el hilo de mi historia desde su principio, coordinaré mejor las especies, y seré mas conciso en mis palabras. La mayor parte de los hechos de que voy á hablaros, son complicados; y aunque algunos de ellos se han hecho ya públicos, se ignoran aun los mas interesantes, porqué el espíritu de partido y el influjo de la opinion han adulterado la verdad. En cuanto al diario de Clery, si bien curioso en extremo, no es verdadero en todas sus partes, y sobre todo no es completo: tal vez lo han mutilado al reimprimirlo en Francia. Mi narracion, á mas del interes que inspira el mismo asunto, que no deja de ser muy grande, tiene otro mayor en mi sentir, y es el no separarse un punto de la verdad.

No he publicado hasta ahora esta historia, que escribí al paso que se me

comunicaba, porqué así lo requería la prudencia bajo un Gobierno pesquidor; pero al presente, vista la moderacion del nuestro, no debo guardarla por mas tiempo sepultada en el olvido. Ya que al entusiasmo de una destruccion general ha sucedido el cálculo y el bosquejo de un plan arreglado, será memorable ver á un ciudadano, cuyos principios políticos están y han estado constante é invariablemente apartados del fanatismo popular y de la supersticion despótica; será, digo, memorable, verle delinear con rasgos, tan veraces como patéticos, los infortunios de un hombre que fué rey. Sea el que se quiera el partido de mis lectores, y de cualquier modo que opinen, no podrán dudar de la grandeza del Gobierno, euando hayan visto esta obra. Desde que se me permite escribirla, conozco que mi libertad no es imaginaria.

~~~~~

## NOCHE PRIMERA.

---

¡Qué recuerdos tan tristes ofrece este sitio á mi melancólica imaginacion! continuó el señor de Fermont: en cada árbol y en cada piedra de los edificios que tenemos presentes, encuentro la memoria de una catástrofe. La historia, para pintar la galería de los numerosos cuadros de la revolucion, pondrá su asiento en este círculo, tan estrecho en la realidad, como grande y dilatado por su influjo moral. La vista recorre en un momento toda su estension; pero el entendimiento mas despejado con dificultad podrá numerar los sucesos, que han acaecido en este corto recinto: al modo que puestos en la cumbre de un alto monte, abarcamos á un mismo



comunicaba, porqué así lo requería la prudencia bajo un Gobierno pesquidor; pero al presente, vista la moderacion del nuestro, no debo guardarla por mas tiempo sepultada en el olvido. Ya que al entusiasmo de una destruccion general ha sucedido el cálculo y el bosquejo de un plan arreglado, será memorable ver á un ciudadano, cuyos principios políticos están y han estado constante é invariablemente apartados del fanatismo popular y de la supersticion despótica; será, digo, memorable, verle delinear con rasgos, tan veraces como patéticos, los infortunios de un hombre que fué rey. Sea el que se quiera el partido de mis lectores, y de cualquier modo que opinen, no podrán dudar de la grandeza del Gobierno, euando hayan visto esta obra. Desde que se me permite escribirla, conozco que mi libertad no es imaginaria.

~~~~~

## NOCHE PRIMERA.

---

¡Qué recuerdos tan tristes ofrece este sitio á mi melancólica imaginacion! continuó el señor de Fermont: en cada árbol y en cada piedra de los edificios que tenemos presentes, encuentro la memoria de una catástrofe. La historia, para pintar la galería de los numerosos cuadros de la revolucion, pondrá su asiento en este circulo, tan estrecho en la realidad, como grande y dilatado por su influjo moral. La vista recorre en un momento toda su estension; pero el entendimiento mas despejado con dificultad podrá numerar los sucesos, que han acaecido en este corto recinto: al modo que puestos en la cumbre de un alto monte, abarcamos á un mismo

tiempo con la vista el dilatado ámbito del estrellado firmamento; mas si nos empeñásemos en computar el número de los globos luminosos, nuestra imaginacion se confundiría y perdería muy pronto la cuenta. Si por la pendiente de este terrero subimos á aquel chapitel derribado, la luna nos enseñará de cerca la hermosa y fatal plaza, llamada ántes *de Luis xv*, luego *de la revolucion*, y ahora *de la concordia*. Allí el genio del mal dió principio á los asesinatos judiciales por los que hicieron tan cruelmente memorable el casamiento de Luis xvi. Parece que las víctimas, sacrificadas en aquella funesta época y enterradas en este mismo cementerio, se anticiparon á la muerte del rey, para prepararle un lugar entre ellas. Esa es la entrada por donde fué conducido, cautivo y atado al carro popular, el monarca amedrentado. ¿Por qué no dejó desde entónces de mandar á unos

hombres que ya no sabían obedecer? Esa cúpula dorada que se remonta por la esfera, parece que fué la señal de la revolucion: bajo estas bóvedas no sé qué mano, poco diestra ó malvada, encubrió millares de instrumentos de venganza y muerte, que vinieron á parar en medios de independenciam, y luego de matanza. Nuestra vista, despues de haber girado desde el pretil de los teatinos, tan célebre por la gentilica deificación que se tributó á Voltaire debajo de las ventanas de la familia real encarcelada; vuelve sin sentirlo por el puente nacional, á vagar entre los deliciosos jardines de las Tullerías, que fueron no pocas veces el punto de reunion de los conspiradores; y se pára finalmente en el grandioso edificio del palacio, teatro magnífico, no ménos que peligroso, desde donde el monarca y los potentados revolucionarios que le han sucedido, se



han encaminado al cadalso. No léjos de allí se ve la sala, para siempre famosa, del picadero, desde la cual, como de las cavernas de Eolo, se dispararon todas las pasiones que han asolado la república. En fin allí fué, sobre aquel foro del asesinato, donde la segur las ha ido anonadando, y aquí hollamos el suelo que ha sepultado á los matadores. ¡ Haga Dios, que los que han sobrevivido á su muerte, escarmienten en su castigo, y se convengan de que no hay ningun Gobierno duradero, sinó el que pone todo su conato en hacer feliz al pueblo !

Pero si el sereno de esta noche apacible no ha de seros dañoso, nos internaremos en el recinto de los muertos, y sentados al pié de aquella estatua llorosa que cubre un sauce con sus dobladas ramas, empezaré la lástimerá relacion de los trabajos de una familia, cuyo principal delito fué el haber reinado.

El noble y airoso andar del señor de Fermont, su sereno y plácido rostro, y el tono triste y espresivo con que hablaba, no ménos que las sensaciones morales que me iba escitando, me engolfaron en la deliciosa calma de una profunda meditacion. Por una especie de ilusion, me creía arrebatado á las cumbres que habitan los espíritus, cuyas sinfonías nos ha repetido la arpa de Ossian. Qué noche tan magestuosa ! qué augusto silencio ! La luna apuraba ya la luz de sus últimos rayos, y la infinidad de soles que llenan los cielos, se dejaba ver con todo su resplandor; un ambiente suave tocaba apenas las puntas de los álamos y mecía blandamente sus hojas, formando un sonido tan dulce como el de la flauta, cuando absorto en un grato embeleso iba á quedar enagenado por un delicioso sueño, si no me recordara la campana de las horas.

La memoria de las atrocidades y la presencia de las víctimas habían encendido mi enojo; pero las palabras del virtuoso Fermont inundaron mi pecho de compasion. Dulce compasion! las lágrimas que haces verter, alivian las mas dolorosas heridas; el corazon empedernido y el fiero semblante del vengativo se ablandan en tu presencia; con una sola mirada rompes las cadenas en que el colérico tenía aherrojada su víctima, y reunes en los estrechos lazos de una verdadera reconciliacion á los mismos que estaban poco ántes dispuestos á matarse. Hija angelical de la divinidad, no ceses de guiar mi pluma en esta historia, y de inspirar tus sentimientos á mis lectores. Dejemos los punales sobre estos túmulos, pues las sombras que descansan en ellos no están ya sedientas de sangre, ni apetecen mas sacrificio que el de las lágrimas, con

que debemos acompañar su memoria.

Sentados ya, el señor de Fermont habló en estos términos: A últimos de diciembre de 1791 empezaron mis relaciones directas con el rey y su familia. Irlandes de nacion, sin tener ya beneficio en Francia, (pues la silla episcopal de París, de la que yo era provisor, estaba vacante por la renuncia forzada del señor de Juigné) y detenido solo por mi amistad con el hijo del lord Fitz-Asland, cuya educacion tenía á mi cargo; no me hallaba atado con ninguno de los juramentos que las nuevas leyes imponían á los eclesiásticos. Luis XVI, que por los escrúpulos de su conciencia evitaba el roce con los sacerdotes llamados *constitucionales*, tampoco se avenía por miras políticas con los que se habían resistido al juramento. En la época del debate famoso que este ocasionó, aunque por ser extranjero no podían comprenderme sus



resultados, creí deber publicar ciertas especies propias para hermanar todos los pareceres, y conciliar las pretensiones de todos los partidos. Mi obrilla no surtió efecto; ni ¿qué puede alcanzar la voz de un hombre moderado que se afana por la paz, entre los alaridos de los que claman por la guerra? Sin embargo, como el papel vino por casualidad á manos del rey, y en la firma había espresado yo las señas de mi casa, su magestad tuvo á bien enviar por mí, para manifestarme lo satisfecho que estaba de mis principios y del modo con que los había espuesto.

Una mañana pues que sentado á la lumbre, estaba dando leccion de astronomía á mi alumno, vino un gentil-hombre con recado de parte del rey para que fuese con él á presentarme. Prendado de la soledad y entregado toda mi vida á las ciencias, estaba bien ageno del trato de las gentes: el am-

biente de la corte sobre todo me parecía mal sano para el temple de mi espíritu, de suerte que á pesar de vivir cerca del palacio de las Tullerías, apenas habría ido á él dos ó tres veces desde que el jóven lord estaba á mi cuidado. El mensaje de Luis no dejó de sobresaltarme, pues yo no conocía á este príncipe mas que de oidas; y si bien se encarecían generalmente su franqueza y la bondad de su corazon, se le tachaba tambien de una aspereza, que rayaba no pocas veces en grosería. Temí al pronto haber dado algun motivo á su indignacion y padecer un mal trato; pero habiendo recorrido rápidamente mi conducta, se desvanecieron mis rezelos. Mientras me ocupaba en este exámen, entré en el gabinete para ponerme decente. Subimos luego en el coche del gentil-hombre que estaba esperando á la puerta, y en cuatro minutos llegamos á las verjas del

atrio del palacio que mira á la plaza del Carrousel. Al subir por la escalera principal, no pude ménos de cotejar la oscuridad de un pobre clérigo, como yo, con la brillantez del monarca ante el cual iba á comparecer. ¿Qué contraposición, decía en mi interior, entre su situación y la mía! Yo solo tengo que regir á un individuo, y él á millones; mi comitiva se reduce á un criado anciano, y él los tiene á centenares, jóvenes todos y lucidos: ¿está por eso mas bien servido? es mas feliz?

Llegados al primer piso, mi introductor me hizo atravesar un salón lleno de guardias, á cuyo extremo había un corredorcillo, y luego una escalera escusada de caracol, por donde subimos. Esperad un instante, me dijo, que luego entraréis. — En efecto, á breve rato abrieron una puerta interior, y me llamaron. La sala de audiencia fué un taller de cerrajería, donde

Luis xvi, en mangas de camisa, sin corbatin y despeinado, pero con un semblante muy alegre, se ocupaba en revolver una barra ardiente en la fragua. Adelante, caballero, me dijo riendo con candidez, á ver qué tal es un muelle de invencion mia; pero antes dígame Vd. sin rebozo, ¿qué opina de un rey que se entretiene en una fragua? — Señor, despues de haberse afanado un rey en los negocios del estado para hacer felices á sus vasallos, creo que le es lícito emplearse en su bienestar. Enrique iv descansaba de las deliberaciones del consejo, andando á gatas, cabalgado de sus hijuelos. — Bueno, muy bueno, repuso el rey; veo que no me han engañado: el señor de Fermont sabe eseribir y hablar con igual acierto. Señor abate, añadió llegándose á mí, no quiero consultar acerca de un muelle con quien puede darme consejo sobre materias de mas



entidad : tenga Vd. á bien seguirme.

El rey se puso prontamente su bata, y bajó por la escalerilla , acompañándole yo y el gentilhombre que me había conducido. Despues de haber pasado por el salon de los guardias y por las dos antecámaras del rey , él mismo me abrió la puerta de su cuarto.

Sería en extremo prolijo, si á cada suceso de los que van á enlazarse en la serie de mi narracion , refriese á Vd. una por una todas mis pláticas con el rey ; pero ya que me propongo no omitir ninguna de las cosas mas interesantes , permitame Vd. que solo me limite á contar lo sustancial de los hechos.

Cuando los borrones con que la preocupacion , el espíritu de partido , y á veces la malignidad , han infamado á Luis XVI durante su vida , y aun despues de su muerte , se hayan desvanecido con el tiempo y la verdad , la his-

toria imparcial dirá, que jamas poseyó las prendas que constituyen los grandes reyes ; la vista despejada, perspicaz y universal que abraza á un tiempo el conjunto y los pormenores de la máquina política ; el genio pródigo que proporciona los sucesos , ó que á lo ménos los aprovecha ; la fortaleza de ánimo y de carácter , que dilatándose incessantemente á la manera que el muelle de un reloj , comunica un movimiento continuado á quanto tiene cerca de sí ; la ciencia de leer en el corazon de los hombres ; el arte , mas difícil todavía , de hacer fecundos los ingenios , segun la espresion enérgica de Sócrates ; en una palabra , la grandiosidad en concebir , y la vehemencia y rapidez en ejecutar , saltaron á Luis. Pero al despojarle de la virtud de los héroes , la historia que dibuja tambien la vida privada de los hombres públicos , le dará á conocer en medio de su

familia y de su casa, cuya felicidad se cifraba en la excelencia de su corazón. Bajo este aspecto, solo se le puede comparar con el grande Enrique, pues nunca ciñó su espada, ni aun en los momentos en que debió desenvainarla. No anticipemos los sucesos; pero desde ahora debemos notar, que todas las acciones públicas del rey no han pasado de aquella bondad moral que se encarece en un particular, y que á veces llega á ser un defecto en un monarca y le hace desventurado. En él tenemos la prueba incontrastable de esta verdad, pues aquella flexibilidad de corazón que imposibilita á los hombres ser justos, y solo les deja ser débiles, ha hecho que Luis perdiese la corona y la vida, ha despeñado su casa del trono al cadalso, y ha entregado la Francia á las contiendas sangrientas de la anarquía y de la ambición.

Como hacía consistir la felicidad

nacional en el sosiego, y el alboroto cismático causado por el juramento de los clérigos le afligía é impacientaba, quería tomar mi consejo sobre los medios mas adecuados para el logro de la tranquilidad. Se le ha tachado de adicto á los no juramentados, como se le ha acusado despues de odiar la revolución, y de haberse valido de todos los arbitrios para atajar sus progresos. No hay equivoacion, si se va á juzgar de las acciones por las apariencias y sus resultados; la hay muy grande, si, como es debido, se van á examinar los motivos. Nunca ha sido posible que el corazón fácil y el espíritu vago de Luis se decidiesen por un partido ni por una opinion: con el ánimo mas dispuesto para el bien, nunca echó mano de los medios ejecutivos para conseguirlo. Luego que vió que se aumentaba el torrente revolucionario, que salía de madre y amenazaba á su



autoridad, no supo ni dirigirlo ni contenerlo. Ha cedido al ímpetu que desaprobaraba, y ha sido el juguete de los bandos encontrados, sin atreverse á inutilizarlos ni á aprovecharse de ellos. Aturdido por verse en medio de una muchedumbre alborotada y de una corte despavorida, solo se ha granjeado el afecto de algunos particulares; pero nunca el aprecio general. La nobleza le odiaba, porque él detestaba sus vicios, no condescendía con sus ridiculeces, y se allanaba con la clase mas ínfima. Mientras estuvo en el trono, el pueblo no llegó á amarle, porqué sus modales desabridos indisponían desde luego los ánimos contra su bondad natural. En fin acreditó, que el peor de todos los caracteres, el que hace desgraciado al que lo tiene, y aun á los que están á sus órdenes, es el no tener ninguno. Veremos mas adelante, que Luis nunca fué grande,

sinó cuando dejó de ser rey: como príncipe se había acarreado el menosprecio de toda Europa, la cual admiró al augusto preso del Temple.

Volviendo á mi primera conferencia, se redujo, como llevo apuntado, á tratar de las medidas que debían tomarse, á fin de evitar un cisma total entre la iglesia galicana y los ultramontanos. En esta conversacion el rey, que había tenido á bien meditar mi obrilla, me puso su corazón de manifiesto. Hallé en él una debilidad incurable; pero esta falta capital iba acompañada de un tesoro de escelentes calidades, que me llenaron de admiracion. Su beneficencia no conocía límites, era devoto sin afectacion, su indulgencia era universal, y su candidez angélica. No podía contener mi llanto, al contemplar al primer monarca de Europa, despojado del esplendor de la pompa regia, conver-

6.

sando familiarmente con un vasallo humilde, y discurrendo, como de una desavenencia de familia, acerca de la guerra civil que se iba encendiendo. Aquella mezcla de grandeza en los objetos y de pequenez en los medios; aquel incendio dilatado y devorador que se iba propagando por una parte y por otra; aquellas providencias erradas y proyectos mezquinos para atajarlo, cuando debían por un cálculo prudente darle mas vigor; aquella contraposicion en fin de lo que se quería, con lo que debía quererse, oprimió dolorosamente mi pecho, y quedé convencido de que el rey había llegado al último envilecimiento, y que el reino estaba del todo perdido.

Cuando ya habíamos tratado largo rato sobre el culto y el juramento, Luis xvi llamó mi atención á la revolucion en general. Despues de haberla

examinado con detencion y á todas luces, el rey me preguntó mi dictámen acerca de su conducta en una época tan crítica, y si yo en su lugar hubiera obrado como él. Callé al oír esta pregunta, á la que no era fácil responder sin chocar con el monarca. Lo entiendo, me dijo entónces: mi modo de obrar no merece la aprobacion de Vd. No hay que asustarse, soy del mismo parecer: todas las noches me zahiero por lo hecho durante el dia; pero tal es la fatalidad de mi estrella, que no puedo ménos de haer lo que mas me desagrada; como si hubiese en mí dos individuos, de los cuales el uno aconseja cuerdamente, y el otro ejecuta con indiscrecion. El vulgo llama á los reyes los dichosos en la tierra, y no hay esclavo mas desventurado que yo. Estoy bien desengañado de que el mayor azóte que puede atormentar á un hombre público, es el no tener un



carácter proporcionado á su puesto. Luis XIV en el mio.... — El rey se paró, y juzgando por su perplejidad que pedía mi parecer, le dije con una respetuosa franqueza: Permitídmeme, señor, que no estemos acordes sobre este punto. Si Luis XIV viviera al presente, ó se desprendería de su poder, ó si quisiera conservarlo, la fuerza y la indignacion pública se lo arrebatarían. Por mas poderosos que sean los reyes, lo son ménos que el tiempo y la opinion: estos son los soberanos de los siglos, á quienes tienen aquellos que ceder. En el reinado de Luis *el grande*, las artes, hijas de la imaginacion, encaminaban todos los ánimos á la idolatría del monarca y de su poder, porque las artes suelen fomentar las ideas que ayudan á sostener uno y otro, y bajo todos los aspectos les son favorables. En nuestros dias, al contrario, el hábito con que todos se han connatura-

lizado de examinar sus propios conceptos y de desmenuzar sus sensaciones, los ha ido trayendo á escudriñar por puntos la conducta de los soberanos, definiendo y deslindando la esencia de la autoridad y de sus abusos. Se ha venerado aquella, y se han impugnado estos por largo tiempo; y solo de poco acá algunos ingenios estraviados ó perversos se han esmerado en confundir sus límites. En esta época, señor, es cuando V. M. debía, en virtud de su legítimo poder, probar á los unos que estaban engañados, y á los otros que eran delincuentes. Con la bondad del grande Enrique que posee el corazon de V. M., ¿por qué no se arma de la entereza de su carácter? ¿Qué hubiera hecho aquel monarca en iguales circunstancias? las hubiera dirigido y aprovechado. No pudiendo luchar contra la muchedumbre, y no queriendo ser su juguete, la hubiese acaudillado,

y hubiera con esto consolidado su poder por el mismo vaiven destinado á derribarlo. Así se desenvuelve un ánimo grande en medio de la tempestad, y aumenta sus fuerzas á proporcion del peligro que le amenaza. El acaso y la fatalidad son las disculpas de la indiscrecion y de la flaqueza; el hombre animoso hace que se verifiquen los acasos para utilizarlos, y para que sus enemigos se rindan al yugo de la fatalidad. El que tiene gran corazón, espíritu entero y alma elevada, manda á la fortuna, ó por decirlo mejor, la fortuna no es mas que el conjunto de estas preciosas cualidades. Pero como su brillo amedrenta al vulgo y escita la envidia, será feliz quien pueda hermanarlas con la moderacion que las hace disimulables.

El interes tierno y entrañable que me infundía la situacion y confianza de Luis XVI, me habían enagenado. Al

callar, fué cuando reflexioné que mi imprudencia habría enconado mas sus llagas. El rey que se estaba paseando, se paró á mirarme con un ademán de disgusto y estrañeza, y luego exclamó: Ah, señor de Fermont! nadie me ha hablado hasta ahora con tanta franqueza: ¿con que opina Vd. que no soy á propósito para desempeñar el cargo de rey?—Esta salida inesperada me cortó; y presumo que la impresion que me hizo, se retrató en mi rostro, por cuanto el rey, mudando al punto de tono: Se turba Vd.? me dijo; mal hecho. Mi respuesta le sorprende á Vd., ya lo veo; pues no hay que hacer caso de ella, sinó de lo que con esto quiero significar. En conclusion, señor abate, no manifiesta poco afecto á un hombre, y mas á un rey, quien le habla con tanta entereza. Recapacitaré esas lecciones, pues confieso que las necesito. — S. M. dió entónces las órdenes



necesarias, para que se me franquease su habitacion, y algun tiempo despues se dignó nombrarme confesor ordinario de madama Isabel.

Al otro dia casi todos los diarios refirieron mi conferencia con el rey, desfiguraron las circunstancias, y substituyeron á mis espresiones no sé qué proyectos, los cuales ni el rey ni yo habíamos soñado. Entre los folletos mentirosos que hacian tráfico de las exageraciones y calumnias, en donde salimos peor librados Luis XVI y yo, fué en los que firmaban Durosoy y Marat. El primero daba por sentado que yo aconsejaba al rey abdicase la corona de la antigua monarquía, para recibir de manos de los jacobinos el título de su perpetuo presidente, y me señalaba como alborotador frenético. El otro habia dado á la especie de caricatura con que me favoreció, colores contrarrevolucionarios, y pretendia

que yo era un agente de los extranjeros, enviado para asesinar á los patriotas. Entrambos me condenaban al suplicio, con la diferencia de que el primero me destinaba á la horca, y el segundo á la guillotina. Infiérase de aquí el tino y la buena fe de estos decantados periodistas.

A mediados de enero de 1792 el monarca y su familia trataron de recibir de mi mano y en secreto el augusto sacramento de la Eucaristía. He dicho en secreto, porqué los rezelos que se fomentaban sin cesar sobre la conducta de Luis, se hacian mas temibles cada dia, y así hubiera sido espuesto el contrastarlos, comulgando en público de manos de un clérigo no juramentado. Una tribunnilla, que estaba al piso del cuarto del rey y se comunicaba con la capilla, fué trasformada en oratorio y adornada para la ceremonia. Al anochecer me fui á palacio, donde confesé

á SS. MM. y á madama Isabel. A las doce y media de la noche dije misa, á la cual no asistió mas que la familia real y algunos de sus mas allegados. Era un espectáculo peregrino y deplorable al mismo tiempo, el de una familia la mas poderosa de todas las reinantes, que se veía precisada á encubrirse misteriosamente con las sombras de la noche, para cumplir con los deberes de su conciencia, al paso que sus enemigos, reunidos en medio del dia á la vista de un público numeroso, clamaban por su envilecimiento y destrucción.

Varios anotadores han recopilado, y la historia pondrá en orden cronológico, y examinará bajo un aspecto filosófico los acontecimientos que mediaron entre ésta época y el 10 de agosto, los cuales, á mas de no ser de mi plan, confieso que me fueron enteramente desconocidos. Ignoro por qué

medios imbuyeron al rey para que me desviase de su lado: sin duda mi veracidad y mis consejos los asombraban. Como quiera, despedido por tres veces consecutivas de la puerta de su habitacion, pasé cerca de siete meses sin presentarme de nuevo. En una carta que dirigí al rey, me contenté con darle las gracias por sus mercedes, asegurándole que no perdería ocasion de agradecerlas; y efectivamente no tardó esta en presentarse.

La víspera del 10 de agosto el jóven Fitz-Asland y yo habíamos salido de Paris, con ánimo de pasar algunos dias en el campo. Ya hacía tiempo sin duda que la tormenta que se iba formando contra la potestad real, se descubría á lo léjos; pero á la verdad no la creía tan inmediata.

Muy presto supimos los funestos estragos que había causado su violencia. Aunque solitarios en una granja del



bosque de Fontainebleau, los terribles sucesos del día 10 llegaron á nuestra noticia en la misma tarde. El golpe que había descargado sobre el rey, á quien estimaba, resonó en mi corazón, y quise partir sin detenerme, para probarle mis buenos deseos, ya que no pudiese socorrerle. Rezelaba que un rey destronado no tendría amigos, y no quería que se me hiciese el agravio de contarme entre los adoradores de su prosperidad.

Cedí sin embargo á las instancias de mi alumno, y quedó aplazada para el día siguiente la partida. El 9 de agosto no necesité pasaporte para salir, y al 11 ya me era indispensable para entrar. Nos arrestaron á la puerta, y nos condujeron, aunque sin mucho rigor, á la oficina de pasaportes en la casa de ayuntamiento.

Al revolver una callejuela, nuestra escolta, compuesta de seis fusileros,

tuvo que pararse, porqué dos carruages apezonados cerraban absolutamente el paso. Sobre el umbral de una puertecilla estaba fumando un joven, que se puso á mirar alternativamente, ya á los carruages, ya á nuestra comitiva. De repente se adelanta hacia uno de los de la escolta, le llama por su nombre, le coge la mano, le abraza, y se muestra muy gozoso al verle. El otro le corresponde, le entrega su arma, le sustituye en su lugar, y se marcha. Los carruages se habían desembarazado, y continuamos nuestro camino.

El advenedizo nos miraba con ahinco, y su empeño en observar al joven lord, me desazonaba: fijé mi vista igualmente en él, pero su rostro era de aquellos agradables que prendan á cuantos los miran, y mis rezelos se trocaron en un impulso de benevolencia. Presto se verá cuán justo era mi

presentimiento. Señores, nos dijo el jóven, Vds. no me parecen forasteros: sin duda enterados de los decretos de la municipalidad traen sus pasaportes corrientes. — No señor, respondí: ignoramos tales decretos, y por una ausencia de pocas leguas y ménos dias, no hemos creído... — Nuestro interlocutor no me dejó acabar, y metiendo la mano en su faltriquera, aquí, dijo, creo tener alguno. Tome Vd., añadió encarándose conmigo, y vea si ese le sirve. Abrí el papel y recorriéndolo, quedé atónito al encontrar mi filiacion con todas las formalidades de estilo, pues era un verdadero pasaporte. Dirigí al númen tutelar á quien lo debía, una mirada de gratitud; pero este se habfa puesto el dedo en la boca para encargarme el silencio, y con la otra mano me alargó un papel, que era el pasaporte para mi alumno. Mi enterrecimiento no era menor que mi es-

trañeza, y nunca me fué el callar tan violento.

La plaza de Greve, donde entramos, y las gradas de la casa de ayuntamiento, á la que tuvimos que subir, estaban cubiertas de una muchedumbre inmensa y alborotada, que al vernos clamó centenares de veces: *A la Abadía, á la Abadía*. El pueblo, enloquecido con la victoria y la sangre, ejercía en toda su estension el derecho terrible de los vencedores sobre los vencidos. Penetramos sin embargo hasta un patio, en donde esperando que nos introdujesen á las oficinas, vi á muchos que con el lodo de sus zapatos emporcaban la cara de Luis XIV, cuya estatua volcada yacía con una cuerda al cuello cerca de un pozo.

Abrieron una puerta, y nos llamaron. El comandante de nuestra escolta hizo su relacion, tras la cual el administrador, que era un hombrecillo fla-



co y adusto, nos preguntó tartamudeando, ¿por qué no veníamos *en regla*? Confieso que la repugnancia insuperable que me causa siempre la mentira, estuvo á pique de hacerme declarar la verdad: no obstante la idea de que podía ser útil al rey, y el temor de comprometer al desconocido que nos había hecho tan gran fineza, me determinaron á disimular. En contestacion presenté únicamente mi pasaporte: lord Fitz-Asland hizo otro tanto, y pregunté en seguida, si no se venía *en regla* con tales documentos. Habiéndolos comprobado el administrador, nos los devolvió con un ademán de disgusto, y luego encarándose con el gefe de la escolta; cabo de escuadra, le dijo con un reniego, entrega esta orden al comandante del puesto: es un necio, á quien he de calentar las orejas, para enseñarle á aprovechar el tiempo. — En diciendo esto, nos

despidió. Nuestra comitiva se desvió, y apenas tuvimos un momento para espresar á nuestro bienhechor con una mirada, que nuestro reconocimiento igualaba al servicio que nos había hecho. Se sonrió melancólicamente, y por sus ojos levantados con languidez al cielo me pareció que suspiraba. Todo esto fué para nosotros, ó á lo menos para mí, un enigma, cuya esplicacion vine á saber con el tiempo.

Por mas extraño que fuese este incidente, acababa de ocurrir en circunstancias tan extraordinarias, que en medio del cúmulo de acontecimientos que se agolpaban por minutos, apenas nos llamó la atención. La suerte de Luis XVI aprisionado en los lazos del cautiverio, me ocupaba totalmente. Dejé en casa á mi alumno, y luego me encaminé á las Tullerías. Atravesaba el puente real de una acera á otra, cuando me sentí asido por el brazo,

y habiendo retrocedido, vi que era Aubier, gentilhombre de cámara. Señor de Fermont, me dijo, mucho me alegro de encontrar á Vd. : hace una hora que he ido á su casa á buscarle, y me han dicho que estaba Vd. en el campo. Temía que hubiesen comprendido á Vd. en la proscripción de estos momentos de desórden.— Me informó luego del pormenor de los sucesos ocurridos en los dos dias anteriores, y despues me entregó un billete, estendido del propio puño del rey. Lo traigo en mi cartera, y voy á ver si con la escasa claridad de la luna puedo leerlo, pues como lo he repasado tantas veces con otros varios papeles, tengo casi enteramente en la memoria su contenido.

## CARTA DE LUIS XVI

AL ABATE DE FERMONT.

*(Documentos justificativos, número 1.)*

« En los Feuillans, 10 de agosto, á las once de la noche.

Ahora comprendo mas que nunca la sabiduría de los consejos de Vd., y el yerro que cometí en no seguirlos. Me castigaré Vd. por él, querido abate; y porque su rey y su amigo es desgraciado, imitaré Vd. á los que le desamparan, como si fuese delincuente? esto me llegaría al alma; pero no espero de Vd. semejante procedimiento. Atienda Vd. sin embargo á su seguridad, y no se comprometa por favoreerme. Tenga Vd. entendido que



así se lo mando, mi amado Méntor, y si es necesario, se lo suplico.»

Bañé con mis lágrimas este papel, y lo estreché contra mi boca y contra mi pecho. Si me había condolido de Luis XVI, cuando aun lo podía todo, infiérase lo que me angustiaría al verle tan miserable. Sin duda hubiera murmurado de la divina Providencia, á no considerar, que de las fatalidades mas desastradas saca muchas veces las grandes é importantísimas lecciones que determinan el destino del mundo. La mano que dió luz al sol y á los astros, y hace girar los cielos, humilla á veces los tronos y derriba los imperios, así como desde el polvo encumbra á lo sumo de la grandeza á un mortal desconocido, para mostrar al universo, que los hombres, los imperios, los tronos, los cielos y los astros son nada en comparacion de su poder.

Dejaba al señor de Aubier por ir cor-

riendo á los Feuillans; pero él me tuvo advirtiéndome, que con mi traje no podría entrar ni en el cuarto del rey, ni en la asamblea nacional. En vista de esta advertencia tan fundada, volví á toda prisa á casa, para atarme el pelo y trocar mi sotana negra en un vestido de color. Con esta trasformacion atravesé sin tropiezo la verja que media entre el pretil de las Tullerías y el jardin: me interné y lo recorrí con rapidez, á pesar de los varios corrillos que habia formades por todas partes. Pero como la calle de la primavera y las gradas que la dominan, estaban intransitables á causa de los muchos grupos de gente que allí se habían reunido, me acerqué á oír y recoger sus opiniones. Todas eran en extremo diversos, aunque igualmente exageradas. No se oían mas que imprecaciones contra la familia real, y todos se empeñaban á porfía en idear el modo mas eje-

cutivo de acabar con ella. En su misterioso silencio y en sus miradas tímidas ó llorosas, era fácil el conocer los realistas, los moderados, y algunos sugetos adictos por amistad, interes ó reconocimiento á los ilustres vencidos. Lo que fui oyendo en suma, no era para serenarme acerca de su suerte, y tenía el corazón en prensa, cuando me encaminé á la sala legislativa.

Bajaba los escalones nuevos por donde se comunica esta con los Feuillans, cuando unos aullidos de furor que resonaban á lo lejos, arrebataron al pronto todas las miradas, y luego á la muchedumbre curiosa, hacia el sitio de donde salían. Al impulso de la oleada tumultuosa tuve que retroceder, y llegar en medio del torbellino hasta el centro de las Tullerías. Allí vi un tercio de gente armada con los brazos arremangados y sangrientos, la cabeza descubierta, los cabellos encrespados

y el rostro lleno de polvo y de sudor, que pedían se les entregasen los suizos que habían quedado presos después de la refriega de la vispera. Siempre tendré presente, que en medio de aquellos tigres ansiosos de matanza había un jóven, miliciano nacional, de la fisonomía mas interesante, el cual por cuantos medios podían suministrarle un precioso metal de voz, una sensibilidad estremada y el predominio de todas sus circunstancias, se desalaba por excitar la compasión de sus camaradas. Pero á los acentos patéticos de su voz respondieron con rugidos; y si no me engaño, sólo con la huida se pudo preservar de su furor, que se volvía ya contra él. Yo tambien me vi apuradísimo para desembarazarme de la turba que se aumentaba por momentos. Demasiado convencido de la inutilidad de mi zelo, y de que me sería imposible por entónces el poder ver al rey, pro-



curé atravesar por la parte mas desembarazada, que era la del terraplen de los Feuillans, y logré ponerme en salvo por la puerta del picadero.

Una escena mas lastimosa que cuantas había presenciado, me estaba esperando en la calle de la Escala. Al pie de la fuente que la separa de la calle de san Luis, acababan de descubrir un cadáver mutilado, acribillado de heridas, lleno de lodo y que empezaba á corromperse con el calor escesivo. Iban á llevárselo, cuando una jóven que andaba hacía veinte y cuatro horas en busca de su marido, se arrojó en medio de los curiosos que habían acudido á este espectáculo. Estaba desgredada, mal vestida, con los ojos encendidos é hinchados de llorar, y llevaba estampada en su rostro la desesperacion mas violenta. Supe despues que un amigo, que fué por casualidad de los concurrentes, le había conocido, y se lo había

noticiado imprudentemente á la desventurada. Al aspecto de aquel cuerpo sangriento y desfigurado, cayó desmayada, y recibida en los brazos de la muchedumbre, se trataba de llevarla á un café inmediato, cuando volvió en sí. Entónces trémula y con la palidez de la muerte en el rostro, se arrima, hincea una rodilla, sin experimentar la repugnancia que la vista y fetidez del cadáver podían naturalmente causarle, le alza la cabeza, y le limpia la cara con su pañuelo; mas no acabando de conocer á quien buscaba por aquellas facciones tan horriblemente desfiguradas, le coge la mano derecha y descubre por fin el anillo nupcial. Inmediatamente despidió un alarido agudo, pues ya la desdichada tenía el desconsuelo de no quedarle la menor duda, de que estrechaba en sus brazos los restos de su marido degollado. Tras el alarido se arrojó sobre ellos, y permanecía allí

tendida, muda, inmóvil, y sin suspirar ni llorar. Todos los concurrentes despavoridos y agitados se aterraron y enternecieron mas, cuando al ir á despreciarla de quien tan en vano idolatraba, la encontraron sin color y sin movimiento. Víctima memorable del amor conyugal, no había podido sobrevivir á su esposo, y había espirado en sus brazos.

Se puede comprender mas bien que esplicar, hasta qué grado debió enconar este espectáculo espantoso las llagas de mi corazon. Veía la faz de aquel pueblo, poco antes tan placentera, trocada en teatro de desastres. Por todas partes las ruinas del trono se anegaban en arroyos de sangre, y eran atropellados sin distincion y sin miramiento amigos y enemigos. Así una tormenta espantosa y dilatada, conmoviendo el piélagó hasta en sus profundos abismos, inunda la playa con olas alborotadas.

y la llena de horrosos despojos. En qué había de parar aquella irrupcion? no era dado á la prudencia humana el preverlo. Absorto en estas meditaciones y sin consuelo, atravesé parte de la ciudad, reparando de paso la demostracion estraña de terror y de asombro que entristecía todos los semblantes. El trastorno de un trono, arraigado por espacio de tantos siglos, quebrantaba todos los ánimos. Aun los mismos que le habían descargado los primeros golpes, los que en lo íntimo de su corazon, sea por republicanismo ó por ambición, se complacían en verlo derribado, no podían desentenderse de la especie de susto que les causaba el buen logro de sus proyectos. Costaba trabajo acostumbrarse á la idea, de que un soplo de la fuerza popular hubiera casi de repente dado al traves con el objeto, ante el cual se había humillado por tanto tiempo. Por otra



parte los tiranos revolucionarios, los nuevos facciosos, los bisonños partidarios de la anarquía, que por repartirse la diadema habían estraviado al pueblo, temblaban de que se le antojase á este el disfrutar por sí solo de la soberanía que había reconquistado. Cebados ya en el mando, mientras aclamaban la libertad, trataban de remachar los antiguos grillos. Ya pensaban en encareclar los talentos, que la tiranía llama peligrosos, y las virtudes, que le hacen todavía mayor contraste. Los cuchillos de setiembre se estaban afilando en secreto, la segur de 93 quedaba preparada, y los sayones iban á apropiarse la herencia sangrienta de sus víctimas. La suerte de una familia, derrocada del primer trono de Europa en la miseria y el cautiverio, escitaba tambien un interes y un desasosiego universal; pero por mas entrañables que fuesen

estos impulsos, no tenían bastante fuerza para manifestarse. Se condolían de Luis XVI, gemían por su familia; pero los desahogos eran reservados, los gemidos solitarios y los lloros infructuosos, ya porqué el sobresalto de tantas revoluciones hubiese oprimido los corazones, ó ya por ser característico en la nacion el compadecer á los desdichados, mas bien que el aliviarlos. Lo que al parecer comprueba esta verdad, es el ver durante la revolucion, y en especial desde el 10 de agosto, la conducta de los que se habían declarado parciales del rey. A escepcion de un cortísimo número, que se ha señalado por su adhesion absoluta, todos los demas han visto aherrojar á sus reyes, los han visto penar en los calabozos y morir en el cadalso, sin dar el menor paso para redimirlos de aquel estremo de oprobio y de martirio. Disimúleseme lo prolijo de estas reflexiones

que ofrece el asunto, á cuya narracion paso.

Absorto en la cavilacion mas melancólica y en los vaticinios mas funestos, apenas había echado de ver que me iba encaminando hacia el palacio de Luxemburgo. Entrando en el jardin, me pasmé del sosiego que allí reinaba. El ambiente que mecia las verdes copas de los altos árboles, era fresco y oloroso; y casi en cada hoja una avecilla amorosa trinaba dulcemente, correspondida por un coro de otros pajaritos encaramados á lo léjos. Me senté en un poyo cerca del extremo de la calle de en medio, teniendo á la vista la magnífica cúpula del Panteon, que sostenida por una galería de columnas circulares, contraponía su forma convexa á los ramages que coronaba, y el brillo de sus mármoles suntuosos al grato verdor de los castaños. Al rededor de mí, sobre una dilatada alfom-

bra de céspedes, algunas madres, reunidas en semicírculo, estaban conversando familiarmente, mientras la cuadrilla juguetona de sus hijuelos hollaba risueña la yerba floreciente, y hacía resonar el aire con su alegre canto. Qué cuadros de inocencia y de felicidad! quién ereería que cupiesen en el mismo espacio? Allí todo era bonanza y complacencia, mientras la mortandad lo devastaba todo al otro lado del río.

La contraposicion de estas imágenes redoblaba mi tristeza. Por mas que respiraba el aroma de las flores que el cefirillo sacudía con sus alas, mi pensamiento estaba fijo en el rincón, quizás hediondo, donde gemían el rey y su familia. Aquellas mugeres, que con los ojos embelesados se complacían en los juegos de sus niños, me recordaban á la reina, poco ántes tan poderosa, imposibilitada ya de pro-



porcionar el menor recreo á los suyos. ¡ Cuán poco apetecible es la grandeza, puesto que con su esplendor no se alcanza la dicha, y al eclipsarse, encrucece el desconsuelo!

El eco monótono de una gaita me distrajo algun tanto. Volví los ojos, y vi que la tocaba un viejo, cano de barba y cabellera, mal cubierto de andrajos, que con el sonido de su instrumento que acompañaba con su voz desentonada, y con sus brincos y regocijo había congregado un crecido número de niños, que reían á careajadas repitiendo sus coplas. El buen hombre se me acercó sin dejar su concierto, y sin duda la tristeza anublaba bien á las claras mi frente, cuando me dijo: Por la traza, señor, está Vd. pesoso, y á la verdad el trance en que nos hallamos, no es para ménos. Sin embargo, apuesto á que no tiene Vd. tanto motivo como la hermosa María

Estuarda, cuyas querellas estoy cantando. Lo había perdido todo, fuera de la esperanza; pero cuando esta queda (y debe quedar siempre) se navega mucho con semejante tabla. Doy su romance por tres cuartos, y añado de gracia mi canto con acompañamiento de baile y de música: con que no puede ser la ópera mas barata. — La figura grotesca, el tono estrambótico y el júbilo de aquel Orfeo de Luxemburgo me determinaron á escucharle, y habiéndole aumentado el precio de su romance, canto, música y cabriolas, y puéstole el dinero en la mano, me alargó por fin de fiesta un papel pardo impreso *con permiso del señor corregidor*.

Al paso que el mendigo iba cantando, me ocurrió un proyecto, que al pronto deseché como disparatado, pero de allí á poco ya no me disgustaba tanto. ¿Me sería muy costoso el cargar

con los andrajos de este buen hombre, ponerme una peluca canosa, tiznarne el rostro y situarme con mi instrumento debajo de las ventanas del cuarto de los reyes, para ver si puedo serles de algun provecho? Mi anhelo me cegó acerca de la imprudencia é inutilidad de este paso, y acalorado, quise aventurarme. Acabado el canto me levanté, y dije al viejo que me siguiera. Salí con él de Luxemburgo, le llevé á casa, y sin que el portero lo echase de ver, le introduje en mi cuarto, donde quedó nuestro trato tan pronto cerrado como propuesto. Paguéle el instrumento como quiso, troqué sus miserables andrajos con un vestido completo, ya de mi ropa, ya de la de mi criado; y despues de gratificarle por su condescendencia, le despedí muy satisfecho.

Tambien yo lo estaba, pues al idear un proyecto, la fantasía embelesada

aun con los esfuerzos que acaba de hacer, seduce al ánimo, y le ciega acerca de los inconvenientes que puede acarrearle. El dia siguiente es cuando se suele sujetar á la decision del juicio.

Pero como mi ánimo no era de esperar tanto, iba contando con impaciencia los minutos que faltaban para la noche; y á fin de entretener el tiempo, me ensayé en mi instrumento, que se aprende á manejar en breve, sabiendo algo de piano. Al anoecer me preparé para desempeñar mi papel; y no acertaré á decir lo que me costó el vestirme, y el temblor que me entró, cuando me fué preciso pasar por el retrete del portero. Logré por fin salir sin tropiezo, y me hallé con todos los arreos caminando por la calle de la Universidad, y luego pasé, no sin sobresalto, el paseo de los Feuillans.

Estaba como durante el dia lleno de



corrillos. Con el resplandor de los faroles iba distinguiendo gente de todas clases, ademanes de todas especies y facciones agitadas por todos los impulsos. Cuando las pasiones del hombre andan sueltas, ¡cuán horrible, pero cuán interesante es el observarle! Entónces sale á lo claro lo más escondido de su corazon; entónces la vista puede seguir, por las vueltas y revueltas de aquel laberinto inescrutable, los estragos del odio, los arrebatos de la ambicion, el desenfreno de la codicia, los ímpetus de la vanagloria y los proyectos de engrandecimiento. Tal sería el espectáculo del Vesuvio, si abiertas sus entrañas, ofreciesen á los observadores curiosos y estremecidos las fraguas en donde se agolpan, fermentan y forman los manantiales incendiados de las erupciones.

Si en medio de estas escenas, á un mismo tiempo grandiosas y burlescas,

mi corazon hubiera podido mantenerse indiferente y sosegado, ¡cómo me hubiese internado en el conocimiento del hombre! Aquí uno agigantado, con pantalones anchos de lienzo, el gorro á la oreja, cejijunto y bigotudo, proponía con voz desahorada, alargar siquiera por ocho dias los movimientos del 10 contra las autoridades constituidas: allí un orador desatinado, haciendo añicos á Montesquieu y á Rousseau, pedía con alaridos una asamblea de los cinco millones de votantes de que se compone la nacion, supuesto que ya no hay democracia para los representados, en habiendo representantes; y mas allá un ciudadano de porte decente, y bastante jóven para ser aficionado al republicanismo, brindaba suavemente con la moderacion. A estos personajes revolucionarios y oráculos de la turba, se añadía un tropel de apasionados estúpidos, de vitoreadores

pagados, de ecos insensatos, un sinnúmero también de indiferentes sobresaltados, ociosos, necios y cobardes.

Cuando me rehice de la conmoción que me causaba el desempeño de mi intento y el temor de su malogro, me senté en la gradería, que está frente de los Feuillans, y empecé á tocar; con lo que se acercó alguna gente á oirme. Despegaba ya mis labios para entonar el romance de María Estuarda, cuya música estaba tocando, cuando un hombre mal encarado rompe la línea, y me manda que me vaya á cantar mas lejos. Así precisamente lo deseaba yo, y mi alegría fué en aumento, cuando me añadió con tono irónico: anda, buen hombre, á regalar con tus ecos el oído *del que fué*; al oír tu concierto, se figurará que mañana es san Luis.

Este pretesto me hacía al caso, por si culpaban mi atrevimiento, y así atravesé el pasadizo y me metí en el

patio. No había debajo de las ventanas de la familia real mas guardia que la de un centinela, cuyo aspecto era agradable, y por lo mismo no tuve reparo en preguntarle, si podía entonar allí sin riesgo una canción; á lo que me respondió, que según sus órdenes no había inconveniente. En seguida, sentándome en uno de los recantones de la galería de los Feuillans, casi enfrente al aposentillo del rey, canté á media voz las dos coplas primeras de este romance.

### MARÍA ESTUARDA.

#### ROMANCE.

Victima del poderío  
Llora la noble María;  
Su atractivo es el delito,  
De que infames la castigan.  
Tronos, coronas y cetros,  
No os conoce el que os estima;



Yo prefiero á vuestro brillo  
El amor de una alma digna.

En tan doloroso encierro,  
Solo su pena mitiga  
De su tierno amor la idea  
Y el cantar esta letrilla:  
Tronos, coronas y cetros,  
No os conoce el que os estima;  
Yo prefiero á vuestro brillo  
El amor de una alma digna.

Acababa de repetir este estribillo, cuando empezaron á abrir lentamente la segunda ventana, frente de la cual me había yo situado. Aquel lado del patio estaba tan lóbrego, que no acerté á conocer á la persona que se asomaba; pero quien quiera que fuese, para convencerle de mis intenciones, continué de esta manera:

Ni por un regio himeneo  
He suspirado en mi vida,  
Ni se arrepintió Lancaster  
De contarme por su amiga.

Tronos, coronas y cetros,  
No os conoce el que os estima;  
Yo prefiero á vuestro brillo  
El amor de una alma digna.

Callé de nuevo, y el centinela acercándose, me dijo con un tono triste y compasivo: me temo, que estos han de ser mas desventurados que María Estuarda. Si les quedan amigos, ¿qué se han hecho? — A lo ménos tienen todavía uno. — Ya son dos; pero ¿de qué pueden servir un músico y un centinela? — El músico puede cantar romances, y el centinela guardarle las espaldas. — Cotinuád, buen hombre: estas rejas están muy firmes, y se requieren otras manos para quebrantarlas. Marchóse desconsolado, y yo proseguí:

Isabel que me persigue  
Por antojo ó por envidia,  
Puede que un dia solloze  
Y repita arrepentida:

Tronos, coronas y cetros,  
 No os conoce el que os estima;  
 Yo prefiero á vuestro brillo  
 El amor de una alma digna.

Confieso que en medio de mi canto estaba recapacitando las palabras del centinela. Por su garbo decoroso y animado, y por lo enérgico de sus expresiones, le gradué de uno de los nuestros. Levantéme y fui en busca suya, con ánimo de descubrirme y de combinar algún arbitrio de salvacion. En aquel punto el de la ventana repitió con voz trémula y apocada el estribillo:

Tronos, coronas y cetros,  
 No os conoce el que os estima;  
 Yo prefiero á vuestro brillo  
 El amor de una alma digna.

Habéis oido? me dijo el soldado, acercándose y estrechándome la mano. Muy bien, respondió desde el umbral

una voz agria y ronca: señores realistas, no hay que incomodarse.— Estamos perdidos, dijo el centinela. Vamos, amigo, añadió esforzando la voz, merezcamos la honra de padecer por tan noble causa.— En esto ya el patio estaba lleno de hombres con armas y hachones. El que me había echado de la gradería de enfrente de los Feuillans, me prendió, é hizo que le siguiese. El centinela ya relevado quedó junto á mí, y luego escoltados por un peloton de voluntarios con muchas hachas, nos llevaron por toda la calle de san Honorato, por el puente nuevo y el pretíl de plateros, hasta el depósito del corregimiento.

Si me propusiera en esta narracion interesar á Vd. en mi favor, me sería muy fácil, describiendo el martirio que padecí en este primer arresto y en el siguiente. Pero como no quiero desviar la atencion de Vd. de una familia



mucho mas desdichada que yo , omitiré todo lo que respeta á mi persona , limitándome solo á lo indispensable , para no romper el hilo de la grande y lastimosa historia que refiero.

UNIVERSIDAD  
 Mi primer cuidado al entrar en la cárcel , fué escribir á mi alumno Fitz-Asland , prohibiéndole espresamente dos cosas ; la primera el venir á verme , y la segunda el dar paso alguno por mi libertad. No estábamos entónces impuestos en las mañas de la tiranía , y así no dudé , que mi arresto acabaría casi en sus principios. Estaba tan imbuido de esta persuasion , que tuve la cardidez de firmar el billete con mi nombre verdadero , no sospechando que lo fiscalizasen.

UNIVERSIDAD  
 La sala de presos estaba ocupada por unas treinta personas de ambos sexos , sin distincion de edad ni de estado. Había varios gentileshombres de cámara , algunos señores de gerar-

quía , entre los cuales conotí á Rohan-Chabot ; bastantes clérigos , cinco ó seis mugeres y algun extranjero. A nuestra llegada al encierro , donde se hablaba muy alto , se guardó un profundo silencio. Todos fijaron la vista en nosotros , y advertí que el aspecto de mendigo , cuyo porte traía , escitaba la estrañeza y el menosprecio. No podían sin duda concebir , que un por-diosero fuese de bastante consideracion , para estar tan bien acompañado ; pues los reveses de la fortuna , aunque apocan el corazón , no desarraigan las preocupaciones , y hay muchos que no quieren que participen del honor de ser realistas , sinó los petimetres y los grandes.

Escuso la descripcion del nuevo alojamiento , donde no estuve mas que tres horas , al cabo de las cuales me llamaron , y comparecí ante un ministro de policía , quien despues del in-

terrogatorio de fórmula, me hizo trasladar á la cárcel llamada *la Fuerza*. Quise hacer presente, que un desdichado mendigo no era sospechoso ni temible; pero el empleado mirándome con enojo: ese papel que hace Vd., me dijo, no le es decoroso; si es Vd. hombre de bien, el engaño y la impostura deben ser repugnantes á su conciencia. Sea Vd. en hora buena un mendigo y gaitero para el público crédulo; pero bajo esos girones la policía alcanza á descubrir la verdad. Vd. es el abate de Fermont. — Con esta reconvencion tan terminante no había arbitrio para recurrir á la negativa. Me ceñí á disculpar mi conducta con la pureza de los motivos que la habían ocasionado, y pedí licencia para mudar de traje. Me respondió que en la *Fuerza* había proporcion para esto. En seguida me acompañaron dos gendarmas á un carruaje que nos esperaba á la puerta, y

en él me condujeron á la nueva prision. —

Aquí el señor de Fermont hizo alto, y como la noche estaba muy adelantada nos separamos, aplazándonos para la siguiente á las once, en la tercera coluna del patio de la Magdalena. El espectáculo que acababa de ver y la narracion que había oido, conmovian vivamente mi corazon y me causaban el mayor interés. El sueño me repitió todas estas sensaciones, y por decirlo así, las hincó mas profundamente en mi alma. Al otro dia acudí puntualmente, y no ménos el abate de Fermont, el cual entrado en el cementerio, continuó, paseando, la conversacion, desde donde la había dejado la vispera.



NOCHE SEGUNDA.

Mis conductores, á quienes probablemente se había encargado el silencio, me dejaron en el primer postigo de la casa de la *Fuerza* en poder del alcaide, y se fueron luego que se les dió el recibo de su entrega. Entónces, alumbrando con dos teas ahumadas, un llavero con su gorro de pelo, escoltado de dos perros enormes, me hizo atravesar un corredor largo, estrecho y torcido, y me condujo á un patiecillo, encima del cual estaban los segundos encierros. Pasé trabajosamente por las puertas de hierro, por las cuales no se puede entrar sin á gatas. Despues de pasadas nueve, me dejó en fin en un calabozo, sobre un

mal piso de madera apollillada, con un jergon lleno á medias de paja menuda, y una manta hecha pedazos. Mi huésped con voz ronca y tono áspero me dió las buenas noches, y me encargó tuviese buen ánimo, y luego llamando á sus perros, cerró la maciza puerta con tres cerraduras y otros tantos cerrojos.

Repito, que abrevio, para llegar á lo que mas nos interesa. Como mi ardid para manifestar á Luis que no le habían desamparado todos sus amigos, suponía alguna travesura, me pusieron sin comunicacion. Seguí así hasta el 3 de setiembre, esto es, veinte y un dias, privado de hablar con otro que con mi carcelero, alimentado con sopa malísima y con habichuelas á medio cocer; pero con mas zozobra por la suerte de la familia destronada, que por mi propia desventura.

Los primeros dias de setiembre se-

rán de execración eterna por los delitos públicos que los mancharon. Cuando la historia describa los sucesos de aquellos días, pintará con colores sangrientos á los asesinos sentados sobre sus víctimas, mandando desde este horroroso trono nuevos homicidios. No es mi ánimo estenderme en su funesta narrativa, sinó contentarme con lo que mira á mi persona.

Un escaso rayo de luz entraba en mi calabozo por los barrones de una lumbrera, á la cual solía arrimar mi vista. El espectáculo de los presos que se paseaban por un patio espacioso, y el grato verdor de un plantío de arbolillos regocijaban mi vista, aliviaban mi tristeza, y disminuían al parecer la lóbreguez de mi sepulcro.

En la mañana del 2 de setiembre advertí en la fisonomía de los mas de los encarcelados un mortal desasosiego. Veía que puestos en corrillos conferen-

ciaban, y que despues los principales entre ellos se paseaban dándose palmas en la frente, miéntras otros permanecían mudos, pálidos y sin movimiento. Cerca del medio día un oficial general entró en el patio, rodeado del alcaide, de su muger y como de una docena de porteros, carceleros y llaveros. Todos los presos le cercaron, y me pareció que les hablaba. Acabado el razonamiento salió, cada cual volvió á su cuarto, los guardas cerraron las puertas, y el patio quedó despoblado. Todas estas circunstancias y el ademán asombradizo de los carceleros me infundían el mayor sobresalto.

Se aumentó todavía mas al oír unos alaridos lejanos, interrumpidos y sufocados de improviso. Entre estos gemidos dolorosos me pareció distinguir algunos clamores violentos y como un ruido de armas. Cinco ó seis toques de rebato redoblaron mi susto; y nada



encuentro comparable al terror que me infundió el silencio que se siguió despues.

Luego fué interrumpido por la llegada de un portero, que con una voz en extremo lúgubre llamó uno por uno á varios individuos. Los veo salir, á unos con precipitacion y como fuera de sí, y á otros pausadamente cubiertos de palidez. Por espacio de mas de quatro horas se fueron desocupando los cuartos, y los presos pasaban al gran retrete del centro, de donde ninguno volvía.

Mi fantasía se fatigaba, sin que acertara á fijarse en ninguna idea. Me hallaba tan ageno de la realidad, que al fin llegué á persuadirme que se daba libertad á todos los presos. Ay de mí! demasiado cierto era, pues la hacha cortaba sus cadenas, y la muerte los libertaba para siempre. El llamamiento cesó desde las cinco hasta la noche, y

entonces encendieron los faroles del patio; pero contra la costumbre no soltaron los perros. Se verá que estas circunstancias menudas no eran casuales.

El silencio duró de nuevo hasta las once. Acababan de dar y yo de dejar mi puesto de observador, para entregarme un rato al descanso, cuando un gran ruido llamó otra vez mi atencion. Abrieron el postigo del centro con estruendo, y en un instante inundó el patio un tropel de gente armada y con hachones encendidos. Hablablan con arrebató y grosería, mezclando con sus razones mil amenazas y juramentos horrorosos. Noté especialmente uno, cuya traza, trage y ademan me horrorizaron. Era alto, flaco y corcovado, y tenía las piernas y brazos descompasados. Bajo del gorro sucio que cubría su mezquina cabellera roja y crespa, se divisaba un rostro horren-

do y cárdeno, con cejas negras y desmedidas, ojos huecos, encendidos, y un movimiento convulsivo en los labios. Este monstruo medio vestido ostentaba su pecho velludo y sangriento, y de la lanza en que se apoyaba, corría la sangre que coloreaba su brazo arremangado. El aspecto de aquel foragido que acaudillaba á los demas, me hizo adivinar los desafueros que habían cometido, y los que estaban preparando. Comprendí que el dia de la mortandad había llegado, que estaba próxima la hora de mi muerte, y que así necesitaba de aliento y resignacion. Ademas de esto, la certeza que yo creía tener del asesinato de la familia real, hizo que aquel momento fuese uno de los mas amargos de mi vida.

Mi calabozo estaba muy distante del lugar en que se habían reunido los facinerosos, para que pudiera oirlos; mas colegí por sus miradas centellan-

tes y sus ademanes furiosos, que exigían del alcaide que les entregase los presos restantes, y que aquel hombre honrado oponía la resistencia mas virtuosa á su infernal tenacidad.

Luego la contienda se fué acalorando mas y mas, y se oían voces tumultuosas y denuestos en medio de la voinglería. Los asesinos estaban en la conmocion mas terrible; pero cuanto mas se encolerizaban y amenazaban, tanto mas firme se mantenía el alcaide haciéndoles frente. Entónces el foragido sobredicho se le acercó con los ojos encendidos y la boca espumosa, le sacudió con violencia, le echó en el suelo, y se fué en seguida con sus horribles compañeros.

Apénas desaparecieron, el alcaide se levantó, entró precipitadamente en algunos cuartos del piso de la calle, los dejó con mas rapidez todavia, los cerró, los fué mirando todos despavorido,



y luego se salió, quedando el patio por tercera vez desierto.

Bajé entónces de mi observatorio, y me puse de rodillas para ofrecer á Dios el sacrificio de mi vida, pues no dudé que estaba cerca de perderla. Un ruido de llaves y el rechinar del quicio de mi puerta que estaban abriendo, me hizo creer que era llegada mi última hora. Me puse en pié, y entraron dos hombres, de los cuales el uno, que era *Bault*, el alcaide, conducía por la mano á otro, y le tranquilizaba. Serénese Vd., si es posible, le dijo: está Vd. en el sitio mas escondido de la casa; habría que derribarla toda desde los cimientos, para poder descubrirlo. Crea Vd. que en apuro semejante este calabozo es preferible al *del doblon*: cuanto mas que le dejo á Vd. bien acompañado. Buenas noches, señores: la tormenta es terrible, pero abonanzará. — Cerró la puerta, y me

quedé en medio de la lobreguez á solas con el desconocido.

En tales encuentros el conocimiento y la conversacion se entablan al golpe. Por otra parte, á favor de la linterna que traía el alcaide, había podido ver, aunque de paso, á mi nuevo compañero, cuyo aspecto no me era desconocido; y por aquí di principio á mis razones.

Era el señor de Chamilly, ayuda de cámara de Luis XVI, quien me hizo saber, que una especie de tribunal formado desde la madrugada, sin saber cómo, se había instalado en el atrio de la *Fuerza*, y había dispuesto una matanza en regla. Iba á comparecer ante aquel tribunal sanguinario, que sin duda le hubiera comprendido en el degüello, á no mediar la caridad protectora del alcaide *Bault*. Despues se estendió en el pormenor del acontecimiento horroroso de aquel día,

aunque no estaba enterado de todo; pero demasiado sabía, para que se le erizasen los cabellos á un hombre sensible, y para que vertiese lágrimas de sangre al oírlo.

Quedamos sumergidos en la congoja mas amarga hasta las dos y algunos minutos de la madrugada. El silencio espantoso que nos rodeaba, solía interrumpirse de cuando en cuando por unos alaridos de dolor, que eran sofocados con fieros clamores. Nos parecía asequible, oyendo los golpes de los saiones, calcular el número de las víctimas; y como la casa de la *Fuerza* está dividida en edificios separados por patios espaciosos y paredes elevadas, juzgamos que los matadores no olvidaban á nadie, y que por donde quiera encontraba la muerte alguna presa con que cebarse.

En este intermedio cuatro foragidos medio desnudos, fuera de sí con el

vino y por su furor, y salpicados de sangre, entraron en el patio vertiendo horrosas imprecaciones, y arrasando por los cabellos á un llavero anciano, compasivo, que les había defraudado algunas víctimas. Al pasar cerca de nuestra lumbrera, oímos que pronunciaban perceptiblemente el nombre de *Rhaliéres*, y que juraban quitarle la vida con tormentos dilatados. En efecto, habiéndolos introducido un portero en un euartito del piso de la calle, arrebataron á aquel oficial desventurado, á quien desnudaron desde luego con el desenfreno mas brutal, y descargándole despues sablazos, le hicieron correr delante de ellos martirizado con los mas escesivos dolores. La sangre que bajaba en arroyos por su cuerpo sajado, le hizo un espectáculo de horror y de lástima; pero esto no impedía que aquellos bárbaros acompañasen sus alaridos espantosos



con repetidas carcajadas. En fin, tras una lucha esforzada y una agonía terrible, el desdichado encontró en la muerte el término de su tormento. Estremecidos con tantos horrores Chamilly y yo, nos estrechamos con abrazos violentos, y lejos de poder hablar, apenas nos era dable el exhalar tal cual suspiro. Bien puede venir la muerte á descargar sobre mí su guadaña, pues la he visto tan espantosa, que nunca podrá ya asustarme.

Quedamos hasta el amanecer como estúpidos é inmóviles, atormentados por un sueño funesto, anhelando su término, y sin atrevernos á hacer el menor movimiento, temerosos de que nos fuese fatal. La claridad del alba que reflejaba en la pared frontera, el fresco de la mañana y los vapores embalsamados del rocío, nos restituyeron el sentido. Hice un esfuerzo para incorporarme en el triste lecho, donde

el pavor me tenía comprimido, y me llegué trémulo á la lumbrera, para registrar aquel patio, poco ántes teatro de los excesos mas horrendos. El cadáver mutilado de Rhulières yacía sobre el césped ensangrentado, mientras á poca distancia las aves gorgeaban en el albergue de los olmos verdes y frondosos.

A las ocho el alcaide entró en nuestro calabozo, desvaneci6, ó á lo ménos aquietó las zozobras del señor de Chamilly, y me anunció que tendría que dejarle por algunos minutos. Ent6nces sí que á pesar de las protestas de Bault, me consideré perdido; pero haciendo un esfuerzo, en vano me encubre Vd., dije al alcaide, que me llama el tribunal revolucionario para entregarme á los asesinos. Merézcale yo á Vd. el que me diga la verdad: por mas terrible que parezca, estoy pronto á escucharla. — Bault protestó que me la había di-

cho sin reserva, y me juró sobre su cabeza, que léjos de tener que temer á los asesinos, ni siquiera me habían nombrado. Abrazé á Chamilly, y siguiendo á mi conductor, despues de haber pasado muchas puertas y patios, fuimos á parar á una escalerilla escusada, por la que subimos; y en el segundo piso encontramos un corredor lóbrego y estrecho, á cuyo extremo había una puerta. La abrió, y entramos en un cuarto medianamente alhajado, en cuyo centro había una mesa puesta con algunos platos para tomar un bocado. Bault me ofreció una silla, me instó para que bebiese una copa, y despues de disculpase porqué me dejaba solo, se salió y cerró la puerta.

¿A qué venían aquellas atenciones, y cuál era su objeto? Estaba cavilando en esto, cuando abrieron la puerta, y vi entrar al alcaide con un sugeto que traía una banda, y al cual trataba aquel

con mucha distincion. Señor de Fer-mont, me dijo acercándoseme, aquí tiene Vd. al síndico general, á quien debe la vida, y que desea conversar privadamente con Vd. — Saludé al señor Manuel, y le manifesté mi reconocimiento en términos ménos expresivos que lo hubiera hecho en circunstancias mas sosegadas; pero aquel caballero se hizo cargo de mi turbacion, y se me mostró agradecido. Fuése el alcaide, y quedamos solos.

Necesito detenerme en una reflexión, que cualquiera tendrá á bien hacer conmigo. Algunos escritores fidedignos han impreso, y varios sugetos apreciables han creído, que Manuel no solo profesaba y había propagado las máximas de los eseesos revolucionarios, sinó que había tenido un influjo directo en los delitos de los primeros dias de setiembre. No me toca el hacer su apología; pero no puedo



ménos de considerarle bajo un aspecto muy diverso, en vista de lo ocurrido en las conferencias que tuve con él. Voy á recordarlas por su órden, y se juzgará, si mi parecer carece ó no de fundamento. Esta es en corta diferencia la conversacion que tuvo conmigo en la época referida. Lo primero que ocurrirá á Vd., al hallarse aquí con Pedro Manuel, es el juzgarle por un hombre que se ha declarado enemigo de los reyes y apóstol del Gobierno republicano. Pero tengo formada una idea demasiado ventajosa del sano juicio de Vd., para creer que la diferencia de opiniones pueda ser un motivo de enemistad entre nosotros. En mi entender esto solo puede ser un pretesto para romper, y no es posible se valga de él ningun hombre de un carácter decidido. Quedemos pues persuadidos, Vd. de que en la monarquía se cifra la felicidad, y yo de que solo

la república puede proporcionar la independencia; y veamos si se halla entre nosotros una especie de convenio, que hermanando nuestros dictámenes, vaya á parar al mismo blanco, y corone nuestros anhelos con la felicidad general.

Sentemos ante todo un principio: las virtudes propias de los héroes no son siempre compañeras de las altas dignidades; y la falta de carácter de Luis xvi lo ha evidenciado hasta el extremo. El monarca, envilecido, había dejado ya de serlo: el 10 de agosto no le ha destronado, pues desde su coronacion los delitos y las tramas le han ido preparando este vuelco. No se le ha derribado del solio, sinó que este se ha hundido debajo de sus plantas. Jamas se pudo presentar oportunidad mas propia para establecer la república sobre el cimiento de la moderacion y de la virtud. Luis estaba en el suelo, y

ninguno de sus cobardes amigos acudió á darle la mano : no se debía hacer otra cosa sinó dejarle dormir y olvidarle. Pero la ambicion por una parte, y el fanatismo político por otra, han suscitado los movimientos del 10 de agosto, han mandado las muertes que manchau su memoria, y se han apropiado sus results. Hoy (me estremezco al recordarlo) el desenfreno de la anarquía, á manera de un torrente asolador, rompió los diques, y arrebató en su carrera sangrienta los monumentos y los hombres.

O atentados inauditos ! continuó Manuel levantándose y paseando acaloradamente por el cuarto : ó desdoro de mi patria ! ¿quién borrará las manchas de sangre que afean tu ropage republicano ? A estas horas todo resto de humanidad ha desaparecido : unos caribes, sentados sobre montones de cadáveres, están empapándose en san-

gre, y sus labios homicidas fulminan nuevas sentencias de esterminio.

Para embotar el acero de estos asesinos... Manuel fué interrumpido de repente por el alcaide que se le presentó desfavorido, clamando que la carnicería continuaba, y que se acababan de llevar á madama de Lamballe. El síndico salió aceleradamente, y quedó solo.

A los diez minutos volvió con la desesperacion estampada horrorosamente en su semblante, con los ojos hinchados de lágrimas, fuera de sí, trémulo y sin habla. Se recostó en una silla, y tapándose la cara con las manos, esclamó entre sollozos : Qué bárbaros !... qué bárbaros !... — Yo estaba en pié delante, callado y pensativo, ansioso de preguntar y temeroso de saber demasiado.

Apénas se desahogó algun tanto, señor de Fermont, me dijo asiéndome la



mano, estamos en la boca de un volcan: huyamos de este suelo mortífero que acaba con cuantos lo habitan. El hervor revolucionario ha levantado la espuma, que va á mancharlo y anegararlo todo. En los desiertos abrasados del Africa hay tigres hambrientos que destrozan y devoran á los viajeros; pero aquí son hombres los que sacian con la carne de otros hombres su apetito desenfrenado. La sangre que están derramando por dos dias consecutivos, irrita aun mas su sed homicida; sus brazos cansados de degollar, cobran un nuevo vigor con los mismos asesinatos; y se hallan, por decirlo de una, engolfados en un piélago de delitos. Acaban de asesinar á la preciosa Lamballe.... He visto su linda cabeza separada del cuerpo que había recibido mil ultrajes, y que la llevaban al extremo de una lanza ensangrentada. He visto á un hombre brutal arrancar-

le el corazon palpitante, esprimir su sangre en un vaso, y deleitarse en satisfacer su inhumana sed con esta bebida execrable. Ya creeremos los horribles y trágicos banquetes de la anti-güedad, pues todos los delitos de la fábula se hallan comprendidos en los hechos de la historia. —

Cuán penetrado estaba yo del mas vivo dolor! Madama Lamballe, á quien Dios parece que crió para manifestar la beneficencia bajo los rasgos de la hermosura, acababa de perecer en medio de los suplicios y de la ignominia, mientras su matador, colmado de oro y de timbres, insultaba á la moral pública, y fomentaba el desenfreno hasta en el asiento de los legisladores.

Manuel, algo mas sosegado, me fué contando el fin trágico de la desgraciada princesa. Acababan, me dijo, de llevarla ante el tribunal de los asesinos, cuando he llegado. Vestida sencilla-

mente de blanco y con los cabellos tendidos, ofrecía la imagen perfecta de la inocencia delante de la iniquidad. Mi presencia ha causado una sensación que no acertaré á esplicar: había atajado por medio de las instancias mas eficaces la mortandad, y al volver á ejercer esta sus terribles funciones, iba yo otra vez á reprimirla. A mi aspecto los matadores quedan en profundo silencio, y dos satélites apartan los sables que tenían cruzados sobre el pecho de madama Lamballe. El presidente alborotado se levanta y pregunta: de qué se trata? — De qué se trata? esclamé: de poner en manos de la justicia constituida el castigo de los culpados, el indulto de los incautos y la absolucion de los inocentes. Ciudadanos, como intérprete de la ley, podría decirnos que lo mando; pero en nombre de la humanidad os lo suplico. ¿Con que unos hombres desarmados, unos

ancianos enfermos y unos niños débiles son enemigos dignos del aliento frances? ¿Con que dirán, que mientras vuestros compañeros de armas las habían con los ejércitos prusianos, vosotros empleabais vuestras fuerzas y vuestro denuedo contra una muger? ¿tendriais la crueldad de mancharos con su sangre? No hay que olvidarlo, ciudadanos, la sangre de los asesinatos está clamando sin cesar, y nunca se borra. — Síndico, nada tienes que ver con este tribunal, y cuanto dices, aunque parezca muy bueno, no viene al caso; me respondió uno de los asesinos. La Lamballe ha sido traidora á su patria, y como cómplice de Antonieta debe perecer. — Sí, sí, que muera, claman los facinerosos enfurecidos. Hace tiempo que la justicia nos quiere adormecer; mas nosotros nos la tomaremos por nuestras manos. — La gritaría se redobló á estas palabras: me empeño



en que me oigan; pero mi voz se confunde con sus bramidos. Entre tanto madama de Lamballe, pálida, trémula en medio de los saiones, apenas podía tenerse en pié. Tenía la cabeza inclinada, y de sus párpados cerrados veía yo correr algunas lágrimas. Qué corazón no se enternecería? el de los asesinos estaba empedernido, pues empujándola fuertemente por los hombros, la pusieron á los piés del presidente, gritándole: cumple con tu obligacion. — Me adelanto al mismo tiempo y protesto en medio del alboroto. Restablecido algun tanto el sosiego, el presidente quiere entablar una especie de interrogatorio, y la princesa procura sacar fuerzas de flaqueza, para responderle con voz apocada: Si me achacan como un delito mi afecto á la reina, no tengo defensa, soy culpada. Sí, he dado á una corte depravada y á un siglo corrompido el ejemplo de una

amistad fina y perfecta entre una reina y su vasalla. He vivido para ella, y no me quejo de morir. No, no moriréis, exclamé, aunque sea á costa de mi vida. Bárbaros, añadí lloroso y descubriendo mi pecho, si queréis sangre, aquí está la mia, y dejád la de esa muger desventurada. — Sin acabar yo estas palabras, á una seña del presidente arrebatan á madama Lamballe, y la encierran en el retrete de afuera descargándole tantos sablazos, que salpicaron mi banda con su sangre. La amargura del suplicio y el espectáculo de los cadáveres, hacinados en arroyos de sangre y de lodo, han hecho que desmayase á menudo, y muriese así varias veces ántes de espirar. Sus verdugos, añadiendo al horror de la carnicería el delirio del desenfreno, han atropellado su cuerpo brutalmente, hasta que ciegos de rabia se han repartido sus miembros palpitantes. —

Estuvimos largo rato sin poder continuar nuestra conversacion interrumpida por este incidente. Temblaba yo y Manuel conmigo, de que el furor de los foragidos, mal satisfecho con la muerte de los presos subalternos, fuese á saciarse con los del Temple, paradero, como acababa de saber, de Luis y de su familia. El ánimo del síndico era salvarlos, y segun se va á ver, devolverles una parte de su autoridad. Pero como el momento no era favorable para dedicarse á un negocio de tal entidad, se contentó por entónces con entregarme un cuadernillo, en el cual varias manos habían escrito las notas siguientes. — Aquí el abate de Fermont, á quien me había dado bastante á conocer para infundirle alguna confianza, me dió el cuaderno, que por estar á oscuras, no se podía leer. Me enteré luego de él; y con el beneplácito de aquel digno eclesiástico, lo

copié cual lo inserto en estas memorias. Es uno de los documentos históricos de la revolucion mas interesantes y desconocidos, y sale á luz por la primera vez.

### LIBRO DE MEMORIA.

(Documentos justificativos, núm. 2.)

LIBERTAD, PAZ, FELICIDAD.

El mejor Gobierno es el que hace feliz mayor número de individuos.

Cuando la constitucion del estado afianza á todos el goce de sus derechos, sin consentir su abuso, ha resuelto el gran problema del contrato social.

Los poderes deben estar separados, y equilibrarse los unos por los otros; pero á fin de que no titubeen con el equilibrio, ha de haber uno predominante que los asegure. El poder legis-



lativo hace las leyes, el ejecutivo gobierna por ellas, y el judicial las aplica.

Unicamente son buenas las que se conforman con la Constitucion: la ejecucion buena es la que está acorde con las leyes, y la buena aplicacion de las mismas es la que no se separa de su mente.

Cuanto se encamina á la mejora de la sociedad, es virtud; y cuanto se dirige á su menoscabo, es delito.

Las penas deben guardar proporcion con los delitos, ser saludables para el que las merece, y útiles á la sociedad; pero así como hay castigo para el crimen, la virtud tiene tambien derecho á los premios.

¡Venturoso el pueblo, cuyo carácter es la moderacion! porqué ella es el suplemento de las virtudes, el freno de la maldad, la madre de la paz y el resguardo de la felicidad.

Una revolucion que dura mas de 24

horas, es al mismo tiempo un delito y una monstruosidad política; al modo que cualquier tormenta que durase mas de un día, sería un trastorno del orden natural.

Las costumbres se conforman con los principios, doctrina y conducta del Gobierno: sea pues este humano, y aquellas serán suaves.

La opulencia y la pobreza estremadas aíslan á los individuos de la gran familia. El que puede existir sin ella, la mira á lo ménos con indiferencia, sinó es con enemistad; y el que no puede existir en medio de ella, es finalmente su verdugo. Así, uno de los mayores desvelos del Gobierno debe tender á disminuir el influjo de las fortunas agigantadas, y á hacer á los menesterosos dignos de alcanzar alguna, uniéndolos á la patria con los vínculos de la prosperidad.

Deben inculcarse estas máximas y

otras semejantes en la educacion del príncipe Luis Carlos, primogénito de Luis XVI. »

*Advertencia.* Estas notas eran todas de una mano, las que siguen lo eran de otras tres diversas.

DE LA PRIMERA.

« Luis XVI consiente en renunciar la corona en Luis Carlos su hijo.

El rey quedará con este título y con una renta correspondiente, y además con el usufructo de los palacios edificados en Nancy por el rey Estanislao, último duque de Lorena y de Bar.

El príncipe Luis Carlos recibirá la educacion correspondiente á quien debe regir una nacion grande.

El señor de Saint-Pierre, autor de los *Estudios de la naturaleza*, será su ayo.

El ejercicio del poder ejecutivo solo se le encargará al rey á la edad de veinte y un años. El príncipe Luis Carlos será examinado por un consejo compuesto de quince censores, para que vean, si es capaz ó no de desempeñar las obligaciones de rey. »

DE LA SEGUNDA.

« Ha de fijarse de un modo honroso la suerte de la reina y de los parientes de Luis XVI. »

DE LA TERCERA.

« Un cuerpo de reguladores dirigirá la accion de los poderes.

Habrà una junta legislativa no muy crecida, y se encargará á algunos de sus miembros el proponer las leyes, que ha de sancionar otra comision de la misma.



Las funciones judiciales serán perpetuas.

El Gobierno se reunirá en un corto número de personas.

El ejercicio de los poderes soberanos se ha de organizar para la mayor utilidad de la nacion. »

En fin, en la última página del librito se leía :

« El consejo del rey, compuesto de los señores Malesherbes, Servan, Condorcet, Roland, Angran d'Alleray, etc. tiene el consentimiento de las potencias para el desempeño de este proyecto, que no costará sangre, á no ser que la faccion de Orleans oponga alguna resistencia. »

Despues de haberme entregado este primer bosquejo de un plan que debía examinarse, ventilarse y rectificarse, el síndico se marchó, dejándome solo en el cuarto donde estábamos. Me había convidado á escribir en el cuader-

nillo las especies que su contenido me sugiriese, y me había prometido volver al otro dia. Antes de dejarme, le informé de la situacion apurada de Chamilly : me prometió tenerle presente, y me juró que estaba seguro.

Volví á leer con atencion las notas, entre las cuales algunas, aunque las ménos, merecían toda mi aprobacion ; pero por entónces me hice cargo de que los sacrificios eran indispensables, y que el tiempo daría luces sobre el particular. Tan solo opiné, que una de las condiciones preliminares mas importantes, era la libertad del rey y de su familia, y así lo espresé al fin del cuaderno.

Manuel volvió, como me lo había ofrecido, con una carta de mi alumno el lord Fitz-Asland, quien despues de quince dias de agitaciones mortales y de diligencias repetidas, había por fin descubierto que yo estaba preso en la

*Fuerza*, y que me había escapado de la mortandad. El síndico me manifestó que aun seguía, y que se iba cebando de cárcel en cárcel. La toma de Verdun y la entrada de los prusianos en la Champaña suministraban un pretexto á los malvados, y un motivo, añadió Manuel, al fanatismo revolucionario. Por lo demás ni el Gobierno provisional ni nadie trataba de atajar los atentados, y ántes bien se había celebrado en la casa del corregidor un conciliábulo, para en algun modo dirigirlos. Es muy verosímil, me dijo tambien el magistrado, que las mas de las cabezas estaban contadas y sentenciadas, y que ha habido un fondo para pagar los asesinatos. Execrable tráfico! que trae á nuestros climas apacibles las costumbres bárbaras de Guinea. ¡ En un siglo que han ilustrado los escritos de Beccaria y de Rousseau, se ha puesto un mercado de carne humana,

y se forman aranceles de mortandad!

Cuando Manuel llegó á la cláusula preliminar que yo exigía para la ejecucion de su plan; tambien concuerda, me dijo, con mi modo de pensar; pero sería una temeridad el intentar su logro á viva fuerza: la prudencia y el ardid pueden solo alcanzar su éxito. Así seremos útiles al rey, como Vd. lo ha querido ser por los otros medios. Aunque soy el segundo magistrado del pueblo, tengo el contraste de una turba sediciosa, que profesa el desacato y trata de dar al traves con todo. No nos esponemos á sus golpes por una declaracion intempestiva, pues alcanzarán á Luis y á su familia, á quienes queremos liberrar. Hoy al anochecer, un encargado fiel pondrá término al encierro de Vd.: sígale Vd. sin zozobra, y le conducirá á sus amigos. Esta es la contraseña.

En esto Manuel me puso en las ma-



nos una medallita de cobre dorado, que en la una cara tenía una esfera, símbolo del buen orden, y en la otra estas palabras: *Libertad, Paz, Felicidad.*

Esperé con impaciencia mi plazo, y en fin al ponerse el sol, el alcaide introdujo á un jóven, que sin hablarme palabra, me enseñó una medalla semejante á la mía, y me hizo seña de seguirle. Descorrió Bault los cerrojos, y salí á los veinte y tres dias de encierro. La callejuela próxima estaba todavía inundada de sangre, y no pude atravesarla sin estremecerme.

Un coche que tomamos, nos llevó desde la calle de san Antonio á la del Arbol seco, á una casa, cuyas señas traía en una tarjeta mi guía, que era sordomudo. Me hizo subir á un cuarto segundo, medianamente puesto, donde solo estuve un breve rato, pues luego vino á buscarme con ademán

amistoso el mismo Manuel. Me cogió de la mano, me hizo atravesar un corto corredor con cristales, y me abrió una sala, en medio de la cual siete ú ocho personajes, sentados al rededor de una mesa redonda, estaban al parecer deliberando con toda formalidad. Levantáronse al verme, y habiéndome nombrado Manuel, el de mas edad y respeto me hizo un cumplido por el sumo afecto que manifestaba á la familia destronada, y por la dicha de que no me hubiese acarreado la muerte en tiempos tan calamitosos. Respondí encareciendo el favor del señor Manuel, á quien debía el haberme salvado, y le manifesté de nuevo mi entrañable reconocimiento.

Habiendo asomado entónces el sordomudo, uno de los individuos se salió, y volvió á entrar anunciando la llegada de los señores Clery y Chamimilly. Abrazé con la mayor ternura á

este, ya libre, como yo, del furor de los asesinos, y renové el conocimiento que había hecho con el otro en palacio.

Juzgando de los individuos que componían aquella sociedad por los que acababan de entrar, era natural el creerlos, ó adictos por principios á la monarquía, ó empeñados por inclinacion en la causa del rey. Sin embargo variaban en gran manera, y no tanto se habían reunido por la identidad de opiniones, como por la uniformidad en el intento. Algunos en efecto eran ya célebres por su republicanismo; otros, conocidos por su doctrina filosófica; y solo el menor número era adicto, no á la monarquía, sino á Luis XVI ó á su familia. Pero todos con el ánimo resuelto de salvar al rey, se conformaban en dar á la Francia un Gobierno vigoroso y paternal, que afianzase incontrastablemente la glo-

ria del estado respecto á las demas potencias, y la tranquilidad en el interior. Se comprenderá mejor cuál era el blanco de sus anhelos, sabiendo que Vergniaud estaba junto á Malesherbes, Condorcet cerca de Roland, y Petion enfrente de mí. En fin, á los señores Manuel, Clery y Chamilly, que ya he nombrado, hay que añadir Ducos y Valazé, diputados de la Gironda, asesinados despues por el tribunal revolucionario. No podré sin ser muy prolijo, estenderme en el pormenor de los grandes objetos que se ventilaron en aquella sesion. Fuera de Chamilly, Clery y yo, que asistimos por la primera vez, todos habían cooperado en formar las notas que iré comunicando á Vd. Se trataba en suma: 1º De poner en salvo al rey y su familia de los puñales y el veneno, como tambien del juicio de la Convencion próxima, á que intentaba sujetarle una parte de



las asambleas electorales. 2º De conducir al príncipe real á Marsella ó á Burdeos; de poner á su lado á los fundadores del nuevo Gobierno, y de afianzarle allí, sobre la base de la verdadera libertad y de una tranquilidad permanente, el imperio conmovido por las facciones. Los medios que se proponían para el logro de entrambos objetos, eran: 1º La dispersion, juicio y castigo de la autoridad usurpadora. 2º La destruccion de Orleans y del partido que se formaba bajo sus sangrientas banderas. 3º La reduccion de la Convencion próxima, y la instalacion de su parte sana en el pueblo donde residiese el príncipe real. Antes de venir á parar á estos resultados, que en verdad no eran remedios radicales, disputaron largo rato, y puedo asegurar que lo hicieron con sabiduría, profundidad y elocuencia.

El señor de Malesherbes empenaba

estas contiendas con ahinco y candidez; Condorcet las desmenuzaba por medio de su delicada metafísica; el jóven Ducos las amenizaba con la brillantez de su imaginacion poética; el sesudo Petion, sin arrebató ni frialdad, daba al golpe en el punto de la verdad; pero Vergniaud era quien le comunicaba el embeleso irresistible de la persuasion, engalanándola con el resplandor, si puedo decirlo así, de su sin par elocuencia. Parecía que la naturaleza, para formar este orador, había vaciado en un mismo molde el númen imperioso de Demóstenes y el talento irresistible de Ciceron. Mas la segur fatal hizo enmudecer aquellos labios, que hubieran impreso la justicia, ó á lo ménos la compasion en el corazon de los verdugos, si hubiesen querido escucharle.

Clery, que desde fines de agosto estaba en el Temple al servicio del rey,

el síndico y yo fuimos los comisionados para llevar á Luis el resultado de la deliberacion. Me encargaron particularmente le presentase las notas del proyecto, y le determinase á firmarlas. Mi entrada en la prision quedó suspendida para otro dia, á fin de idear entre tanto algun arbitrio para tenerla siempre franca.

Disuelta la junta, quise disfrutar con mi alumno de los primeros momentos de mi libertad. Para comprender cuán indecible fué su complacencia al verme, sería forzoso conocer á fondo, como yo, lo sumo de su sensibilidad y lo entrañable de su afecto, de que me dió pruebas repetidas, segun lo comprobará mas adelante mi narracion.

Lord Fitz-Asland, que sabía cuánto me interesaba yo en la suerte del rey, repartía á entrambos por igual sus desvelos; pero por mas diligencias que

hizo, no le fué asequible hacerle presente sus deseos de servirle. Solo había averiguado por la condesa de Sutherland, embajadora de Inglaterra y parienta suya, que Luis xv: se había mostrado cuidadoso por no tener noticias del abate de Fermont, por cuya vida estaba S. M. con la mayor zozobra. Esta nueva demostracion del afecto del rey avivó mi ansia, y fortaleció mi resolucion de trabajar por libertarle á toda costa.

Estábamos aun en 7 de setiembre, y las precauciones para quitar toda comunicacion á Luis, no eran tan estremadas, como lo fueron en lo sucesivo, cuando la nueva tiranía de un Gobierno monstruoso se fué encrucecando hasta lo sumo.

Manuel, con quien me avisté á la hora acordada, me dijo que tomase unos protocolos debajo del brazo, para seguirle y entrar con él en calidad



de secretario, y al instante me preparé á hacer este papel.

El cariño que me profesaba mi alumno, y el interes que manifestaba por el monarca preso, me indujeron á confiarle, á lo ménos en parte, la tentativa que iba á emprender en favor de Luis xvi. Lord Fitz-Asland me dió las gracias por la confianza que de él había hecho, y para encarecerla me trajo en el mismo día cuatro cucuru- chos de cincuenta lises cada uno, que lady Sutherland regalaba á la familia real. Al admirar la generosidad de aquella señora, no me fué ménos apreciable el esmero de mi alumno; y me di por honrado de haber cultivado un corazon, que había preservado intacta en un siglo tan pervertido su acendrada sensibilidad.—

El abate Fermont dejó para la tercera noche la relacion de su entrada en el Temple, y de su primera conferen-

cia con el rey y su familia. ¡Ojalá que mi pluma, conservando la misma forma en que me fué comunicada esta narracion, llegue á inspirar á mis lectores una parte del grande interes que yo experimentaba al escucharla!

NOCHE TERCERA.

A las seis de la tarde, continuó el señor de Fermont, Manuel me introdujo en el recinto del Temple, en ocasión que se estaban empezando los trabajos de su fortificación. El foso, que debía tener su puente levadizo, estaba ya delineado y en parte abierto. Encontramos un tropel de gente curiosa que rodeaba la torre, mirando con ansia por si podía descubrir á los presos. El dolor y la compasion se manifestaban en todos los semblantes, excepto en los de los guardias esteriores, que eran fieros y amenazadores, y cuyas palabras correspondían á su aspecto formidable.

Los del interior, puestos de dos en dos á cada una de las tres puertas,

sobresalían aun mas en fiereza: eran unos gastadores agigantados y velludos, con sus gorras de pelo, la hacha al hombro, y un manojo de llaves á la cintura, pues hacían el oficio de carceleros. La presencia del síndico, á cuyas órdenes estaban, suavizó algun tanto sus voces desentonadas y sus miradas siniestras.

Mientras se preparaban los cuartos de la torre mayor para la familia real, estaba alojada en los de la pequeña. Ocupaban el segundo piso las princesas y el príncipe real, y el tercero el rey. Subimos á este, y entrando Manuel delante, le seguí á corta distancia.

Una obrita interesante que estaba leyendo madama Isabel, tenía embarcada la atencion de toda la familia. Luis XVI, con su hijo sobre la rodilla, miraba tiernamente á la princesa: la reina se sonreía con su hija, ocupada



en su labor, y le hacía seña de que callase; y Clery en pié detras de la silla del rey, contemplaba con respeto el cuadro de una familia despenada del trono á la cárcel.

El ruido de la puerta y nuestra llegada interrumpieron la lectura. El príncipe volviendo la vista hacia nosotros, me conoció inmediatamente, y gozoso en extremo, saltó de la rodilla de su padre gritando: *el abate Fermont*. Luis XVI atónito, apénas lo acababa de creer, y las princesas no quedaron ménos admiradas.

Sí, cierto, señor, dijo Manuel acercándose: este es uno de los amigos mas fieles de V. M., y viene á tributarle su rendimiento y la oferta de sus servicios. — El rey quiso levantarse, me alargó la mano, y me manifestó la satisfaccion que le causaba mi visita. La reina y la sensible Isabel se mostraron igualmente complacidas.

SS. MM. tuvieron la curiosidad de saber cuáles habían sido mis aventuras, y luego que la satisfice, la conversacion se fué encaminando insensiblemente hacia su objeto principal, hasta que Manuel propuso al rey entrar en su gabinete para ventilar el punto sin contingencia. Apénas empezó el síndico á entablar el asunto, el rey exigió que se llamase á la reina. Manuel, que había podido desentrañar su carácter, temió que su altanería no se había de allanar á ninguna composicion, y podría malograr todo el plan; pero como Luis, acostumbrado á no deliberar sobre asunto de entidad sin la asistencia de su esposa, insistiese en su proposicion, fué preciso que entrase. El magistrado fué esponiendo el objeto de nuestro encargo.

Empezó mañosa y diestramente á sentar por principio, que la debilidad de carácter iba por lo regular herma-

nada con la bondad del corazón, y así elogiando esta última prenda, zahería su compañera. Probó en seguida, que si esto no era de gran trascendencia en un particular, el caso variaba mucho en un hombre público, y en especial en el primero del estado. Después de haber deducido de este raciocinio ejemplos generales, fué preciso venir á parar á las aplicaciones particulares, y debo decir en honra de su corazón y de su talento, que Manuel tratando un punto tan delicado, lo hizo con una cordura, un miramiento y una destreza incomparables, pues suavizó con la finura de sus expresiones la fuerza de la sustancia, conservó con un ilustre desventurado todo el acatamiento propio de las almas sensibles, y no pudiendo respetar la corona en una frente que ya no la llevaba, respetó á lo ménos la señal que había dejado. En fin, procedió con Luis xv

como un cirujano diestro con un hombre mal herido, que apenas pone las manos en la llaga, y aun templó los dolores con calmantes.

Estaba el rey escuchando con suma atención, y aun se mostraba en su semblante sereno una aprobación continua; pero el de la reina por el contrario era todo impaciencia: el enojo reconcentrado y la sensibilidad en extremo conmovida se manifestaban sucesivamente, ó mas bien, á un mismo tiempo. Pero cuando Manuel acabó de pronunciar la palabra *abdicacion*, el rostro de María Antonieta se mudó de repente: á la suma palidez sucedió un encendimiento total, y el orgullo de los Césares se descubría reunido en sus cejas arqueadas y en sus labios desdeñosos. Un relámpago fué la primera mirada que echó á Manuel, el cual enmudeció y bajó los ojos.

El rey rompió entónces el silencio,



y dijo suspirando: ¿Con que en fin la suerte está echada? ya no me quieren: el heredero de sesenta y cinco monarcas va á ser vasallo. Antes morir, exclamó la reina dando una fuerte patada en el suelo: ¿de qué sirve la vida, cuando se ha perdido el honor?

Oíla susurrar algunas palabras en voz baja, y pronunciar claramente el nombre de *María Teresa*, cotejando sin duda la valentía de aquella soberana con la debilidad de Luis.

No, señora, dije entónces: ni vuestra vida pelígra, ni el honor está perdido. Cuando le hace frente la opinión, se retira á lo íntimo del corazón, esperando que pueda todavía dar leyes desde aquel santuario. Pero es tal el apuro de las circunstancias, que para resguardarlo, hay que aparentar que se desecha. La renuncia del rey no puede ser sinó un paso de precaucion, y no será durable. ¿A quién persuadirán

que sea un acto de su albedrío, habiéndolo hecho con grillos? Por otra parte, señora, se trata de conservar la vida á vuestro augusto esposo, de afianzar la corona en vuestro hijo, y de proporcionaros á vos y á vuestra familia la seguridad y el sosiego. ¿Titubearéis en hacer un sacrificio momentáneo, y querréis haceros cómplice, por decirlo así, de los que conspiran contra vos?

Añadí otras varias razones, que Manuel fué esforzando con su acostumbrado talento. No tardó Luis en darse á partido, resignándose á deponer el cetro por conservarlo á su hijo. Quizas se hizo cargo de que fuese la que quisiera su decision, estaba en manos, ó del partido que iba á destruirle, ó del que no trataba sinó de humillarle; y en esta alternativa prefirió las condiciones que le imponía el uno, al cadalso que le preparaba el otro. La reina des-

pues de haber proferido aquellas expresiones, calló por desprecio, y se salió del gabinete.

Quando el rey se vió solo con nosotros, pagó á la debilidad humana su tributo de lágrimas. El cielo me oye, dijo: no me duele la corona, ni sus prerogativas, ni su pompa. Tiempo hace que aprendí á reducirlo todo á sus verdaderos quilates, y bajo la brillante diadema he hallado agudísimas espinas; pero verme desechado de un trono honrado por mi abuelo Enrique *el Grande*, como si fuese incapaz, por ineptitud ó por mala intencion, de contribuir á la felicidad pública, esto es lo que lastima mortalmente mi corazón. Estoy léjos de mencionar como un mérito, el haber desempeñado las obligaciones de mi empleo; pero en diez y ocho años ¿no he estado haciendo cuanto bien he podido? ¿no he atajado, ó castigado cuantos males han

llegado á mi noticia? Desde el dia de mi coronacion descargué á este pueblo, que siempre llamaré mio por el cariño que le profeso, del impuesto por la exaltacion al trono, persuadido de que solo así haría verdaderamente bendecir el principio de mi reinado; y no queriendo que infames tormentos arrancasen á los reos calumnias contra sí mismos, he sustituido á las cruces y á los potros los medios de la halagüena persuasion. Si las colonias, oprimidas por la avaricia de su metrópoli, quieren sacudir el yugo y se abalanzan á la libertad, favorezco, como heredero de las máximas de mi padre, á aquella nación generosa, la ayudo á colocarse entre los imperios del mundo, y agradezca á la proteccion, á los ausilios y á los servicios que le había dispensado, la América independiente pone mi imagen entre las de Francklin y de Washington. ¿En qué atraso, ó por



mejor decir, en qué aniquilamiento se encontraba la marina á la muerte de Luis xv? me atrevo á decir que la he regenerado. He suprimido el derecho cruel de manos muertas, que aun subsistía, á pesar de la piedad del siglo anterior y de la filosofía del presente. Al eco de mi voz, los esclavos del Monte-Jura han quedado atónitos de verse otra vez hombres. Abjurando las máximas despóticas, he sido el primero de los reyes que ha reconocido de hecho la soberanía nacional, y la obediencia que debe el monarca á las leyes. He dado cuenta al pueblo de mi administracion; he llamado á sus representantes á mi lado; me he puesto en medio de él, como un padre que se rodea de su querida familia; y en cuanto he podido, he tomado por modelos á Antonino, á Enrique iv y á mi padre. Sin embargo, en pago de este cariño, hace cuatro años me están lle-

nando de amarguras: traspasan mi corazón por la parte mas delicada, achacando á la reina los designios mas odiosos. Los mismos, á quienes he puesto en libertad, me cargan de cadenas, degüellan á los que no han cometido la cobardía de desampararme, ó la perfidia de venderme; y el término de tantas maldades es derribarme del trono, el cual á la verdad no podía yo realzar con grandes virtudes ó un talento eminente; pero á lo ménos era mi ánimo convertirlo en ara de la felicidad pública. —

Luis pronunció este razonamiento, que yo he referido solo en sustancia, con el acento mas patético, acompañado de algunas lágrimas. O inconstancia de las cosas humanas! decía yo, al oírle y contemplarle. Este es el monarca, no ha mucho tan poderoso y reverenciado, que desde el alto alcázar de donde dictaba leyes, ha sido sepulta-

do en una torrecilla lóbrega, donde recibe las que quieren imponerle. Una silla humilde sustituye su trono, y un vestido llano la púrpura soberana; y el que mandaba á veinte millones de hombres, apenas hallaría uno que quisiera obedecerle.

Manuel le contestó que el rápido torrente de los nuevos acontecimientos había hecho desaparecer la memoria de sus acciones; pero que amainaría, y entónces el reconocimiento y la verdad recobrarían sus derechos, que á la sazón estaban atropellados. No malogréis, señor, añadió el síndico, no malogréis la proporcion que me suministra mi destino, el cual debo luego dejar para entrar en la Convencion. Voy á noticiar á mis delegantes la decision de V. M., bajo el supuesto de que mañana tendréis á bien firmar la correspondiente acta auténtica; y entre tanto el señor de Fermont quedará

aquí, á fin de acordar los medios mas eficaces para afianzar vuestro sosiego, vuestro honor y el de vuestra familia.

Ahora que estamos solos, dijo la reina despues de haber salido Manuel, y de haber vuelto nosotros al cuarto del rey, donde estaba el príncipe y princesas; manifésteme Vd. su opinion sin rebozo acerca del proyecto que nos acaban de proponer. ¿Lo halla Vd., no digo admisible, sinó compatible con nuestro carácter y gerarquía? — Señora, respondí, si solo considerase este proyecto por sus apariencias, sería del dietámen de V. M. en desecharlo; pero juzgo que debe admitirse en la coyuntura actual, por cuanto lo miro como un preparativo y como un medio para poder conseguir otras cosas mas difíciles. — Tambien lo considero yo bajo este aspecto, dijo el rey, y solo en ese concepto le doy mi beneplácito. — De qué se trata?



preguntó madama Isabel. — De sustituir, respondió la reina, á la potestad legítima de los monarcas de la sangre de san Luis no sé qué poder arbitrario, muy semejante al de los antiguos mayordomos de palacio, mientras que algun nuevo usurpador reinará en lugar de vuestro hermano; pues el asunto es tenerle á pupilage, preso y pelado en un convento. — Las cosas, interrumpió Luis XVI, no están en ese extremo; pero en este punto si yo me desentendiera del partido que me proponen, ¿á cuál nos inclinaríamos? — Al de morir ó reinar, replicó la reina con una altanería arrebatada: no hay medio en esta alternativa para quien ciñó sus sienes con la diadema. En cuanto á mí, que menosprecio los Clodoveos, Chilpéricos y demas reyes haraganes, desdoro de la primera casta, desde ahora sigo la conducta de Carlos I<sup>o</sup>. Fué desgraciado; pero grande

aun en la desgracia, ostentó los timbres del solio hasta en el mismo cadalso, perdiendo la cabeza con la corona. Ese es el dechado de los reyes abatidos; y ¿no os esforzaréis á imitarle? — Qué me aconsejáis? preguntó Luis suspirando. ¿Con que por el interes, ó sea la gloria y la suerte de una familia, hay que dar al traves con el estado? ¿No me ha de imputar el Altísimo la sangre derramada en esta causa? — ¡Ay, hermana, exclamó Isabel penetrada del mas vivo dolor, demasiada se ha derramado ya! ¿No queda un trono bien pagado con la que derrame un hombre solo por defenderlo? — Qué principios! qué lenguaje! qué apocamiento! exclamó Antonieta. ¿Cómo se ha equivocado la fortuna en colocar al uno de vosotros en el trono, y al otro en el escalon inmediato! ¿Cuánto mas valiera que hubieseis nacido en una choza tranquila, para gobernar

tímidos rebaños! A lo ménos aquellos no se rebelan, ni su caudillo necesita esfuerzo ni resolucion. O cielos! un lóbrego calabozo encierra á los descendientes de san Luis y de Enrique iv; indignas esposas oprimen las manos imperiales de la hija de los Césares; y la Francia y la Alemania lo toleran! la Europa trémula calla! ¡Con que estamos reducidos á nosotros mismos, y solo nos quedan algunos de los muchos caballeros que dependen de nuestra suerte! Empleemos pues los cortos medios que nos restan, y que sabremos engrandecer con nuestros arbitrios. De las impurezas de la sociedad turbulenta han salido á luz nuestros perseguidores, y el cielo ha puesto á su mismo lado nuestros amigos. Por mano de unos destruiremos á los otros, y así desde esta torre nos franquearemos el camino para recobrar el tróno. —

Luis xvi pidió á su esposa la esplicacion de su plan. Este es, respondió, tan sencillo en sus principios como en sus medios, y quedará demostrada su utilidad por la grandeza de los resultados. — Pero queriendo el rey que se retrásen ante todo sus hijos: no, que se queden, dijo la reina; la desgracia ha hecho á mi hija reservada; y en cuanto á mi hijo, añadió tomándole en brazos y besándole con ternura, me complace de que mis ideas vayan naciendo tan temprano en su cabeza. Destinado á reinar en tiempos de revolucion, debe conocer cuanto ántes y muy anticipadamente á los hombres, y aprender á rastrear los acontecimientos. ¡Ay de nosotros, que por no haber desentrañado esta ciencia sublime, gemimos ahora en una prision!

La reina iba á entrar en el pormenor de su proyecto, cuando se nos



presentan dos comisarios municipales con sus bandas tricolores. Señor, me dijo el uno adelantándose hacia mí, aunque bajo la palabra del síndico esté Vd. autorizado para permanecer aquí, sin duda no pensará dormir en este sitio: se le ha preparado pues á Vd. un cuarto en el piso bajo, á donde tendrá á bien seguirme.

La familia real se separó; la reina, su cuñada é hijos bajaron al segundo piso donde vivían; Clery los acompañó, y volvió luego á ponerse á las órdenes de su amo. A mí me condujeron á una sala húmeda y desmantelada, donde encontré una cama grande y antigua, en que me acosté.

Estoy muy ageno de dar crédito á las visiones y sueños: sin embargo, la estrañeza de uno que tuve aquella noche, se me impresionó entónces sobre manera, y me ha asombrado mas todavía, cuando he visto que los acon-

tecimientos le han sido en parte conformes.

Apénas me recogí en el lecho, me creí arrebatado á un gran bajel, cuya cubierta estaba llena de pasajeros de ambos sexos, de todas edades y de todos estados. La zozobra y la consternacion se manifestaban en todos los semblantes, y vi algunas mugeres que ocultaban medrosas y trémulas en su seno las cabezas de sus hijuelos. Acerquéme á un anciano, cuyo aspecto plácido y agradable llamaba la atencion é infundía respeto, y le pregunté, cuál podía ser la causa de la agitacion que notaba en todos los rostros: Me miró como absorto, y me respondió: por esa pregunta se echa bien de ver que es Vd. estrangero, y que entra por primera vez en esta embarcacion. Mire Vd. al rededor, y se impondrá en la causa del desasosiego general. — Miré al cielo, y lo vi cubierto de nubarrones, 16-

bregos por el centro y aplomados por las orillas, cuya horrible estension ceñía el horizonte, y solo á lo léjos se divisaba un claro azulado; pero aquel viso de bonanza estaba muy remoto, y la tormenta sobre nosotros. Al tender la vista por el mar que nos cercaba, me parecía que sus aguas ya turbias estaban surcadas por largas listas de sangre, y que sus olas arrollaban miembros dispersos. Lo que le asusta á Vd., me dijo el anciano, no es sin embargo sinó el anuncio de lo que nos amenaza, si la borrasca sigue; y si no, mire Vd. los semblantes del piloto y marineros. Levanté los ojos y los fijé en el timon. Un marinero de mediana estatura lo asia con su diestra, y con la izquierda, armada de un puñal sangriento, alejaba á doce ó quince hombres que se empeñaban en quitarle el puesto. Sus facciones mezquinas y soeces estaban en una especie de convulsion, y sobre su

tez cárdena se veían varias manchas de sangre. Oí que hablaba de una *providencia general* para salvar el bajel, y que los marineros le contestaban con agudos alaridos.

Entre tanto un eco sordo anunciaba ya la tormenta; los relámpagos cruzaban las nubes hacinadas á manera de montañas. Al sonido del trueno se juntaban el silbido de los torbellinos, el crujido de la embarcacion, que unas veces subía á las estrellas, y otras se hundía en lo más profundo del océano; los lamentos de los viageros, el estruendo y hervir de las olas, y lo que era peor, los clamores sanguinarios del piloto, y los fieros aplausos de los marineros. De repente aquella gavilla infame se arroja sobre nosotros, armada de cuchillos, los clava en el seno de las mugeres, de los ancianos y de los niños, y arroja al piélago enfurecido sus cuerpos palpitantes. O desola-



cion! ó espectáculo espantoso!.... Pero entre aquellas escenas bárbaras vi sobresalir las virtudes mas heroicas: una hija estrechaba en sus brazos y cubría con su cuerpo á su venerable padre, presentando descubierto á los verdugos su hermoso pecho. Qué desenfreno! le clavaron su espada, y traspasaron de un golpe dos corazones tan unidos. Una tierna esposa se arrojaba á las olas, por no desamparar el cuerpo de su consorte. Dos amigos competían por el honor de morir el uno por el otro, y no encontraban sinó en la muerte de entrambos el fin de su noble porfía. Un padre se ofrecía á los asesinos en cambio de su hijo, salvando con esto lo que estimaba mas que su propia vida. Así junto á lo mas monstruoso de la naturaleza, la Providencia había colocado lo mas grande y augusto que ella puede producir.

Por no sé que casualidad prodigiosa

escapé del cuchillo de los matadores, pues aunque varias veces me habíau cercado y amenazado con sus puñales, sin embargo, como si hubieran visto en mi frente algun carácter sagrado, habían huido siempre con horribles imprecaciones.

Cuanto mas se embravecía la tempestad, tantas mas víctimas sacrificaban el piloto y sus satélites. De repente un gran silencio reinó en la naturaleza y en la embarcacion: un relámpago espantoso, á manera de columna de fuego, se disparó de las nubes, cayó y se precipitó sobre la cubierta. El piloto trató de huir, y quedó consumido; y los mas de los marineros fueron á parar de un vuelco á las olas. El susto desvaneció mi sueño ó vision; y trasudando, con los cabellos encrespados y el pulso alborotado, me encontré en un cuarto del Temple.

Me habían encerrado, y al dia si-

guente un empleado diverso del de la vispera, vino á conducirme al cuarto del rey. Al subir me cogió la mano, y me la estrechó de un modo muy expresivo. Temía sin embargo alguna asechancia, y le miraba con estrañeza. Pero él, asegurád á sus magestades, me dijo, que aun hay corazones que los acompañan en su quebranto, y que, añadió muy quedo, no se contentan solo con deseos. — No tuvo lugar para proseguir, porque entrábamos ya en el cuarto del rey.

Mostróseme placentero, y estando solo con Clery, se aprovechó de la ausencia de la reina, para entregarme la acta de abdicacion que Manuel le había pedido. Ya ve Vd., me dijo aquel monarca desdichado, los sacrificios que hago por la tranquilidad pública, pues no echaré ménos la corona, si la nacion es feliz. No hay sin embargo que hacer uso de este documento, que so-

lo me atrevería á confiar á Vd. ó al señor de Malesherbes, sinó con mucho miramiento. Son muchos los ambiciosos disfrazados de patriotas: distinga Vd. de colores, y sirva igualmente á la patria y al rey. —

Aunque esta acta no llegó á tener cabida, á lo ménos con las condiciones que la afianzaban, la he conservado cuidadosamente, como un documento histórico, y como un monumento del anhelo de Luis por el bien de todos. Es como sigue.

#### ABDICACION DE LUIS XVI.

*Documentos justificativos, núm. 3.)*

« Luis XVI de este nombre, rey de Francia, á los pueblos de este reino, á los reyes de Europa y á la posteridad  
DECLARA: Que deseoso de afianzar de un modo sólido y duradero la tranqui-



lidad general, turbada mucho tiempo hace por las facciones, y de quitar á todos los partidos el pretexto de reclamar su persona y de perseguirla; por esta acta, formada por su propio y libre albedrío, hace renuncia de sus derechos hereditarios ó adquiridos á la corona de Francia y á sus prerogativas, bajo las condiciones espresas:

1.<sup>a</sup> De que un consejo de regencia, nombrado por él y aprobado por la asamblea nacional, ejercerá la administracion del supremo poder ejecutivo, hasta la mayoría legal de *Luis Carlos* su hijo, príncipe real. 2.<sup>a</sup> De que se atenderá y proveerá de un modo honroso á su suerte personal, á la de la *reina* su esposa, de *Maria Teresa* su hija, de *madama Isabel* su hermana, y de las demas personas de su familia. 3.<sup>a</sup> Y de que se consultará con el consejo de regencia acerca de las principales providencias administrativas has-

ta la paz, para cuyo logro ofrece interponer los mas eficaces oficios con las potencias beligerantes. DECLARA tambien la presente acta de ABDICACION nula y de ningun valor, si estas cláusulas y condiciones no se cumplen en toda su estension.

Fecho en Paris, á 8 de setiembre de 1792.

LUIS. »

Al acabar la lectura, entró la reina acompañada del príncipe Carlos y de las princesas. Despues de los agasajos acostumbrados sirvieron el desayuno, el cual tomé con sus magestades, por condescender á sus instancias. Clery me pareció que los servía con mucho esmero, y dos comisarios municipales (de los cuales el uno era el que me había hablado al subir la escalera) estuvieron presentes. Luego que estos se retiraron, Antonieta volvió á la con-

versacion de la víspera, y comunicó al rey sus ideas y esperanzas en estos términos.

Acabáis de ver en el mas jóven de estos comisarios, una de las personas con quienes podemos contar con mas fundamento. Es al mismo tiempo el centro, el alma, el órgano y casi el autor de mi proyecto, ó á lo ménos él es el que me ha hecho resolver á ponerlo en ejecucion.

En uno de los últimos dias de agosto, sentada sin consuelo detras de la reja de mi cuarto, me entregaba á los pensamientos mas funestos y á las reflexiones mas mortales, quejosa interiormente contra la suerte, que me había hecho nacer junto á un trono y sentarme en otro, para acabar mis dias en la lobreguez de un calabozo. Al alzar al cielo mis ojos llorosos, me encontré con los del comisario que estaba de guardia, y que contra la práctica

de sus compañeros desatentos, estaba en pié, y lleno al parecer de dolor y de respeto. Pocas miradas he visto tan expresivas como las suyas; y como se retrataba en ellas por entero su alma ardiente y candorosa, no me hablaba; pero ¡qué elocuente era su silencio! Me atreví á interpretarlo, y alenté muda y enérgicamente su timidez. Os manifiesto sin rebozo estos pormenores que despues he ido recapacitando; y si doy crédito á las apariencias y á mis reflexiones, el afecto que escité en este hombre, no fué solo el de la compasion por mis desgracias. Está en aquella edad lozana en que todos los pensamientos se vuelven proyectos, todos los impulsos son vehementes, y en que la pasion da aun á la virtud su carácter acalorado. La vista de una reina en un calabozo debía producir la conmocion mas profunda en un alma grande, supuesto que cualquiera



muger llorosa enternece á un corazon sensible. Pero de estos dos afectos solo se ha manifestado el que corresponde al respeto; y la hija de Maria Teresa ha podido recibir servicios como rendimientos, y pruebas de pasion como deberes, sin tener que sonrojarse ni quedar obligada á ninguna correspondencia.

Toulan, pues este es su nombre, seguía mirándome con una veneracion mezclada de ternura. Luego se alteró su semblante, alzó al cielo los ojos con espresion de dolor, y volviéndolos hacia mí, vertió algunas lágrimas. Entonces por un impulso involuntario me incorporé en el asiento, y le alargué la mano. El, sin mudar de sitio, dobló la rodilla, me señaló su corazon, y con un ademan me encargó el silencio. No bien acababa esta escena muda, vino su compañero á relevarle, y yo me entregué á meditar acerca de las ideas que se me habían escitado.

Aquella misma noche en la cena, Toulan se puso enfrente de mí, sin cesar de mirarme, pero de un modo tan indiferente, que fuera de mí nadie sin duda pudo notarlo. — Mamá, interrumpió el príncipe, yo lo eché de ver. — Y ¿no me lo dijiste, hijo mio? — Vos me habéis acostumbrado á ser llamado. — Toma la recompensa por lo pasado y el estímulo para lo venidero, dijo el rey abrazando á su hijo.

A los postres, continuó Antonieta, los ojos de Toulan se fueron volviendo como sobresaltados, y me pusieron alerta, observándolos con mas ahinco para atenerme á sus anuncios. Sirvieron un canastillo de melocotones, y vos, Luis, tomasteis el primero. Al ir á cortarlo vi á Toulan pálido, en ademan de desmayarse en una mesilla, y recoger sus fuerzas escasas, para hacerme una seña de desesperacion. Sin enterarme mas que á medias, evité el

peligro, pues chanceando sobre vuestro egoísmo en coger la mejor fruta, logré que me alargaseis la mitad. Cuando el pobre Toulan vió el hueso en mi plato, recobró el color y el aliento: se sonrió conmigo, cual si se mofase de sí mismo, y me dió á entender á las claras, que el hueso contenía algun misterio. Lo envolví con disimulo en un pañuelo, y lo metí en la faltriquera.

Encerrada luego en mi cuarto, lo abrí, y me hice cargo de que hubiera costado caro á Toulan, si otro lo hubiera hecho, pues encontré en él este billete escrito de letra en extremo menuda sobre un papel finísimo.

## PRIMER BILLETE DE TOULAN

Á LA REINA.

(*Documentos justificativos, núm. 4.*)

NOTA. Este papel se ha encontrado en la cartera de la reina. Mas adelante veremos, que ella misma se lo entregó al abate de Fermont.

« SEÑORA:

Si V. M. se ha dignado reparar en mis miradas, habrá advertido que reuno á la mayor conmiseración por sus desdichas el deseo mas ardiente de terminarlas. Por ahora tengo medios para aliviarlas, y voy á esponerlos en pocas palabras.

La sangre que los usurpadores acaban de derramar, ha comprimido todos los corazones; pero luego se irán



ensanchando, pues del anhelo por la bonanza, que se echa ménos, resultarán los deseos de acabar con los autores de la tempestad.

Con tal pues que ni el rey ni V. M. traten de tomar venganza alguna, todos los ánimos quedan satisfechos, y todos los corazones son de vuestras magestades.

Este es el cimiento de mi proyecto, que tiene dos objetos: el primero, terminar vuestro cautiverio, y el otro, conseguir vuestra restauracion. El rey habrá luego de tomar á su cargo el conciliar la seguridad de su persona y de su Gobierno con la independencia de la nacion.

En cuanto á los medios, permitidme, señora, que los reserve para su debido tiempo; y solo quisiera que V. M. se persuadiese de que son correspondientes á su objeto, y al mismo tiempo asequibles. Si me valgo de am-

bigüedades para esplicarme, es porque lo considero conducente para el éxito de la empresa, y para que V. M. quede convencida mas plenamente del sincero afecto que se le profesa.

Firmado: X. »

¡ Qué efervescencia ocasionó esta carta en mi imaginacion, naturalmente fogosa! No sé cuál era entre mis ideas la que prevalecía, si la gratitud debida á Toulan, ó la delicia que me causaba el anuncio de mi triunfo y de nuestra libertad. Confieso que en medio de aquellas ilusiones placenteras de felicidad, mi corazon empezó á complacerse en la posibilidad de la venganza. Ya contaba en hacer pagar caros á nuestros sayones los tormentos con que nos acosan. Mas este encendido de encono duró poco, porque creyendo oir la voz lastimera de una amiga desventurada que imploraba la

misericordia de sus asesinos, cedió á estos acentos irresistibles; y poniendo en manos de la justicia el cargo de distinguir el delito de los yerros, no quiso que la venganza ensangrentase nuestra victoria. — Ay, hermana! esclamó madama Isabel poniéndose en pié y abrazando á la reina: cuán nobles y dignos de vos son esos impulsos! Jamás os habéis mostrado tan grande en el trono, en medio de una corte fastuosa é idólatra de vuestro embeleso, como me lo parecéis en esta triste morada. La beneficencia, hermana, es la que asemeja al hombre á la divinidad: los reyes se hacen su viva imágen, cuando á su ejemplo saben perdonar. — Bañóse en lágrimas de complacencia la amable Isabel; la jóven María Teresa abrazaba entre tanto á su madre, y Luis al contemplar este cuadro peregrino, hablando con Clery y conmigo, esclamó con suma candidez:

¿qué me han quitado, cuando me queda este tesoro?

Pasaron algunos dias sin que se presentase Toulan, continuó Antonieta; y cuando le cupo el turno, se sonrojó al verme; de modo que me hice cargo de que era forzoso alentarle con alguna familiaridad espresiva. Por tanto traté de hablarle; mas no sabiendo de qué, y no pudiendo preguntarle por su salud, pregunté por la de su esposa. El municipal que le acompañaba, lo estrañó, y él mismo con cierta turbacion me respondió, que no era casado; pero que si me había hecho conversacion de alguna muger de su aprecio, sería sin duda su prima que estaba enferma. Entré en la especie, y me dijo: que agradecida á mi cuidado, y encontrándose mejor, había podido desempeñar la comision que yo le había dado, y para la cual no era él muy á propósito. Este es el resultado, aña-



dió, sacando de la faltriquera una cajilla ovalada que abrió, y en la cual había tres pares de brocas con seda para bordar: y luego mostrándosela al compañero, creo, le dijo sonriéndose, que podemos sin zozobra entregársela á la reina, pues con estos hilos tan quebradizos no se sale de un laberinto. — El municipal, cantero de oficio, y que apenas entendía una palabra de la conversacion, tomó las brocas, arrolló la seda en sus dedos polvorosos, y me lo devolvió todo, despues de cerciorarse de que no era sospechoso.

No lo juzgué yo así, pues no habiendo hecho aquel encargo á Toulan, debía venir en él alguna otra carta; mas no pude satisfacer hasta la noche mi impaciencia y mi curiosidad. Fuí devanando las sedas, y como no asomó papel alguno, despechada con este desengaño, me fuí á la cama considerándome burlada por un hipócrita, y me

arrepentí de haberle dado oídos, y aun creo que lloré de indignacion.

Cavilosa y desvelada hice mil reflexiones, como sucede cuando se padece algun gran desasosiego. Por fin me paré en una idea, y revolviéndola con mucho ahinco, quise inmediatamente comprobarla.

Salto de la cama, y á la luz de una lamparilla, tomo las brocas, veo si son dobles; y despues de varias tentativas, observo que se desprenden, y encuentro en el intermedio un papelillo; pero no puedo leer en él sinó renglones cortados que no forman ningun sentido. Acudo á las otras, encuentro los correspondientes papelillos, y entre todos ellos reunidos pude trabajosamente leer estas palabras.

## SEGUNDA CARTA DE TOULAN

Á LA REINA.

*(Documentos justificativos, núm. 5.)*

« VALOR, debe ser vuestra voz de guerra, como FIDELIDAD es mi divisa. Todo va mejor de lo que yo me podía prometer: diez y seis presidentes de secciones, y treinta y tres comandantes, y mas de cien oradores son nuestros. Esto es en Paris, sin hablar de las personas que dependen de aquellos, y pueden conmovér la turba en tres horas. Veinte y ocho diputados de nombradía, los mas de los que no la tienen, pero que votan; los gefes de diversos ministerios, diez á doce miembros de ayuntamiento; estos son los recursos con que en el día se puede contar. Hay á la verdad obstáculos, pero tambien tenemos medios para

vencerlos. Una suscripcion abierta para el intento, se va completando por puntos: los depositarios cuentan ya millones, y lo mas estraño es que entre los suscriptores se hallan varios jacobinos. Bendito sea Dios! por donde quiera hay hombres de bien. Si V. M. se digna honrarme con una contestacion, ó comunicarme sus órdenes, puede valerse del mismo conducto en que va encubierto este escrito.»

Fuí luego recortando un medio pliego en papelillos, sobre los cuales escribí.

## BILLETE DE LA REINA

Á TOULAN.

*(Documentos justificativos, núm. 6.)*

« Á veces se espresa mal lo que se concibe muy bien. Estoy satisfecha de lo que se ha hecho, y apruebo cuanto está por hacer. Si se malogra el intento,



la recompensa se cifra en la honra de haberlo emprendido : si surte efecto, me reservo el placer de señalarla. A Dios.

La FIDELIDAD puede contar con el VALOR. »

El día siguiente entregué á Toulan las brocas sin seda, encargándole que me las devolviese llenas. Esto sucedió el día 5, y despues acá no ha vuelto á parecer.

Para comprender que esta trama, tan sencilla en la apariencia, era muy ardua para su emprendedor y muy interesante para mí, basta saber, que estaba pasando desde el 30 de agosto hasta el 4 de setiembre, esto es, en los días mas tempestuosos, y en los que todos los delitos nos estaban amenazando con toda especie de peligros.

Ahora pues, ¿qué partido se debe tomar? Esto es lo que decidirá un examen, aunque superficial, del estado de las cosas.

Es innegable que de las dos facciones principales que se han formado en Francia, la de la anarquía, que ha volcado el trono sobre rios de sangre, quiere perpetuar su imperio con el terror que la precede, y con el desenfreno que la acompaña. No sé si su último pensamiento era entregarnos á un populacho asalariado; pero es indudable que nos ha condenado á vivir en la humillacion del cautiverio.

En cuanto al partido republicano, creeré desde luego que tenga hombres virtuosos y sensibles; pero no lo serán mucho para con una familia que ha reinado. Su opinión ha sido fundar un Gobierno libre sobre las ruinas del antiguo; su interes consiste en consolidarlo, y no creerán poderlo conseguir mejor que teniéndonos bajo su dependencia. Así, por una parte hay que temer una prision perpetua, y por otra un avasallamiento, quizá mas

vergonzoso que los grillos. Es verdad que una corta porcion, compuesta de varias sectas políticas, nos propone ahora un ajuste; pero ¿por dónde le pertenece este derecho? cuáles son sus poderes para obrar? en dónde está su resguardo para ejecutar? Qué es por otra parte este acomodo? una capitulación indecorosa, de que seremos responsables á la Europa, á la posteridad y á nuestro hijo. Los cerrojos no aprisionan las almas, y no hay trabas que no rompa un denué dogallardo y generoso. ¿Por ventura no hay otro camino para evitar la desdicha, que el de la ignominia? Las inclinaciones se reúnen á nuestro favor, los brazos van á armarse, y si el delito tremola su bandera, la virtud alzará la suya y le declarará la guerra. Pero no: los caudillos del desenfreno carecen de fuerzas y de recursos. ¿Serán estadistas los que acuden para todo á los puñales?

Puesto que reinan por el terror, pronto quedarán asustados, porque en quitándoles la facilidad de asesinar, quedan yertos, pues el cetro que habla en nombre de las leyes, es más poderoso que el cuchillo afilado por el delito. —

A este razonamiento que la reina pronunciaba con ímpetu acalorado, el rey se mostraba conmovido; pero no acababa de decidirse. Antonieta entonces, tomando á su hijo en brazos, le presentó á Luis: ya no soy una reina, dijo, que os aconseja, sinó una madre que os suplica. ¿Dejaréis crecer y penar en la lobreguez de un calabozo este vástago precioso de un trono poco ha tan esclarecido? Si sacrificáis la corona al sosiego general, ¿tenéis derecho para desapropiaros de este niño? O hijo mio! ¿bajo qué estrella tan maligna has nacido, pues los verdugos de tu casa son tus mas crueles enemigos? Ved esas lágrimas, aña-



dió la reina arrojándose con su hijo á los piés del rey; ved esas lágrimas, y ved en ellas su ternura y vuestro deber. Si conserváis siempre para vuestro hijo un corazón paternal, ¿le podréis destinar á vivir como vasallo?... como vasallo?... Fruto desventurado de unos consortes proseritos, ¿qué sería de tí, si el acero de nuestros sayones, alzado siempre sobre nuestras cervices, nos separase para siempre de tu lado? Quizas ¡ay de mí! en poder de nuestros matadores, para alcanzar un pan escaso, tendrías que besar sus manos teñidas en nuestra sangre. Quizas el hijo de los emperadores y de los reyes espiraría en un cenagal inmundo. —

Esta perspectiva horrorosa que tanto han acreditado los sucesos, este cuadro lastimero delineado por una madre desconsolada, hizo derramar abundantes lágrimas. La tierna Isabel dejó

correr las suyas sin violentarse, y alzando al cielo sus miradas piadosas, le estaba implorando, para que no permitiese los males que la reina había descrito. Aquella augusta familia mezcló por un rato sus sollozos con las caricias, y Luis XVI convino en esperar el efecto de las promesas de Toulan, y en diferir su respuesta á las proposiciones de Manuel.

Mas para escitar al uno, y quitar al otro todo rezelo, quedé encargado de hablar con entrambos. Debía enterarme por puntos de sus proyectos, acciones y palabras, para que luego, si fuese dable, se aunasen en el empeño que habían tomado á su cargo. Este era esencialmente idéntico, y variando solo en los medios, se debía esperar que á costa de algun corto sacrificio por ambas partes, se verificaría su reunion. Con esto se conseguía no solo la ventaja de arrebatár al partido popular

algunos sugetos visibles con que se vanagloriaba, sinó tambien la de atraer para los ilustres presos la virtud que forma los caudillos, el talento que arrastra los secuaces, la reputacion que deslumbra á la muchedumbre, el dinero que la seduce, y la fuerza que la avasalla.

Sus magestades terminaron las instrucciones, dándome el rey una carta para la junta de la calle del Arbol seco, y la reina otra para Toulan. Había entregado yo á Clery los cucuruchos que lady Sutherland enviaba á la familia real, y madama Isabel quiso darle las gracias por un billete, que me entregó de su puño. Luis, las princesas y los niños me encargaron la vuelta con abinco, y Antonieta con aquel gracejo que cautivaba los corazones, me dijo: Señor de Fermont, desde que habéis entrado en esta torre, hemos experimentado que la presencia de la virtud

es el consuelo mas halagüeño en la desgracia. — Madama Isabel y el rey se dignaron estrecharme la mano, y salí del Temple enternecido entrañablemente con tanta bondad, y animoso para corresponder á ella con mis servicios.



NOCHE CUARTA.

FITZ-ASLAND mi alumno, me dijo el abate de Fermont, al entablar la relacion de la cuarta noche, no tiene la flema con que se tacha á los naturales de su pais. Si la historia de las desdichas que refiero á Vd., le interesa bastante para desear su continuacion, tendrá que conocerle, pues ha hecho un papel muy importante, aunque bastante ignorado, como lo va Vd. á ver. Dirá Vd. al tratar á este jóven, ¿cómo es posible que con un carácter tan ligero y un genio tan divertido, se conduzcan tramas largas y formales, donde se cifra la vida de los hombres y el destino de todo un trono?

Quizas echará Vd. de ver, como me ha sucedido á mí, que un hombre es capaz de las acciones mas grandes, si tiene el corazon sensible. La sensibilidad y una estremada viveza son pues los elementos de la naturaleza de mi alumno. Apénas me vió, recién salido del Temple, la primera pregunta que me hizo, fué: ¿La reina conserva toda su hermosura y orgullo? ¿madama Isabel ha perdido aquella lozanía que todos encarecían sobremanera, sin duda porque era princesa; y que á mí, que no la miraba sino como á una muger cualquiera, me gustaba harto poco? y la niña? qué linda era! ¿la sombra no ha marchitado aquel precioso capullo de rosa? Edwino, le respondí, es Vd. un atolondrado, ó algo peor; pero no quiero darle un mal rato. Con que acabo de contemplar los personajes mas respetables y los mas desventurados, y ¿me viene Vd. á preguntar

noticias de su lozanía y de su hermosura? y ¿qué no hay mas que mugeres entre los presos del Temple? Luis XVI, el primer monarca de la Europa, su hijo heredero de la corona mas brillante, que penan y espiran en una cárcel, ¿no son dignos del recuerdo de Vd.? Ay Dios! exclamó Fitz-Asland, ¿qué lúgubre será esa torre, puesto que está Vd. mas triste que cuando se salvó de la mortandad, que nada tenía de alegre! No olvido al rey ni al Delfín; pero la cortesanía requiere que se trate ántes de las señoras, y aun no me ha dado Vd. razon de ellas. — Despues de estas locuras, mi alumno hizo otras para que le contase lo que había presenciado. Hícelo así, aunque con reserva, hablándole de lo que había visto, y no de lo que se me había confiado. Edwino reía y lloraba al mismo tiempo: se indignaba de la maldad de los verdugos, y admiraba

poco el espíritu de las víctimas, no porqué dejase de alcanzar su mérito, sinó porqué se consideraba interiormente capaz de igualarlas.

Cuando acabé, hablemos seriamente, me dijo, dejémonos de lamentos, y vamos á socorrer al rey y á su familia. Dicho se está que ese es el anhelo de Vd., y yo quiero acreditar me de digno alumno suyo. Como soy jóven y atolondrado, puedo manejar me á mis anchuras, pues no haciendo alto en mí, podré ser útil sin contingencia. Sáqueme Vd. licencia para entrar en el Temple á su lado: quizá no se arrepentirá Vd., y aun otros tambien me agradecerán esta tentativa. Entreguémonos, mi querido ayo, en parte al acaso, que siempre tiene la mayor cabida en los acontecimientos. — Cuando vi que mi loco hablaba con tal cordura, le ofrecí hacer presente al rey y á la familia su deseo, y pedir su bene-



plácito á Manuel, pues esta gestion era indispensable.

Con el nombre de este magistrado vuelvo á la conjuracion que capitaneaba. Me avisté con él al otro dia, y le manifesté la repugnancia del rey en avenirse á la propuesta referida. Además, le dije, aquí está esta carta suya para sus amigos de Vd.: vamos á verlos, se enterarán y deliberarán sobre ella.

Fuimos, y solo encontramos á Ducos y Vergniaud; pero por medio de una esquelita que les fué llevando el sordomudo, en ménos de una hora se reunieron. Esta es la carta de Luis XVI dirigida al señor de Maleshérbes.

## CARTA DE LUIS XVI

AL SEÑOR DE MALESHÉRBES.

(*Documentos justificativos, número 7.*)

« Ante todo, señores, os doy gracias por el interes que tomáis en la salvacion del estado y de mi persona. En medio de los delitos y de las desgracias públicas, me consuela el ver que hay todavía verdaderos franceses. Vuestra gloria será brillante, señores, si salváis el reino de los peligros de que se ve amenazado; y cualquiera que fuere vuestro paradero, será digno de admiracion y de envidia.

He oido con toda atencion las proposiciones que me habéis hecho por medio del señor Manuel. En seguida las he conferenciado con mi familia y con el abate de Fermont, que logra y

merece vuestra confianza. Voy á comunicaros, señores, las reflexiones que me han sugerido.

Opino desde luego, y aun me persuado, que el amor del bien general es el único móvil que os estimula: sin embargo, hasta ahora nada me lo manifiesta con certeza, ni me lo asegura para lo venidero. De autoridad privada solamente habéis concebido y queréis ejecutar el plan que me habéis comunicado; y si no, ¿cuáles son vuestros poderes, fuera de vuestra buena voluntad? Si al aceptar y hacer ejecutar la Constitución, he reconocido la soberanía nacional, ¿puedo hacer caso de esa propuesta, que la contrasta y la derriba?

Me diréis, que en la tormenta se maniobra fuera de regla, y que el piloto que salva el bajel, sea como fuese, es acreedor á las alabanzas. Admito este principio, con tal que se le ciña

á la necesidad absoluta y demostrada.

Ahora os pregunto, ¿si la maniobra que tratáis de adoptar para llegar á salvamento, es, no digo la única practicable, sinó una de las mejores y de las mas admisibles? no lo creo, para hablar sin rodeos. Temo al contrario, que de la pequeñez á que me reducís con mi familia, se ha de originar un sinnúmero de males, no ménos lastimosos que los mismos que vais á evitar.

Si no se tratase mas que de mi persona, pasaría de largo, pues el brillo de la corona nunca me ha deslumbra- do, ántes bien se me ha hecho intolerable desde el punto en que se me ha quitado la facultad de agraciar y favorecer; y así, se me debe creer cuando aseguro, que mi suerte personal es la que me da ménos cuidado.

Pero la Francia, en quien tantos siglos de cariño, ó sea de costumbre,



han producido un apego natural á la sangre de san Luis, y luego la Europa, habituada á colocar los reyes de Francia en la primera gerarquía de los monarcas, ¿mirarán con indiferencia mi renuncia? ¿Se podrá ignorar ú olvidar, que estaba yo preso, y en una palabra, que estaba en vuestras manos, cuando la firmé? Por otra parte, aunque hago justicia á la sabiduría de vuestros principios políticos, ¿no teméis que la corta consideracion en que dejáis al príncipe real, perjudique á su autoridad? Creédme, señores, y consultád sobre esto con el señor de Malleshérbes, á quien va dirigida esta carta: cuanto mas poder, ensanches é independencia tenga la potestad ejecutiva, tanto mas bien gobernado ha de ir el estado, con tal que lo sea por las leyes.

Reflexionád, señores, sobre los reparos que se me ofrecen, y no los atri-

buyáis sinó á mi deseo de restablecer el órden de un modo incontestable. En habiéndolos desvanecido, estoy pronto á admitir vuestra propuesta; pero en ningun caso el aspecto de los cerros y de la desdicha me obligarán á ser traidor á mi conciencia y á mi deber.

Firmado: LUIS.

Fecho en la torre del Temple, á 8 de setiembre de 1792. »

Esta carta pareció que había causado gran sensacion en todos, mucho ménos por los principios de su contenido, que por la entereza de alma que suponía. Yo mismo, lo confieso, quedé pasmado de que Luis xvi la escribiese; y para no atribuirle á la reina, tuve que recapacitar, que su estilo era muy moderado, y que el rey había tenido siempre cierto teson en las pala-

bras, y no había mostrado debilidad sinó en las acciones.

Vergniaud tomaba la voz para ventilar la carta, cuando un pliego de Petion llamó la atención á otro objeto. Uno de los comisarios enviados por el pueblo al campamento de Gran-Pré, noticiaba al corregidor de Paris, que los progresos de los prusianos eran tan formidables como rápidos, pues aunque habían padecido algun descalabro en las gargantas de la Argona, el paso que se habían abierto por la Champaña, los conducía directamente á Paris, y amenazaba la capital. El comisario encargaba á Petion lo participase á la asamblea nacional, al consejo ejecutivo y al pueblo, para que se tomasen providencias, á fin de atajar las desgracias de una guerra estrangera, á que se agregarían los horrores de la civil.

El peligro es la piedra de toque de

las almas, y en esta ocasion pude graduar la grandeza y esfuerço de las que me cercaban. Léjos de que una noticia tan funesta las abatiese ó desalentase, me pareció al contrario que les había infundido mas vigor. La junta se disolvió, y su objeto quedó aplazado. Vergniaud se marchó á descollar en la tribuna nacional con la sublimidad de su elocuencia; Petion se dirigió hacia la casa de ayuntamiento, donde apenas le quedaba algun influjo; Roland se volvió al consejo ejecutivo, y venimos á quedar solos Malesherbes, Manuel y yo.

Dejemos á nuestros compañeros, dijo el síndico, emplear los recursos que su autoridad ó sus talentos les proporcionan: vamos á echar mano de la nuestra, pues la creo superior á todas. Vámonos al Temple á comunicar al rey la noticia, y le pintaremos con la mayor vehemencia los peligros de la pa-



tria y los suyos, para determinarle á desviarlos, adoptando nuestro proyecto y remitiendo su aprobacion al rey de Prusia: qué os parece? —

No hubiera sido este probablemente el dictámen del señor de Malesherbes, ni tampoco el mio, si las circunstancias hubieran dado cabida á largos discursos; pero en un apuro tan urgente, el mejor partido era el mas breve. Accedí pues á la propuesta de Manuel, y nos encaminamos al Temple.

Ya se ha visto la práctica inconcusa de Luis xvi en no deliberar ni decidirse sobre nada sin la presencia y el arrimo de su esposa; y así la hizo quedar para oír nuestra embajada. Al paso que Manuel se esplicaba, el semblante de María Antonieta, casi siempre anublado, se iba despejando, sus ojos centelleaban de gozo, y la sonrisa altiva del orgullo satisfecho rebosaba por sus labios. ¡ Ah, exclamó despues del razo-

namiento del síndico, yo respiro: la Europa se levanta: temblád, foragidos; los grillos con que nos habéis oprimido, van á recaer sobre vosotros! — Señora, interrumpió Manuel, esas razones inconsideradas no son de peligro en mi presencia; pero mirád que estáis todavía presa, y que vuestro destino se halla en las manos de los mismos á quienes estáis desafiando. — Señor síndico, replicó la reina, diga Vd. mas bien que el suyo está en las nuestras: nunca hemos estado mas seguros, y si nos arrancan un cabello, París responderá de semejante atentado. — Señora, le dije yo entónces, ¿ para qué espresa vuestra boca lo que no siente vuestro corazón? Dignaos recordar los sentimientos que sabéis pintar con tanta ternura; uníos con nosotros para el honor y la conservacion del rey, para la seguridad de vuestro hijo y la vuestra, y determinád á su

magestad á entablar con el rey de Prusia una negociacion saludable á la Francia. Ya no sois austríaca: sois esposa del que reinó sobre nosotros y puede reinar todavía; y en fin, puesto que sois madre, me valdré de la voz de este niño tan amable para llegar á vuestro corazon.

Ah, señor de Fermont! me dijo Antonieta reprimiendo los suspiros: ; cuánto predominio tiene Vd. sobre mí! y cuánto me pesa de ser tan dócil! Bien, señor, continuó hablando con su esposo; hacéd que resalte mas la ingratitud de los rebeldes con vuestra bondad; escribid al rey de Prusia, ya que lo quieren; y preparád á los verdugos el indulto que pagarán sin duda con nuevos atentados. No importa, dijo el rey, habré cumplido con mi deber. Soy frances no ménos que monarca; y en cualquiera calidad que obre, debo echar el resto para alejar

los enemigos de mi país. — Luis se metió en una torrecilla que le servía de gabinete, y estendió la carta, cuya copia es la siguiente.

### CARTA DE LUIS XVI

AL REY DE PRUSIA.

(*Documentos justificativos, núm. 8.*)

« He sabido con sumo disgusto, primo mio, la entrada de V. M. en el reino de Francia, y los triunfos que alcanzan diariamente vuestras tropas sobre las francesas. La injusticia, de que soy víctima, nõ me ha desnaturalizado de mi patria: la amo tiernamente, y no puedo ver sin pesar que la tratéis como enemiga. Si intentáis desagraciarme, os lo estimo y agradezco; pero debo deciros, primo mio, que yo no he pedido semejante fineza. El que



yo quede sacrificado por las facciones, ó derribado por el consentimiento público, es asunto mio. En el primer caso moriré mártir, y los corazones verdaderamente franceses me llorarán, aun cuando no se reunan para salvarme, como debo esperarlo. En la segunda suposición, ¿os corresponde por ventura el dictar leyes á un pueblo estrangero? Si yo me convengo, ¿os debéis mostrar mas zeloso que yo apesadumbrado?

El modo libre y desenfadado con que hablo á V. M., debe demostrarle, que en medio del arresto conservo la libertad del alma, y la empleo para rogaros encarecidamente, alejéis del territorio frances vuestros ejércitos triunfantes. Hay algunas interioridades que no deben encomendarse al papel; pero el sujeto encargado de entregaros este pliego, lo está igualmente de comunicaros mis intenciones particulares. Su-

puesto que habéis tomado posesion en mi nombre de la plaza de Verdun, espero tendréis la bondad de cumplir con el primero de mis deseos, intercediendo con S. M. el emperador, para terminar una guerra funesta, y restablecer la tranquilidad en Europa. Entre tanto ruego al Señor, primo mio, conserve y haga reinar larga y felizmente á V. M.

Firmado : LUIS.

Fecho en la torre del Temple, en Paris, 9 de setiembre de 1792. »

Esta carta no llenaba los deseos y la esperanza de Manuel; pero en la crisis actual podía ser muy provechosa: por tanto no pidió mas, y yo quedé enteramente satisfecho, pues la miraba como un medio que ayudaría á rebajar las pretensiones de los conjurados, y á

mejorar en mucho la suerte de los presos.

Al disponer este mensaje, la intención del rey, como él mismo lo apuntaba, había sido confiarse á una persona recomendable y segura. Se trató de nombrarla, y Manuel advirtió que para hacer frente á cuanto pudiera sobrevenir, había de ser del agrado de su magestad y del aprecio del rey de Prusia, sin desmerecer el concepto de los republicanos. El señor de Malesherbes llenaba las medidas en todo; pero su ancianidad era un obstáculo insuperable. Indiqué otro, que mereció la aprobación, y cuyo nombre no es preso, aunque honra en el día uno de los primeros cargos del estado. El resultado de las negociaciones que entabló con el rey de Prusia, acreditó su sabiduría, como la conducta que siguió y está siguiendo, demuestra su patriotismo. Es uno de aquellos pocos

hombres, que ajenos de todo partido, han sobrevivido á la destrucción general, y así en la república como en la monarquía, siempre han tenido el corazón francés. Este elogio parecería muy escaso, si me fuese lícito nombrar el sugeto.

Después de esta conferencia pedí al rey el favor de presentarle mi alumno; y como buscaba la respuesta en los ojos de la reina, Manuel se adelantó atentamente á asegurarle, que podía manifestar su ánimo con toda libertad. Antonieta se aprovechó de este agasajo, para decirme, que el rey y ella verían al lord Fitz-Asland con satisfacción, y quedamos aplazados para el día siguiente.

En aquel mismo recibió el encargo para la embajada de Champaña las instrucciones verbales del rey; pero como nadie intervino, ni aun la reina, cuya curiosidad supo burlar



Manuel, no referiré su pormenor, que saldrá á luz sin duda el día de las revelaciones.

Era yo depositario, como dije, de una carta de Antonieta para Toulan, que capitaneaba el partido de los realistas. Fui á buscarle, y me descubrí con él. En extremo satisfecho de oírme, correspondió á mi confianza, manifestándome con toda sinceridad su corazón. Toulan era un jóven de mucha cortesanía y amabilidad, y á poco rato comprendí que estaba prendado de la reina, como ella lo había insinuado. Amante, mas bien que realista, y con el corazón encendido y el cerebro acalorado, no veía en el objeto de sus ansias, sinó una muger hermosa, encantada por el ensalmo de algun espíritu maligno, cuyo poder iba á contrastar. Su imaginacion fogosa y arrebatada había ido á parar á los siglos caballerescos, en que las beldades ge-

mían en un castillo, esperando el favor y amparo de algun cortes y valiente caballero. Tan desinteresado como animoso, no quería en premio de los servicios que hacía á Antonieta, sinó el honor de haberla libertado. Por lo demas había concebido con magnanimidad el proyecto, lo seguía con teson, y juraba desempeñarlo con esfuerzo. Entre todos sus secuaces no había uno, que, fuera del motivo general de su apego al régimen antiguo, no se hubiese determinado por algun interes particular. El uno por medrar, el otro por mantenerse, cuál por inclinacion á las tramas, cuál por la ambicion de los honores, y el menor número por el deseo de la gloria, ó para hablar con mas propiedad, por la vanidad de la nombradía. No estrané, ni llevé á mal este egoismo, pues al cabo en todos los lances de la vida es el móvil mas poderoso y eficaz, porqué identifica á

los individuos con los sucesos, haciendo de una causa común que interesa poco, un negocio personal que mueve sobre manera.

Toulan, que á toda hora llevaba por escrito la razon del estado de su empresa, me leyó los últimos apuntes, para demostrarme que estaba muy inmediato el desenlaze. Entre los medios que él y los demas caudillos habían empleado, el que ademas del reparto del dinero les había surtido mejor efecto, era la publicacion de papeles sueltos y escritos periódicos. Mas por no estrellarse con la autoridad dominante, no habían estendido ninguno por Paris, y solo habían interesado algunos departamentos occidentales á favor de los presos. Debo tambien hacer á Toulan la justicia de decir, que el amor, que le había embelesado el espíritu, no le había estragado el corazon, pues amaba sinceramente á su país, y

no estaba en ánimo de favorecer á los estrangeros, que solo anhelaban la destruccion de la Francia. Cuando en medio de la conversacion vino á saber que yo era irlandes, me costó mucho probarle, que no era su enemigo, y dejarle satisfecho de la rectitud de mis intenciones. Preguntéle qué opinaba de Manuel, de Petion y de todos los que componían el partido, en cuyos misterios se me había admitido. Me respondió: Son hombres de bien, si cabe en los ambiciosos el serlo. Desprecian al rey, detestan á la reina, cuyo carácter se les hace temible, y quisieran, sin derramamiento de sangre y sin turbulencias, separarlos para siempre de los negocios. No profesan los principios abominables de esos trastornadores; pero como tienen talento, grandes virtudes y buen crédito, son otro tanto mas de temer. — Quise averiguar, si estaba enterado de su con-



juracion ; pero vi que ignoraba que la hubiese, y que los juzgaba solo por sus principios, acciones y palabras bien notorias ; y yo no creí deberle decir lo que sabia.

Despues de habernos aplazado para avistarme con los principales de su trama, dejé á Toulan, y me marché á cavilar sobre los medios de reunir y hermanar entrambas conjuraciones ; pero profesaban unas máximas tan encontradas, y se encaminaban á un objeto tan diverso, que no se me hacía asequible el conciliarlas. La reina por sí sola presentaba mas obstáculos que la familia entera: Toulan reunía sus fuerzas y facultades por ella, y contra ella se armaba principalmente Petion y su partido. En una desavenencia tan terminante, ¿cómo se había de hallar ni un pretexto siquiera para la menor composicion?

Sin embargo, á fuerza de insistir,

vine á juzgar que del obstáculo mismo saldría el medio de superarlo, si la reina amaba con bastante sinceridad á su esposo y á su hijo. Con el imperio absoluto que ejercía en Toulan, podía determinarle á hacer por estos lo que intentaba hacer por ella. Renunciando así voluntariamente al boato del Gobierno y al embeleso de la ambicion, facilitaba la alianza y hermandad de los dos partidos, cuyo objeto venía á ser idéntico, y que solo variaban en algunas particularidades.

Pero ¿quién tomaría á su cargo el entablar con la altanera Antonieta semejante negociacion? Fuí interiormente haciendo reseña de varios sujetos, y ninguno por una ú otra razon me parecía á propósito. Fijéme al fin en la tierna y generosa Isabel, que ponía todo su esmero en olvidarse á sí misma, para no cuidar sinó de los demas. En la corte había sido un modelo

de bondad, y en el Temple lo era de sufrimiento y de resignacion. Devota sin supersticion, filósofa sin desabrimiento, era tambien sabia sin querer parecerlo. El estudio y la amistad eran su dicha: su beneficencia en los dias de prosperidad aliviaba á los necesitados; pero en la prision no le quedaba mas tesoro que el de su corazon, para socorrer á sus hermanos y sobrinos. Por tanto conté con ella sin mas deliberaciones.

Hubo algunas dificultades que fueron retardando la entrada de mi alumno en el Temple. Con la seguridad de ser presentado, no podía contener su gozo y sus arrebatos; pero á fin de no dar cabida á los rezelos, ni comprometer al síndico, debía seguirmos en traje muy sencillo, aparentando ser un dependiente de la secretaría. Temía yo que su atolondramiento me hiciese arrepentir de mi condescen-

dencia; mas á la primera insinuacion me protestó, haciéndome mil cariños, que sabría acomodarse al lenguaje y modales adecuados al lugar y circunstancias.

Mi alumno, sin que sobresalga por su gallardía ó hermosura, no deja de tener una fisonomía agradable, que da muestras de su agudeza natural; y sabe realzar con el adorno y el aire de su porte las calidades físicas de que la naturaleza le ha dotado. Me detengo en esto, por el influjo y las consecuencias que tuvo. Entónces hice poco alto en estas particularidades, y solo por recuerdo puedo decir, que si bien se desentendía de la riqueza de su traje, ponía el mayor esmero en su hechura.

Apénas entramos en el cuarto del rey, donde estaba reunida toda su familia, el joven lord llamó la atencion de todos. Le presenté á sus magestades, al principe y á las princesas, que le



agasajaron con el mayor agrado, y aun advertí que la reina había templado la altanería de sus miradas, y suavizado el eco de su voz para hablarle. Mi alumno estaba en sus glorias: su atractivo era tanto mas halagueño y reparable, por la contraposición de una cárcel llena de mozos descorteses y de guardias desatentos.

Aun en presencia del rey, de Manuel y del ayo, las damas le hicieron un sinnúmero de preguntas. Las de Antonieta le dejaban á veces casi cortado, por el tono con que las decía: madama Isabel, no ménos afable, pero mas tímida, procedía con mas reserva, y la jóven María Teresa contemplaba á Edwino con ademán de admiración.

El síndico se aprovechó de aquella distracción, para instar de nuevo á Luis XVI á que aceptase el proyecto. Las cosas han venido á tal extremo, le

dijo Manuel, que quizá este es el único medio de asegurar vuestra salvación. Si la Convención se junta, y los alborotadores predominan, ya no será la corona, sinó vuestra libertad, y acaso vuestra vida, la que dará que temer. No malgastéis en indecisiones un tiempo tan precioso: salvaos, y salvád al estado. — Luis aseguró que á la vuelta del enviado cerca del rey de Prusia, daría su respuesta definitiva.

Había yo tenido la prevención de entender brevemente la relación de mis conferencias con Toulan, y mientras Manuel las había con el rey, conseguí poner mi billete en manos de Antonieta. Me dió las gracias á media voz con una espresion de complacencia verdaderamente extraordinaria; y en medio de todo tenía los ojos clavados en mí alumno, quien por su parte los fijaba en la princesa: lo cual no dejó de causarme alguna zozobra.

Esta fué en aumento, quando avisado por Manuel de que se acababa el tiempo de nuestra visita, tuvé que pedir una conferencia particular con madama Isabel. Retirámonos al hueco de una ventana, desde donde pude ver al rey engolfado con Manuel en una conversacion muy seria, y por otra parte á la reina hablando al oido con el lord, que siempre distraido se sonreía sin escuchar, y no tenía ojos sinó para María Teresa. Repito, que me puse cuidadoso.

Di cuenta en compendio á la hermana del rey de las conferencias que había tenido con la junta de la calle del Arbol seco y con Toulan. Le presenté las pretensiones de aquella y de este bajo su verdadero aspecto, y no me fué muy arduo el manifestarle que se oponían, ó por mejor decir, que estaban encontradas en todo. Pero al descubrirle el mal, no me fué difícil dar

con el remedio. Está, le dije, en el corazón y en la mano de la reina; y si el honor de su esposo, el interés de su hijo y su propia gloria la mueven, no titubeará en emplearlo. Los franceses sabrán agradecer este acto heroico y desinteresado: hace tiempo, no hay que disimularlo, que no aman ni aprecian á la reina, á quien atribuyen todas sus calamidades: que adopte el partido propuesto, y se ganará todos los corazones. La autoridad real no será ménos sólida por quedar limitada; el pueblo, á quien una libertad honesta agrada y conviene mas que las convulsiones del desenfreno, el pueblo será el primero en acabar con los tiranos que le adulan, descaminan y sacrifican. — Isabel gustó al parecer de mis principios y de mis raciocinios, pues me respondió: Si no se necesitase mas que mi beneplácito, desde este punto nada quedaría que desear, y aun si no



se pidiese sinó el del rey, ningún obstáculo habría para alcanzarlo. Jamas se ha pagado mi hermano de la brillantez del trono, y nunca ha medido el decoro de su potestad por su extensión: varias veces ha repetido que los reyes no deben ni pueden reinar bien, si no se conforman con la voluntad pública espresada por las leyes. Nunca pedirá, lo sé positivamente, una autoridad sin límites, sinó para hacer bien, y ninguna para hacer mal. Siempre le he acompañado en estos sentimientos, que ahora se nos han arraigado mas con las desgracias. Pero ¿cómo hemos de persuadir á la reina, que el sacrificio de su autoridad, de su grandeza, y sobre todo de su influjo es necesario? ¿No conocéis la altanería de esa casa de Lorena, que ha dado potentados á tantos tronos, y que domina hoy en el imperio? Será muy arduo el conaturalizar á una prince-

sa de Austria con la sencillez de la vida privada, y todavía se ha de hacer mas trabajoso el deshabituarla de sus ocupaciones políticas. Mi hermana lleva en el rostro y en el alma la magestad de un carácter elevado; pero al manifestar su espíritu, sale tambien á luz su engreimiento. Con todo su embeleso natural, prefiere la gloria de estar mandando á la dicha de agradar. Suele olvidar que es muger, pero siempre tiene muy presente que es reina: si tal vez tiene á bien renunciar á su aparato ostentoso, es solo cuando su corazón está muy conmovido. Está Vd. pensando sin duda, señor de Fermont, que zahiero demasiado á mi hermana, favoreciéndola tan poco en su retrato. Delante de cualquiera otro y en circunstancias diferentes, tendría que suavizar, y suavizaría en efecto, los rasgos de estas verdades chocantes; pero cuando del resultado del gran negocio

que trae Vd. entre manos, depende la pérdida ó la salvacion del estado, de un trono y de una familia, sería culpable, si encubriese la verdad. Fuera de esto, el orgullo que la reina ha sacado de la casa de los Césares, no la hace insensible á los vínculos de la sangre, al atractivo de la simpatía y á la correspondencia en la amistad. El rey le debe un cariño entrañable, y sus hijos mucho mas: idolatra con especialidad al Carlitos, en quien reverencia el noble retoño de dos casas soberanas, y tambien creo que soy partícipe de su afecto. Principalmente desde que la suerte con sus reveses nos ha reunido, me ha dado muestras muy patentes de su aprecio. En fin, si hay alguno que pueda esponerle la proposicion de Vd., y quizá tener la esperanza de hacérsela aprobar, soy yo sin duda. Le prometo á Vd. mis zelosos desvelos: se trata de la salvacion de la Francia,

del honor de mi hermano y de la dicha de sus hijos; ¿qué no haré yo por conseguirlo? — Me separé de la virtuosa Isabel, penetrado de respeto y de admiracion, y nos reunimos. La conversacion fué general por un momento, y luego, habiéndonos hecho Manuel una seña, ofrecimos de nuevo nuestras atenciones á los presos, y nos despedimos.

Antes de separarnos, el síndico me previno, que el día siguiente se debía celebrar junta, para acordar los medios mas poderosos y capaces de reducir á Luis xvi. Aunque tenía cita con Toulan, como era á hora diferente, prometí el acudir á la calle del Arbol seco.

Al llegar á casa, nos encontramos con varias cartas. Había una de Irlanda, de letra de lord Fitz-Asland, padre de mi alumno. Edwino la abrió arrebatadamente; pero apenas leyó los pri-



meros renglones, le vi pálido, y que para no caer desmayado, se sentó en un taburete. Luego se puso en estremo encendido, y vertió muchas lágrimas, que quería encubrir tapándose la cara con las manos. Sobresaltado con aquella novedad y temeroso de saber su causa, no acertaba á darle ningun auxilio ni consuelo oportuno. No me atrevía á recoger la carta fatal, que estaba abierta á mis piés; pero tomándola luego él mismo con viveza, y dándomela á leer: vea Vd., dijo, cuán desgraciado soy. — Sin soltarle la mano recorri la carta, que decía:

*Lord Fitz-Asland á su hijo, Paris.*

«Dublin 27 de agosto de 1792.»

Paris no es ya una morada habitable para tu digno ayo, ni para ti, amado Edwino. La turbulencia reina, y acaso

la mortandad: yo no vivo desde las horribles noticias del 10. Si me amas, parte al recibo de esta, deja el teatro de la desolacion, y ven al regazo de tu familia, á esperar que la bonanza...»

Cómo? me dijo mi alumno levantándose, y ¿lee Vd. todo eso tan friamente? — Pero, querido, hasta ahora no he visto motivo para acalorarse. — No lo ve Vd.? pues no ve Vd. que mi padre me llama? — Y qué hay con eso? — Qué hay? que esa orden es mi sentencia de muerte. — Edwino, espíquese Vd. — Ay Dios! no me ha entendido Vd.? — No por cierto: qué hay pues? — Lo que hay es que su alumno de Vd. está perdido, si sale de Paris. — Repito que no le entiendo á Vd. — Fitz-Asland cogiéndome entónces las manos, estrechándolas, y mirándome con ojos llorosos: Ah, mi amado ayo! me dijo sollozando, ¿por qué me ha llevado Vd. al Temple? — Edwino, qué

es lo que está Vd. diciendo? — Que quisiera no haber estado jamas, ó, añadió con la espresion mas tierna, permanecer allí toda la vida. — Cielos! qué es lo que oigo!

Entónces me tocaba el papel del desconsolado. Estuve algunos minutos inmóvil, cabizbajo, mirando sin ver, y sin hacer alto en mi alumno, que se paseaba aceleradamente, ó se paraba para pedirme mil perdones: en una palabra, estaba embargado en un laberinto de ideas lóbregas y contradictorias.

Pasado el primer momento, empecé á volver en mí, con la reflexion de que una sola vista no habría podido causar un estrago irreparable; que era verosímil que Edwino equivocase con los impulsos del corazon la conmocion de sus sentidos, la cual era mas fuerte por ser la primera; y que suponiendo que un afecto tan profundo como tierno

hubiese nacido en su alma, se debía presumir que no era correspondido, y que por consiguiente se apagaría por faltarle el pábulo del mutuo cariño.

Pero ¿cuál de las tres princesas se lo había infundido? Por mis sospechas debía ser Antonieta, cuyo embeleso, acostumbrado hacia tiempo á los triunfos, encontraba, segun decían, un idólatra en cada hombre; y había advertido, como he manifestado, que su atractivo, mas y mas engreido con la misma opresion, se había humanado con Edwino. Sin embargo, el decoro magestuoso de Isabel había podido interesarle, ó en fin podía tambien haberle cautivado el recato virginal de María Teresa. Ansiaba desengañarme, á fin de motivar fundadamente los consejos que como amigo debía darle. Su respuesta se vino á reducir á la siguiente.

Quiero, amado ayo, corresponder



á la condescendencia de Vd. con mi franqueza. Las primeras chispas de mi amor no son de hoy; pero hoy es cuando mas inflaman mi corazón, que por una parte se enardece con los estorbos, y por otra se alimenta con la esperanza.

¿Se acuerda Vd. del día en que lord Sutherland, mi primo, fué presentado á la corte como embajador británico? Yo di la mano á su esposa, que de allí á poco rato no fué ya para mí la muger que yo mas apreciaba en el mundo.

En medio del fausto que cercaba al monarca, y entre las beldades tituladas que rodeaban á la reina, mis ojos se desalaban en busca de la muger, que tanto encarecía la fama. Un susurro lisonjero, seguido de un silencio respetuoso, anunció su venida, y entre tanto los latidos de mi corazón aumentaban mi desasosiego y mis anhelos. Se presenta: una diadema de pre-

ciosa pedrería centelleaba en sus sienes; los diamantes engarzados se cruzaban formando ondas sobre su seno, y la magestad real se ostentaba en los pliegues tendidos de su magnífica vestidura. Deslumbróme esta brillantez, mas no me conmovió; y cuando levanté los ojos, y vi el orgullo sentado sobre su frente altanera, la gradué de reina hasta en su sonrisa de protección.

Seguía á poca distancia una jóven, que al parecer estaba allí para formar una contraposición perfecta. Una guirnalda ligera ceñía su dorada y suelta cabellera: hermosa sin que lo supiera, prendaba sin pretenderlo. He visto que todos fijaban sus ojos en esta persona, que como lo habrá Vd. entendido, era María Teresa.

Con su presencia el espectáculo brillante que tenía á la vista, quedó eclipsado. Entre tantas mugeres notables

por juventud, opulencia y hermosura, no vi mas que una niña sencilla é inocente, que apénas se atrevía á levantar sus tiernos párpados, y cuya frente vergonzosa se sonrojaba de continuo. Este cuadro de la inocencia y del hechizo me interesaba en extremo, y me causaba mil distracciones, de que lady Sutherland tenia que sacarme á cada paso.

Dejé la corte, llevando impresa la imágen de María Teresa. Mi corazón la conservó por espacio de algunos meses: el tiempo, la ausencia y la disposición invariable de Vd. de no presentarme al rey sinó con órden de mi padre, no la borraron, pero la disminuyeron algun tanto. Llegué á creermelibre de esta dolencia, porqué solo había experimentado los primeros ataques.

Aun suspiraba yo por esta dulce pena, cuando por la casualidad de las entrevistas de Vd. con Luis xvi, se in-

flamó de nuevo mi corazón. Interrumpió Vd. sus visitas á las Tullerías, y falleció mi esperanza; pero se reanimó con la catástrofe del 10 de agosto, y formé el proyecto de libertar de sus opresores á la familia aprisionada, pues un incidente que ignora Vd., podía favorecer su ejecucion.

Hacia algunos dias que pasando al anocheecer por los arcos de la calle de santo Tomas de Louvre, se me habia llegado una muger ordinaria, entrada en edad y no mal vestida, la cual despues de haberme saludado cortesmente, me habia entregado sin hablarme una carta. En vano quise saber de quien era el billete, pues me respondió que lo veria leyéndolo, y se despidió de mí.

Estaban encendiendo los faroles, y yo impaciente por saber el contenido, me acerqué al mas inmediato, y lei estas palabras solas: *Madama de Ro*



zierz, calle del Sena, número 7, barrio del jardín del rey; y de otra letra: se la puede ver desde las diez de la mañana hasta las cuatro de la tarde.

Yo estaba confuso, y decía ¿á qué vendrá este sobrescrito? qué tendré yo que ver con esta dama? Había oído hablar de chascos originados de tales antecedentes; y juzgando que podría ser uno de los muchos, me metí el papel arrollado en la faltriquera, sin hacer caso de semejante aviso.

El día siguiente mi criado Tomas dió con él al vestirme; y como le conté mi aventura y mis rezelos, se chancó y me dijo, que el tal billete iba mas bien asestado contra el corazón que contra el bolsillo, pues sería de alguna buena moza, que deseaba tratar con un señorito amable como yo. Confieso que en esto cometí dos yerros á un tiempo, el primero en hacer caso de Tomas, y el segundo en no pedir á

Vd., amado ayo, su dictámen. Como quiera, ademas del pensamiento que me ofrecía la dicha de corresponderme con una hermosura, mi vanidad se engrió considerándome el héroe de una trama, y quise ver su desenlace.

Siempre me ha dado Vd. bastante ensanche para esplayarme ciertos ratos, y así hice una salida pretestando un paseo por el jardín del rey; y Tomas conduciendo con mas velocidad que nunca el birlocho, me puso en breve en la calle del Sena, frente al n.º 7. Será escusado decir, que hubo aquel día algun esmero en el vestido.

Al apearme, mi corazón palpitaba cual nunca, y ya estaba en el segundo piso, cuando aun no me había serenado. Vi entonces bajo de la aldaba de la puerta un rótulo que decía: *Madama de Roziers*. Tomas llamó á la campanilla, y quise detenerle; pero el eco de aquella resonó en mi interior, avisándome

que iba á entrar, y esto aumentó mi temblor y mi turbacion.

Una muger que me pareció la mensajera del arco de santo Tomas, abrió la puerta, y me preguntó, á quién buscaba. Pronuncié á media voz el nombre de *madama de Roziers*, que no oyó la criada, y me lo hizo repetir. Tomas, que se incomodó de mi torpeza, articuló bien alto: milord Fitz-Asland quiere hacer presente su atencion á madama de Roziers. — La criada hizo una cortesía, se marchó, volvió y me condujo muy espresiva á la puerta de un cuarto, en que me hizo entrar, quedándose Tomas en la antesala.

El agasajo de la criada, el aseo del cuarto, y mucho mas el ratito de soledad que logré, alejaron mi zozobra y alentaron mi timidez. Un espejo que tenía frente de mí, acabó de animarme, y esperé sereno el éxito de una aventura, mas bien amorosa que espuesta.

Salió una señora, que por sus facciones agradables, aunque desmejoradas, juzgué sería de unos cuarenta años, así como por su aire noble formé buen concepto de su nacimiento y de su educacion. Nos saludamos muda y recíprocamente; se sentó con señorío, me hizo seña de que tomase asiento, y me habló en estos términos: El modo con que ha sido Vd. introducido en mi casa, le habrá causado estrañeza, y esta se aumentará en sabiendo los motivos. Sin duda habrá Vd. presumido que esta era una cita amorosa, y el medio de que me he valido, es muy propio para dar margen á semejante conjetura; pero presto quedará Vd. desengañado, y se enterará de lo serio é importante del asunto.

Quando Vd. era niño, ¿no se acuerda de haber oido mencionar alguna vez en casa de sus padres el nombre de Clara Melwood? — Lord Fitz-Asland lo



ha repetido no una vez sola en mi presencia, acompañándolo siempre con suspiros, y aun con lágrimas.— Con lágrimas!... ¿tendría pesar ó remordimientos?... no, en el asesino de su amante y de su consorte no caben.— Señora, esclamé poniéndome en pié, ¿qué está Vd. diciendo de mi padre? ¿me ha llamado Vd. para oír cómo le injuria?— No, milord, sinó para ayudar á Vd. á desagraviar sus ofensas: siéntese Vd. y óigame con sosiego.—

La miré con respeto y obedecí. Sí, insistió; esperó de la generosidad de Vd. el término de mis males, y el principio de la felicidad de una persona, que le será luego tan apreciable como á mí misma. Uno y otro están en manos de un padre, de quien dispone Vd. á su albedrío.

Me llamo Clara Melwood, y aunque mi nacimiento no es de la primera gerarquía, es de la que honra á los ple-

beyos y suele emparentarse con los grandes. Con una fina educacion, ciertos adornos adquiridos y algun mérito personal, me había granjeado los obsequios de algunos pares de Irlanda. Muchos solicitaron mi mano, mas solo uno cautivó mi corazón. ¿Cuánto me amaba Fitz-Asland al parecer, mejor diré, en la realidad! pues no es dable aparentar tan bien un afecto; y ¿con qué tierna correspondencia pagué su cariño! ¿Quién duda nunca de la sinceridad de un amante? Entreguéme á su padre de Vd. sin reserva, y sin exigir ninguna promesa, pues no lo permitía mi amor.

Entre tanto la guerra que se iba encendiendo en las colonias inglesas, obligó á marchar á su padre de Vd., cuando llevaba ya en mi seno la prenda de nuestra union; y ni aun entonces le requirí con obligaciones legales, suponiéndole atado voluntariamente

con la mas sagrada. Mi amante partió, dejándome la esperanza de verle y abrazarle presto como esposo.

Però despues de correspondernos tierna y constantemente por seis meses, supe que el atractivo ó el artificio de una competidora me había robado el corazon de Fitz-Asland. Si no hubiese sido madre, hubiera tenido á mengua el quejarme; pero el ingrato, al dejar de ser mi amante, había tambien olvidado que era padre, y fué en vano el hacérselo presente. Ajustada la paz y reconocida la independenciam de las colonias, se desposó con su amiga, que vino al parecer á Dublin para insultarme en mi desconsuelo.

Supe sin embargo encubrirlo, pues mi carácter, hasta entónces flexible y tierno, se engrió y endureció contra la adversidad. Había muerto mi padre, era su única heredera, y poniendo el mar de por medio, llegué á Francia

con mi niña, á la cual en virtud de los principios que me ha sugerido la alevosía de su padre, he dado el trage y la educacion del sexo de Vd.

Viviera ya sosegada, si no dichosa, sin las muchas calamidades que está padeciendo hace cuatro años este pais. Los restos de mi fortuna, que había colocado en los fondos públicos, han desaparecido, y la miseria agravando mis desdichas, me precisa á quejarme. No lo hubiera hecho por mí, pero el interes de mi hija hace enmudecer mi altanería; y por ella, milord, por la hermana de Vd. imploro hoy su asistencia.

Recorra Vd. esas cartas, y lea las pruebas repetidas de cuanto digo: ¡así pudiera, al mostrar á Vd. la letra de su padre, ocultarle su traicion!— Las tomé lloroso, y fui viendo en cada espresion de ternura la prueba de su perfidia: ya le condenaba sin respeto y me condolia de su víctima, cuando



asomó un jóven que parecía un Adónis. Ven, hija mia, le dijo madama Melwood, á merecer de lord Fitz-Asland la dicha de abrazar á un hermano, y, añadió apocando la voz, á pedirle su proteccion.

Estreché con ternura y bañé con mis lágrimas aquel hermano tan amable, ó mas bien, aquella hermana encantadora, que reunía el señorío de las facciones de su madre con la suavidad de las de su padre. Desde aquella primera vista se entabló entre nosotros la mayor intimidad: les prometí y juré, que no solo señalaría mi padre un situado decente á Paquita, (este es el nombre de mi hermana) sinó que mediaría yo con el mayor ahinco, para ajustar entre su madre y lord Fitz-Asland una reconciliacion completa. Con esto nos separamos, mutuamente enternecidos y satisfechos.

Desde entónces hasta el 11 de agosto

en que volvimos á Paris, no las vi sinó una vez. Mi ánimo era llevar á Vd. á su casa: pero los acontecimientos lo han estorbado. Sin embargo, mi amado ayo, se va Vd. á quedar atónito, cuando le diga que ya conoce Vd. á Paquita.

No habrá Vd. olvidado aquel jóven interesante del 11 de agosto, que con pretesto de dar á conocer á Vd. los nuevos acuerdos de la casa de ayuntamiento, le puso en las manos dos pasaportes, uno para Vd. y otro para mí: pues aquel era mi hermana. Al irnos al campo se lo había yo avisado por un billete, y naturalmente sobresaltada por la suerte de un hermano, y por la de Vd., en la cual se interesa sobre manera, y por medio de las conexiones que se ha ido agenciando en la guardia nacional; había solicitado y conseguido sin dificultad los pasaportes para entrambos. Nos estaba acechando cuando la encontramos, y nos

favoreció la casualidad con el tropiezo de los carruages y el soldado de nuestra escolta que conocía; y ya sabe Vd. las resultas.

Vamos pues ahora á mis designios sobre los ilustres presos del 10 de agosto. Cuando supe que los habían encerrado en los Feuillans con el resguardo de una corta guardia, juzgué que no sería imposible sacarlos de allí. Para esto no había mas que formar la guardia de hombres á mi devocion, ó atacarla y arrollarla, si se componía de enemigos. Para lo primero, Paquita, que tiene graduacion en la milicia urbana, debía manejarse de modo que reclutase veinte y cinco ó treinta realistas ó constitucionales, decididos á intentar el golpe. Para lo segundo, los mismos hombres con todo el recato posible habían de sitiár la prision, y sin derramar sangre, si no lo exigía la necesidad absoluta, arrebatarian la fa-

milia real. Ambos planes estaban organizados, y no nos quedaba mas, que elegir el mas practicable, quando la traslacion al Temple los desbarató igualmente. El largo arresto de Vd. y los asesinatos de setiembre acabaron de desesperanzarme, con lo cual me llené de un desconsuelo tan amargo, que nada alcanzaba á mitigarlo.

Pero el cielo quiso prometerme su término, ofreciéndome la proporcion de ver nuevamente á mi princesa, y serle de algun provecho. Con esto queda Vd. enterado del motivo de mi afan por ir al Temple, del de mi gozo, quando me dió la seguridad de introducirme, y en fin de la complacencia por la felicidad que acabo de lograr.

He visto otra vez á la reina, cuya altanería me ha parecido que estaba muy abatida; pero he visto tambien á su hija, cuyo candor y hermosura han ido, si no me engaño, en aumento.



¡Ah, mi amado ayo, si yo me atreviera á espresar el afecto que me inspira! Mis ojos solos han hablado, y no sé si me equívoco, pero me parece que los suyos me han correspondido. Qué dicha la mía, si me amase!.... Y mi padre me manda que la deje.... ¿no es mandarme que deje la vida?.... — Por el acaloramiento que veía en los ademanes y espresiones de Edwinó, continuó el abate de Fermont, me hice cargo de que mis consejos le serían inútiles en aquel momento. El hervor de la pasión había llenado su cabeza de vapores y anublado su entendimiento; y para que se enterase de la razón, era preciso esperar que se despejara. Abrazé pues á mi alumno, le consolé acerca de la carta de su padre, del cual me encargué alcanzarle alguna demora, y volví á mi cuarto para cavilar sobre los medios de romper por obstáculos tan complicados.

Mire primero al rededor de mí, y luego volviendo á registrar mi interior, me sobrecogí al encontrarme depositario y casi en el centro de tres tramas á un mismo tiempo. Además de que este papel cuadraba mal con los principios y carácter que profeso, ¿había sinó certeza, á lo ménos probabilidad, de que lo desempeñase á satisfacción de la justicia y de los que me empleaban? ¿Cómo había de ser fácil á un hombre desconocido, sin influjo y sin conexiones, conciliar intereses tan encontrados y pretensiones tan opuestas? Si no me engañaba acerca del carácter y opiniones de la reina, jamas condescendería con lo que le pedían; y ya que así sucediese, ¿qué iba á ser del rey? ¿qué suerte cabría á sus hijos? Por otra parte, ¿cómo persuadir á unos hombres, cuales eran los de la calle del Arbol seco, que devolviesen á Luis su poder, subsistiendo su debilidad y su

irresolucion? ¿Qué valla no habrían de oponer á semejante proyecto los progresos de la opinion? ¿Era dable hacerla retroceder á los tiempos de Richelieu? ¿Cómo se había de avasallar, ni aun reducir á los límites del orden, á todo un pueblo desenfrenado, cuando cada uno por haber destronado al rey, se consideraba como sucesor suyo en el trono? Ese era, dirán, el proyecto de Toulan: sí, esta era sin duda la ilusion de su corazon, mas no la combinacion de su entendimiento. Toulan que no veía sinó con la venda del amor, obraba á ciegas, discurría al aire, graduaba sus deseos de posibilidades, se portaba en fin mas bien como amante que se acalora, que como frances que se compromete. Por otra parte, aquel choque de conspiraciones y de designios me parecía mas perjudicial que provechoso á la causa que abrazaban. Era de temer que lèjos

de hermanarse los partidos, no tratasen sinó de destruirse mutuamente, y no lo era ménos, que la familia real, cogida en medio, vendría á estrellarse con ellos. Veía estos inconvenientes, y me desconsolaba, pues aunque concebía algun medio para allanarlos, mi ánimo no igualaba á mis deseos. Otros en mi lugar, lèjos de confundirse, transformarían, como hace la verdadera destreza, los obstáculos en medios, hollarían los estorbos, y aun los procurarían para complacerse en superarlos. De algo podía servirme en tales circunstancias el amor de Fitz-Asland; pero me repugnaba valerme de este recurso. En fin, yo titubeaba en medio de las dificultades, temiendo empezar, y ansiando el acabar; escitado por mi adhesion al rey, contenido por los escrúpulos, y agitado entre la esperanza del éxito y el temor del malogro.

Sin embargo, habiéndome hecho



cargo de todo, resolví entregarme á la marea de los acontecimientos, puesto que hasta entónces me había llevado de todos modos. Huir cuando va á darse la batalla, es cobardía y aun traición; pero como no hay mérito, y sí mucha imprudencia, en hacerse gefe el que solo tiene talento para desempeñar el cargo de subalterno, me puse en manos de la Providencia, para que me dirigiese en aquel trance importante.

Fuí con esta intencion prudente á la calle del Arbol seco; pero encontré los ánimos muy inquietos y agitados. De allí á pocos días se abría la Convencion, y los agüeros de su establecimiento no parecían favorables ¿Cuál era en efecto el estado de las cosas? Los legisladores, atemorizados con los cañonazos del 10 de agosto, no habían recobrado sus facultades para romper los cuchillos de setiembre, y con sus manos desfallecidas ya no podían ma-

nejar las riendas del estado. Un tribunal usurpador, teñido de sangre, denegrido con los delitos del robo y del homicidio, salido en fin del infierno, hollaba la cerviz del pueblo, á quien hablaba al mismo tiempo de libertad. El consejo ejecutivo, vacilando entre los delitos y su flaqueza, ó hacía el mal, ó no podía estorbarlo, y mucho ménos castigarlo. Unos cuantos forasteros en traje de foragidos, hablando el language de las zahurdas, hacían el papel de tribunos, para precipitar al pueblo ciego en la miseria y la anarquía. Es verdad que el nombre y el concepto de algunos hombres de bien descollaban entre tantas calamidades, como la estatua de un héroe entre las ruinas; pero la tiranía popular ¿respetaría tan débiles vallas, siendo así que se jactaba de anegar la virtud en la sangre de sus apasionados?

Sobre este bosquejo fijaba la clo-

cuencia de Vergniaud nuestras miradas y nuestra atención. Entónces sí que conocí claramente lo mucho que hubiera aprovechado á Luis XVI un carácter brioso, tanto para prevenir como para reparar tan lastimosos desastres. Con esta irrupción de la anarquía ¿qué hubiera hecho Federico? oponer su brazo, y el torrente hubiera retrocedido. Cotejo doloroso! Luis estaba en el Temple, y las olas de la tempestad que asaltaban su morada, amagaban su naufragio.

Creímos divisar algún medio de atajar sus estragos con el regreso del enviado cerca del rey de Prusia. Si, como no lo dudábamos, el duque de Brunswick evacuaba el territorio franceses, se le quitaba al partido popular el motivo de una insurrección perpetua y el pretexto de las confiscaciones, de los arrestos y de los asesinatos.

Esta perspectiva, en que estábamos

viendo la independencia de nuestro país, la tranquilidad de la Europa y la dicha de todos, se ofrecía muy halagüeña á nuestros espíritus embelesados: tal es el prestigio del don milagroso de la elocuencia. Estábamos deliberando á la boca de un volcan, y Vergniaud desterraba nuestras fundadas zozobras, enramando el suelo con flores.

Oímos de repente un estruendo tumultuoso en la galería inmediata á nuestra sala. El fiel sordomudo entró, y con una seña pronta y espresiva nos dió á entender que había allí hombres armados, los cuales le seguían en efecto. Doce soldados con su oficial entraron, y cercaron la mesa que nos servía de escritorio. Nos levantamos, y el señor de Malesherbes, á quien los años no habían amortiguado la fogosidad, preguntó con ardor: ¿con qué derecho y por qué autoridad se atrevían á violar el asilo de un ciudadano pacífico? —



Por el derecho que tiene la mano de una policía desvelada, y por la autoridad sagrada de la ley nos respondieron.

— Al oír este nombre venerable, nos quitamos el sombrero, guardando un silencio respetuoso. — Señores, continuó el comandante, estoy encargado de arrestar y conducirá la Abadía á los que no tengan algun carácter público: servíos de írmelos nombrando.

Me presenté al instante, y Malesherbes, Chamilly y Clery hicieron otro tanto. Petion, Vergniaud y Manuel quisieron en vano interponer su autoridad, ó á lo ménos su influjo. Uno y otro quedaron desconocidos y menospreciados; con lo que nos despedimos de nuestros compañeros, que nos juraron hacer revocar en breve aquella disposicion tan arbitraria. Nos condujeron en un coche á la Abadía, y por segunda vez en pocos dias me vi encerrado en una lóbrega prision.

~~~~~

## NOCHE QUINTA.

—

AUNQUE este nuevo arresto, de que estaba yo muy ageno, privaba á la familia real del único hombre desinteresado con quien podía contar, é interrumpía al mismo tiempo mi comunicacion con los sugetos que estaban trabajando en favor suyo, no tardé sin embargo en entablar nuevamente correspondencia con ellos, como verá Vd. despues. Mas para no confundir los tiempos y los acontecimientos, ántes de hablar del que fué la causa de mi libertad, me parece del caso referir á Vd. la venida del mensagero y su conferencia con el monarca.

Presentado á S. M. por Manuel, dió cuenta de su mensaje, cuya relacion he extractado de la que el mismo remi-

Por el derecho que tiene la mano de una policía desvelada, y por la autoridad sagrada de la ley nos respondieron.

— Al oír este nombre venerable, nos quitamos el sombrero, guardando un silencio respetuoso. — Señores, continuó el comandante, estoy encargado de arrestar y conducirá la Abadía á los que no tengan algun carácter público: servíos de írmelos nombrando.

Me presenté al instante, y Malesherbes, Chamilly y Clery hicieron otro tanto. Petion, Vergniaud y Manuel quisieron en vano interponer su autoridad, ó á lo ménos su influjo. Uno y otro quedaron desconocidos y menospreciados; con lo que nos despedimos de nuestros compañeros, que nos juraron hacer revocar en breve aquella disposicion tan arbitraria. Nos condujeron en un coche á la Abadía, y por segunda vez en pocos dias me vi encerrado en una lóbrega prision.

~~~~~

## NOCHE QUINTA.

—

AUNQUE este nuevo arresto, de que estaba yo muy ageno, privaba á la familia real del único hombre desinteresado con quien podía contar, é interrumpía al mismo tiempo mi comunicacion con los sugetos que estaban trabajando en favor suyo, no tardé sin embargo en entablar nuevamente correspondencia con ellos, como verá Vd. despues. Mas para no confundir los tiempos y los acontecimientos, ántes de hablar del que fué la causa de mi libertad, me parece del caso referir á Vd. la venida del mensagero y su conferencia con el monarca.

Presentado á S. M. por Manuel, dió cuenta de su mensaje, cuya relacion he extractado de la que el mismo remi-



mitió por escrito á Luis xvi, y este monarca me confió posteriormente. Dice así.

## NEGOCIACION

### CON EL REY DE PRUSIA.

(*Documentos justificativos, núm. 9.*)

« SEÑOR :

En cumplimiento de las órdenes con que me honró V. M., y conforme á las instrucciones que me dieron sus confidentes, apresuré mi marcha, y pude avistarme con el general Dumouriez en ménos de diez y seis horas.

Habiendo conseguido hablarle á solas, no le oculté que era portador de un pliego de V. M. para el rey de Prusia, añadiendo, que su resultado de-

bía tener un influjo decisivo en el ejército, en Francia y en toda Europa.

Después de haberme hecho el general algunas preguntas relativas á la situación de V. M. y de su familia, me franqueó un salvoconducto, y además una escolta de dos oficiales. Parecióme que su semblante daba muestras de inquietud y de una meditación profunda.

A pesar de los gloriosos triunfos y rápidos progresos del ejército del duque de Brunswick, S. M. prusiana estaba aun en la aldea de Glorieux, cerca de Verdun, en donde había establecido su cuartel general.

Admitido desde luego como parlamentario de Dumouriez, fui recibido con una familiaridad extraordinaria; de donde inferí, que los prusianos y los franceses no eran enemigos irreconciliables.

Pero apenas hube manifestado el

verdadero objeto de mi mensaje, poniendo en manos de Federico Guillermo la carta de V. M., me miró con una admiración difícil de explicar, y la leyó silenciosamente. Observaba yo entre tanto las impresiones que se retrataban en su semblante: á la sorpresa sucedió una señal ligera, aunque perceptible, de indignación, y á esta siguió luego un enternecimiento muy manifiesto. Parecióme, señor, que S. M. leyó varias veces el final de vuestra carta: cuando hubo concluido su lectura, arrojó un profundo suspiro; y aun noté algunas lágrimas en sus ojos, levantados tristemente al cielo. Despues verá V. M. lo que significaba esta pantomina.

Señor enviado, me dijo Federico, la carta de S. M. cristianísima me ha conmovido profundamente, y prometo á Vd. que responderé á ella de un modo satisfactorio; pero necesito án-

tes deliberar el asunto con mi consejo privado. Desde luego voy á dar orden para que sea Vd. tratado con la consideración que merece por sus prendas, y en calidad de confidente de mi primo. Mañana á esta hora será Vd. llamado para asistir á la sesión de mi consejo. —

Pasaría en silencio las honras que debí al monarca prusiano, si no estuviese persuadido, que tratando á un mero confidente, cual era yo, con mas distinción que á un embajador autorizado, se encaminaba todo el obsequio á V. M. perseguido; observación que V. M. se dignará disimularme.

El príncipe Luis de Luneburgo, consejero áulico de Federico Guillermo y su ayudante de campo, vino á avisarme, que el rey me esperaba en el consejo, á donde me encaminé inmediatamente.

Estaban ya reunidos todos los indi-



viduos, entre quienes hallé, no sin sorprenderme, al general Dumouriez, que viéndome entrar, me saludó como á persona conocida.

Sentado el rey, comunicó á la junta los motivos de su reunion; pero ántes de ventilarlos, y de dar su dictámen los consejeros, S. M. insinuó, que el señor general Dumouriez deseaba aclararlos con observaciones muy importantes. Tomó este la palabra, y dijo poco mas ó ménos lo siguiente.

Conocimiento muy superficial tendría de nuestra historia, quien no contase entre las causas secretas de las revoluciones que ha padecido la Francia desde Luis XIV hasta nuestros días, la rivalidad de las dos familias de Borbon y Orleans. En la muerte de aquel monarca, cuando Felipe tomó posesion de la regencia, recibió el gobierno una nueva forma, y en todo el tiempo que duró la administracion de

este príncipe, se siguió un sistema diametralmente opuesto al de su predecesor. La regla general que guiaba á este, era la reunion de los diversos poderes del estado: el regente, por el contrario, los dividió y contrapesó unos con otros, atrayéndolos á sí, con la mira de fijar un despotismo céntrico en una circunferencia casi popular.

Si á la ambicion hubiese reunido este príncipe mas firmeza de ánimo, hubiera sin duda abatido á la otra familia rival, afianzando á la suya en el trono frances; pero afeminado con los deleites, reservó para sus descendientes la ejecucion de los desígnios que él apenas había proyectado.

Luis Felipe, padre del duque actual, no concibió siquiera el pensamiento de poner en ejecucion aquel proyecto. El estudio ocupó toda su atencion y su entendimiento; siendo consiguiente que quien se da mucho á

las especulaciones científicas, se cuida poco de los negocios políticos.

El carácter flexible de Luis Felipe José, su hijo, el valor, ó mas bien la temeridad que ha manifestado en ciertas ocasiones, le hacían parecer mas idóneo á los designios ambiciosos que ninguno de su familia. Yo mismo lo creí así largo tiempo, y, á decir verdad, no me desagradaba.

Al gran talento y á las tramas de Richelieu debieron los monarcas la reconquista de su poder, que ostentó con el mayor aparato y vigor Luis XIV, en el reinado mas largo y maravilloso de la monarquía. Pero el cetro se envileció en manos de Luis XV, que solo sabía dirigir cazerías y festines.

El sucesor de este subió al trono con buenas intenciones y costumbres arregladas; pero al caerle la corteza grosera que ocultaba su debilidad, conoció el público que este monar-

ca lo sería en el nombre solamente.

Entre tanto el erario estaba exhausto, la administracion nacional dislocada, y el imperio vacilante iba á despeñarse en un profundo abismo.

Sobrevino la revolucion; y no conociendo yo personalmente al duque de Orleans, creí que arrebatado de un noble amor á la patria y á la gloria, intentaba granjearse la una salvando á la otra.

Sin embargo, cuando observé que malograba las circunstancias mas favorables á una atrevida empresa, se desvanecieron mis esperanzas, y al mismo tiempo se disminuyó la estimacion con que miraba al duque.

Desempeñando despues el ministerio, vi de cerca, seguí y observé atentamente á este personage, que lejos de ser cabeza de su partido, me parece solo su juguete.

Estragado, mas bien que irreligioso;



vulgar y comun, quando debiera ser únicamente popular; temerario sin valor; fácil hasta tocar en el extremo de débil; avaro sin provecho; pródigo sin necesidad; activo para los deleites; perezoso para los negocios; siempre vacilando, contempORIZANDO SIEMPRE; sin talento para hablar, ni resolución para ejecutar; intrigante mediano, conspirador malísimo; tal es este hombre, que en el cuerpo vigoroso de un atleta encierra el ánimo afeminado de un sibarita.

Me consta por conducto seguro, que jamas se hubiera puesto al frente de una faccion, guiándose únicamente por sus propias inclinaciones. El entretenimiento de conducir un birlocho con ligereza, la gloria de nadar diestramente, el honor de ginetear con gallardía, hubieran sido los únicos objetos de su ambicion; pero por desgracia de la Francia, el acaso le

dió á conocer una muger á propósito para estimular aquella pasion.

Madama de Genlis, aínas de poseer el arte de agradar y seducir, tiene un espíritu activo y fogoso, que, cómo todos los de su especie, está en continuo movimiento y atrae á cuantos le rodean. Dícese, aunque no puedo asegurarlo, que no habiendo logrado el honor de presentarse á la reina, juró vengarse de ella. Si esto es así, y madama de Genlis ha tenido parte en el martirio de esta soberana, debemos confesar que cumplió su palabra con sobrada crueldad.

Como quiera que sea, desde el punto en que tácita ó espresamente consintió el duque de Orleans en que levantase el estandarte su partido, vióse la Francia inundada de calamidades. Reuniéronse los hombres interesados y ambiciosos, cuya inquietud revolucionaria había inflamado los ánimos; sien-

do de notar que entre tantos parciales alistados bajo las mismas banderas, apenas habría uno que estuviera por el caudillo. Debe esto atribuirse á lo que dije ántes, que el duque solo era una fantasma; y los partidarios de la anarquía, léjos de desear la mudanza de una dinastía que restableciera el orden, no querían sinó una confusion perpetua, á cuya sombra pudiesen soltar la rienda á sus pasiones.

Hízome temblar este trastorno calamitoso, que se iba empeorando de dia en dia, segun las observaciones que hacía en general y en particular sobre el concepto público. Se acabó la ingenuidad en las opiniones, y cesaron los sanos partidos: la soberanía despótica estaba odiada, la constitucional envilecida: una mudanza de dinastía se tenía por impracticable, y si se hablaba de *república*, era porqué esta palabra, nueva para el pueblo,

podía mejor que otra alguna confundirse, por su abuso, con la democracia y con los excesos de la anarquía.

De este modo la faccion de los alborotadores se aumentaba de dia en dia, bajo el patrocinio del duque de Orleans, aunque no con su proteccion; y entónces fué cuando se adoptó ansiosamente cuanto se encaminaba á trastornar el orden de la sociedad civil. Por una suerte fatal á los verdaderos republicanos, abrazaban y aplaudían los facciosos las saludables reformas que aquellos proponían, aunque á la verdad fuera de sazón; de manera que el odio de los realistas alcanzaba igualmente á unos que á otros: conducta malísima, pero fundada, cuyas consecuencias perpetuarán el desorden.

Viéronse entónces numerosas cuadrillas de artesanos alucinados, que á pretesto de faltarles trabajo, escitaban alborotos y sediciones. Las tribunas y



las asambleas deliberantes se llenaron de sugetos asalariados, desconocidos los unos á los otros, que se mudaban todos los días, y adoptaban ardientemente cualquiera proposicion encaminada á mantener el desórden; al paso que con sus gritos sediciosos desecharon cuanto podía restablecer la paz. Asalariábanse tambien rameras, no para galardonar sus favores, sinó á fin de propagar, en cuanto pudiesen, el menosprecio de las buenas costumbres y la sed insaciable del deleite. Pusieron en pública subasta cabezas humanas, y recibían salario los monstruos, que á semejanza de los caribes, ostentaban una cabellera ensangrentada. La policia antisocial y pérfida fomentaba cuidadosamente el robo, y recompensaba á los tahures: en cualquiera parte se encontraba uno de esos garitos infames, á donde van los jóvenes incautos á disipar los cauda-

les de sus padres. En los paseos públicos, en las calles y mercados, no se oían mas que proposiciones feroces ó canciones obscenas: habia oradores de plaza, cuyo oficio era propagar con su language grosero la inmoralidad, la irreligion y la anarquía. Las esquinas y los monumentos públicos estaban llenos de pasquines escandalosos, con el fin de promover los delitos. En suma, todas las pasiones desenfrenadas, á manera de monstruos espantosos, amenazaban con un total esterminio á la presente generacion ya corrompida; y por sobrescrito de tanta demencia y atrocidad, se cometían en nombre de la libertad todos los delitos: invocaba á los mas ilustres defensores de ella el que vivía mas licenciosamente, y el nombre del pacífico Rousseau sonaba en los sangrientos labios del *verdugo* Jourdan.

Conociendo yo el carácter del duque

de Orleans, hubiera sido poco juicioso en imputarle estos atentados; pero por su desgracia, donde quiera que se refiriesen, siempre andaba mezclado con ellos su nombre: ; feo baldon, que aun el trascurso de muchos siglos no bastará á desvanecer!

Hacia mucho tiempo que había yo de puesto la idea de establecer una nueva dinastía, cuyo tronco fuese el duque de Orleans. Con todo era indudable que cuanto mas crecía el torrente revolucionario, tanto ménos capaz se hacía Luis XVI de contenerlo: cierto era tambien que aquel torrente amenazaba ya de modo, que si no se le oponía un fuerte dique, llegaría á inundar toda la Francia y aun la Europa. Pero ¿dónde podría hallarse este dique? solo en la mudanza de dinastía, segun mi dictámen.

Del ministerio pasé al mando del ejército, y entónces creí que podría

poner en ejecucion mi proyecto, atendido el influjo directo y absoluto que tiene un general sobre sus tropas. Si hablase á otro que á V. M., acaso necesitaría justificarme, añadió Dumouriez; pero V. M. sabe muy bien, que mi conducta solo ha tenido por objeto la tranquilidad de Europa y el bien de mi patria.

No pareciéndome el duque á propósito para restaurar la monarquía, puse las miras en su hijo. Este jóven, dotado de un gran valor, de un corazon generoso, de una filosofía sólida, y en fin de un carácter noble, debía, segun mi opinion, reinar en unos tiempos borrascosos, y gobernar á unos hombres inflamados con el fuego de la revolucion. Cuanto mas meditaba este designio, tanto mas saludable me parecia, y desde luego me dediqué enteramente á ponerlo por obra.

Con todo no bastaba que el nuevo



monarca fuese reconocido y proclamado por el ejército, mientras no estuviera de mi parte otro poder mas fuerte que el de las bayonetas, á saber, la opinion pública, y era forzoso granjeármela.

Las circunstancias me parecieron sumamente favorables al intento. Por una parte los escesos de la anarquía, y por otra el impulso de los republicanos, podían servir á manera de máquinás, ya para derribar la autoridad vacilante, ya para levantar la nueva. Solo restaba acomodar á mi empresa las tentativas ó los progresos de todos los partidos, evitando que se aprovechasen ellos de sus ventajas.

Mientras que por medio de enviados leales, diestros gazeteros y oradores vehementes, se preparaba y dirigía la opinion pública en favor de la mudanza proyectada, un negociador inteligente inclinaba á V. M. y al Estatuíder,

á que apoyasen el proyecto con sus armas. Solo la Inglaterra, á consecuencia de la enemistad nacional que profesaba á la Francia, prometió su auxilio al duque de Orleans, constituido desde entónces protector del latrocinio y de la anarquía.

A fin de reunir con mi industria otros medios á los que ya me habían proporcionado las circunstancias ó la casualidad, me pareció oportuno abocarme con aquel personaje, y al mismo tiempo ver y sondear los hombres mas notables de todos los partidos.

Esto pasaba pocos dias ántes del 10 de agosto. Los síntomas de la insurreccion se advertían ya en todos los semblantes y discursos. En vísperas de una lucha, de que pendía el destino del imperio y el del monarca, la corte apenas pensaba en hacer preparativos de defensa: por la otra parte iba á comenzar el ataque, y los que habían de

dirigirlo, no sabían aun qué especie de Gobierno sustituirían al que intentaban aniquilar, en caso de quedar victoriosos. Manifestándoles yo mi pensamiento, é indicándoles al duque de Châtres como restaurador, me pareció que los lisonjeaba, y con una adhesión formal se me mostraron agradecidos. De estos sin embargo exceptúo un corto número de republicanos, bastante animosos para conspirar contra un monarca, pero altivos en demasía para sustituirle otro.

Pocos días ántes del que iba á ser último en el reinado de los Borbones, pasé á verme con el duque de Orleans. Miéntras que todo el pueblo le suponía ya dispuesto á recibir la corona vacilante de Luis XVI, sentado él á una mesa espléndida, cercado de halagüeñas cortesanas, y de cinco ó seis petardistas lisonjeros, se distraía anticipadamente de las fatigas de su gobier-

no futuro : en tal estado no pude ménos de compararle con Sancho Panza, gobernador de la ínsula Barataria.

A la disolucion de un grande imperio preceden siempre ciertos instantes terribles y espantosos, porqué teniendo sus miras particulares cada cual de los conspiradores, da á sus acciones y movimientos una direccion personal. Esto es lo que yo observaba en la época de que voy hablando. Entre los conjurados había algunos asalariados por la Inglaterra, que protegían en la apariencia al duque de Orleans, aunque su verdadero objeto era colocar al duque de York en el trono frances : otros solo querían la guerra, como verdaderos facciosos, para enriquecerse con los despojos de ella : el tercer partido, que por desgracia era el mas numeroso y exaltado, no tenía más objeto que el esterminio de toda autoridad, sin querer sustituirle otra : en suma, esta bár-



bara canalla pretendía romper todos los vínculos sociales. Los medios de conseguir este fin, debían ser el latrocinio y los asesinatos, y su recompensa una brutal satisfaccion de las pasiones. Los partidarios de la independencia pública, si por honradez no querían hacerse cómplices de tantos delitos, procuraban á lo ménos hacerlos provechosos á su sistema, ya por política, ya por falta de pundonor. En cuanto al partido realista, flojo, pusilánime y dividido, carecía de recursos, así en su existencia propia, como en el carácter del soberano que defendía. El corto número de realistas puros y desinteresados que sirvieron á la monarquía ó al rey, por el bien de este, puede compararse, aunque en sentido inverso, con los amigos sinceros de la libertad, que por ella sirven hoy á la república.

Tal era el estado de las cosas, cuan-

do se oyó la esplosion. A pesar de las promesas de mis amigos, y del buen concepto de algunos, conocí que era conveniente diferir para otro tiempo mas sereno la instalacion del duque de Chártres. Parecióme que el triunfo de la anarquía sería tan horroroso como corto, y que duraría ménos cuanto menores obstáculos se le opusiesen. Si en vez de guarnecer la frontera, hubiera marchado el ejército victorioso de V. M. á las orillas del Sena en los primeros dias de agosto, la mudanza se habría verificado y restablecido la tranquilidad, sin demora ni encarnizamiento.

En esto el duque de Orleans, con quien mantenía yo una relacion precisa como ayo de sus hijos, y cuyo partido contaba mucho conmigo, segun verá despues V. M.; el duque de Orleans, repito, me aplazó para el dia 28 de agosto en su palacio.

El 27 en la noche paró á mi puerta un coche, y de él salió una señora, que sin nombrarse pretendía hablarme á solas. Hicela entrar, y quedé sumamente sorprendido viendo á la duquesa de Orleans.

En un cuerpo debilitado con habituales achaques, encierra esta señora un corazón sensible y virtuoso. Agena de las intrigas cortesanas y de las tramas de una revolución, pasaba sus pacíficos días (ahora tan inquietos) en la soledad de un retiro, que amenizaba con su beneficencia. Si aun mantiene algunas relaciones en la corte, procede ya de consideración al duque su marido, cuyos extravíos ha llorado siempre, escusándole; y ya principalmente del tierno amor que profesa á sus hijos, á quienes cuida y amonesta desde su albergue solitario, no perdiéndolos nunca de vista.

Entró en mi habitación trémula y

descolorida, y sin poder apenas articular una palabra; lo cual me hizo rezelar que había descubierto ó sospechado mi proyecto, que nunca le confié, (si bien era favorable á su hijo) conociendo la moderación de sus deseos, y su aversión á todo engrandecimiento. Pero no tardé en saber que el desasosiego procedía de otra causa.

Una de sus camareras, cuyo marido servía también al duque, saludándola aquella mañana, había dicho que pronto la trataría de *Magestad* en lugar de *Alteza*. Esta proposición inquietó sobre manera á la duquesa, que por la primera vez de su vida trató de sondear los arcanos políticos, y de averiguar la conducta y los proyectos de su esposo. Hé aquí el resultado de su indagación.

Una insurrección concertada en los arrabales de san Antonio y de san Marcelino, cuyo cuartel general se fijaría



en el palacio de Orleans, debía apoderarse á un tiempo de los cuarteles, prevenciones y demas puestos militares; del depósito de marina, en donde celebraba sus juntas el consejo ejecutivo; de la tesorería, y del salon destinado á las sesiones de la asamblea legislativa. Miéntras se arrestaba con diferentes pretextos á los diputados ménos favorables á este partido, otros ya vendidos á él ó resueltos á sostenerlo, propondrían la necesidad urgente de reparar los males de la patria, y restablecer el orden, sustituyendo un Gobierno sólido y permanente al débil y vacilante, que existía ya diez y ocho dias. Luego una diputacion crecidísima de todas las clases del estado pediría por rey, en nombre del pueblo, al duque de Orleans, cuyo busto coronado estaría puesto sobre la mesa de la asamblea. Varios individuos de ella, afectando que controvertían y

aun contradecían la propuesta, cuidarían de disfrazar lo perjudicial de ella, presentándola únicamente bajo su aspecto favorable. Durante los debates, que se alargarian de propósito, irían preparando y disponiendo los ánimos numerosos pasquines, oradores enérgicos, y folletos repartidos en el público con profusion. Acabaría de ejecutarse esta revolucion, á beneficio de cien carros de trigo que se habían de repartir á los pobres, algunos centenares de cántaros de vino que se tendrían acopiados en diferentes barrios, y un millón de pesetas que se debía distribuir con economía y acierto entre la muchedumbre, añadiendo á esto reiteradas promesas de tranquilidad doméstica, de paz exterior y de felicidad general.

El duque de Orleans arrebatado, por decirlo así, de su palacio por un pueblo que le idolatra, sería llevado

en triunfo al salon legislativo, y allí ocuparía el nuevo monarca el sillón del presidente, convertido en trono. Su esposa, objeto del mismo entusiasmo, participaría de iguales honores. Los reales consortes debían recibir, con beneplácito del pueblo y consentimiento del cuerpo legislativo, el juramento á los magistrados y demas empleados públicos, y lo que no era de menor importancia, el reconocimiento y homenaje de algunos embajadores extranjeros. Un ministro nuevo y elegido de antemano haría publicar en Paris la acta de este memorable acontecimiento, que sería llevado á todas partes del reino por numerosos correos, ratificándose su justicia y necesidad con otra distribucion de moneda, acuñada con el retrato de *Felipe*.

La duquesa me refirió toda esta conjuración con gran dolor y derramamiento de lágrimas, y yo al ver su es-

panto, cuando se le representaba la idea de suceder á la reina y de serlo ella misma, comprendí que la ambicion jamas estimularía sus deseos. Dumouriez, me dijo, conozco, que no dejará de tener un grande influjo con mi esposo un general tan distinguido como Vd., que ademas es ayo de sus hijos. Así que, ruego á Vd. con el mayor encarecimiento, emplee este ascendiente para disuadirle de tan fatal proyecto, del que ha de resultar forzosamente nuestra desgracia, y no la felicidad pública. Triste de mí! puesto que ha sido mi compañero en el amor, ¿por qué no lo ha de ser tambien en mis proyectos? Una campiña fértil y risueña bastaría á dos esposos contentos y tranquilos; y si apetecía una corona, el amor se ocuparía en hacerse-la de las flores más bellas. —

Dejóme enternecido esta señora respetable; y á decir verdad, cuando le



ofrecí disuadir á un esposo, cuyo proyecto era diametralmente opuesto al mio, lo hice mas por ella que por mis particulares miras.

Luego que me quedé solo, anoté cuanto acababa de oír, y al paso se me ofrecieron mil reflexiones y temores. Conocí que en la suposicion de llevarse á efecto prontamente aquella grande empresa, quedaba frustrada la mia, en cuya ejecucion, segun mi dictámen, estribaba la salvacion del estado. Movidó de esta consideracion, fui inmediatamente á hablar al duque, aunque era ya muy tarde.

Le encontré muy ufano con la esperanza halagüena de su triunfo, que le ocultaba los inconvenientes de la empresa. Despues de haberme abrazado con sumo regocijo, se puso á darme parte de la conjuración, reducida sustancialmente á lo que me había dicho la duquesa, si bien variada en algunas

circunstancias y en el modo de referirla. Cuando el príncipe estaba mas engolfado en su narracion, entró un criado y le habló en secreto. Que entren, dijo el duque en voz alta: el general no estorba; lo que ha de saber mañana, que lo sepa hoy.

Dicho esto, se encaminó á la puerta de la sala á recibir ocho personas que entraban, de las cuales conocí cinco, á saber, Robespierre, Danton, Marat, Billaud-Varennes y un italiano llamado Rotondo: los demas me eran desconocidos.

Señores, les dijo el duque, presento á Vms. al general Dumouriez, con cuya amistad y fidelidad pueden contar. — Billaud-Varennes y Danton me dieron la mano en señal de confianza, Robespierre me saludó friamente, y Marat se sentó en un sofá haciendo gestos. Antes de sentarse los demas é imponer silencio, vinieron con bebidas los cria-

dos, pusieronlas sobre una mesa, y despues nos dejaron solos.

Habló primero Danton, y dijo al duque: Señor, cuando creíamos entrar en el puerto, nos engolfa de nuevo la tempestad en el mar: difícil es el paso de un Gobierno á otro, y quanto mas nos acercamos al término, mayores obstáculos se nos oponen.

Pues qué hay de nuevo? preguntó el duque. El *incorruptible* os informará, respondió Danton señalando á Robespierre, y mirándole con una ligera sonrisa.

Mucho tiempo hace estoy repitiendo, dijo este, que los paliativos son perjudiciales y arruinan los imperios; verdad que se acredita mas en tiempos de conspiracion: y puesto que solo el vencimiento absuelve del crimen una vez emprendido, es necesario ó perecer, ó cometerlo enteramente. Hablemos con franqueza: hasta ahora solo

hemos conocido la especulativa de las conspiraciones; quando tratamos de pasar á la práctica, nos amilanamos. No es esta la doctrina de nuestros contrarios, y á fe mia que en esto soy de su dictámen: entre tanto que aquí se ventila animosamente su prision ó su destierro, ellos decretan vuestra muerte. Duque de Orleans, ¿esperas subir al trono de aquí á dos dias? delirio! de aquí á dos dias subes al cadalso.

Sí señor, esclamó Marat; si no se da un golpe decisivo, vuestra muerte es inevitable, la nuestra tambien, y la Francia se rinde nuevamente á la infame tiranía de los Borbones. Conspirando están los tigres destronados desde sus oscuros calabozos, y nos consta positivamente que dentro de pocos dias van á asesinaros.

Triste perspectiva! añadió Billaud, alzando al techo sus siniestros ojos y arrojando un profundo suspiro.



No hay medio de evitarlo? preguntó Rotondo con su acento italiano. Vamos, señores, repuso el duque, limpiándose el sudor que le corría de la frente; ¿qué remedio hay para todo esto?

V. A. está muy acalorado, dijo afectuosamente uno de los sugetos que yo no conocía; y de improviso se levantó, tomó de la mesa un vaso de limon y se lo ofreció al duque, el cual lo apuró de un trago, volviéndose con afabilidad al servicial cópero y esclamando: excelente á fe mía!

Qué remedio? respondió Robespierre á la referida pregunta. La humanidad, la justicia, la política y la historia están de acuerdo en uno; mas para ponerlo en ejecucion, se necesita mucho ánimo.

¿Le faltaría por ventura á S. A., dijo Danton, cuando le rodean los atletas mas esforzados de la revolucion?

¿Acaso se necesita mas fortaleza para derribar un trono, que para erigir otro nuevo?

Levantándose entónces el duque asió la mano de Danton, y estrechándosela, le dijo: Ya sabe Vd. que tengo en Vd. la mayor confianza. Llegó pues el momento de acreditarlo, repuso Danton: ponéd vuestra suerte en nuestras manos.

Y ¿por qué no se le ha de decir la verdad claramente? gritó Marat muy colérico: ¿acaso es ya rey para que se la ocultemos? Señor, Cromwell para reinar mandó cortar la cabeza á Carlos I.

Y reinó tranquila y honoríficamente, añadió con zalamería Billaud-Varenes. —

Hasta entónces había yo guardado silencio; pero horrorizado del discurso y ademan atroz del verdugo Marat, no pude contenerme, y esclamé: ¿qué

es esto, señores? intentan Vds. cometer un regicidio?

Apénas pronuncié esta palabra, cuando se levantan los conjurados dando furiosos gritos. Nada vale para contenerlos, ni la autoridad del duque, ni los vigorosos pulmones de Danton: á nadie escuchan ni obedecen estos delirantes: me cercan, me amenazan, y me cubren de dieterios y baldones. Involuntariamente echo mano á la espada, sin acordarme que la había dejado en la antesala: este ademán redobla los gritos y el furor de los asesinos, pues no merecen otro nombre. Marat se tira á mí, y enlaza sus brazos y piernas en mi cuerpo: veo un puñal en las manos de Rotondo, y el peligro y la indignación aumentan mis fuerzas: echo mano á Marat, le áprieto, le sufoco y le tiro en un canapé, de donde rueda y va á dar con la frente en el suelo. Esta accion vigorosa les inspira

terror, y se calman todos. Quiero salir del gabinete, y el duque me ruega que no lo haga, olvidando una pendencia que, segun su espresion, había sentido en el alma. Danton da una fuerte reprimenda á sus compañeros, y procura reconciliarlos conmigo, diciendo: que con poca diferencia yo era de su misma opinion y sistema; y nos brinda á trabajar de comun acuerdo en la empresa. El grande interes que tenía yo en el asunto, me obliga á ceder, aunque con repugnancia, considerando que para satisfacer mi curiosidad y sacar fruto de ella, necesitaba disimular. El duque nos ofrece bebida, y aun nos la sirve por su propia mano. Marat, algo abochornado de la caida, me mira al soslayo, y Robespierre, descolorido y trémulo, había tenido que sentarse.

Suscitóse de nuevo la terrible conferencia; pero mi ligereza había indispuerto los ánimos y refrenado las len-



guas. En vano aseguraba el duque á los conjurados que *yo era de su partido y opinaba como ellos*: la sencillez y franqueza con que hablé, me habían descubierto, y en mi semblante estaba sin duda retratado el enojo y la sentencia de los conspiradores.

La prudencia, que me restituyó un momento de reflexion, me estimuló á engañarlos. Señores, les dije, juicio desacertado sería atribuir mi reconvenccion involuntaria á interes por el rey y desaprobacion de las intenciones de Vds. Tan ageno estoy de querer que se le restituya el cetro como Vds, é igualmente convencido de que es necesario poner en el trono un monarca popular; pero habiendo meditado poco en los medios que Vds. proponen, y que á la verdad son extraordinarios, no pude ménos de horrorizarme al oírlos. El espectáculo de un rey, precipitado desde el trono á un calabozo,

y espirando al golpe del acero, sorprende, y tal vez horroriza...

Robespierre, interrumpiéndome, dijo: Ahora que echo de ver la equivocacion de Vd., le disculpo. No se trata aquí de un asesinato, sinó de una causa criminal. Luis será juzgado y condenado como cualquiera otro delincuente: el verdugo le quitará la vida.

Mejor sería, dijo Rotondo, que peciese en un alboroto popular.

Y en tal caso, ¿cómo se pondría á salvo la responsabilidad del cuerpo municipal? preguntó Billaud-Varenes.

No puedo ménos de confesar que todo esto me inquieta, dijo suspirando el duque de Orleans.

Qué hombre tan particular! exclamó Marat, dando una patada.

Sacando entónces Robespierre un papel de la faltriquera, leyó un plan en que proponía, que el dia siguiente

de su instalacion convocase el duque por departamentos una diputacion encargada de juzgar á Luis xvi, para lo cual se habían de elegir hombres seguros.

Danton, al contrario, fué de dictámen que estas dilaciones salvarían al rey, y acarrearían la ruina á los que le habían perseguido y formado el proceso; y sea cual fuere el éxito de este negocio, añadió, lo mas que de él puede resultar es la muerte de Luis xvi, y esta no basta. Debe desarraigarse enteramente este tronco, si no queréis que de él broten otros renuevos: esta planta es sobre manera fecunda. Por otra parte, ¿á qué es ir á buscar tan léjos los instrumentos de vuestra justicia, cuando los tenéis, por decirlo así, en la mano? La insurreccion soberana que hace un rey, ¿no podrá deshacerse de otro? Ademas ¿qué es la guillotina, sinó un papirotazo en el

cuello? Las vértebras reales de Luis xvi serán tan dóciles como las del vasallo mas infeliz. —

Tras este discurso, propio de un antropófago, asomó en el semblante de los conspiradores una risa feroz, de que únicamente no participó el duque, en cuyo favor se meditaba el asesinato. Rotondo reía á carcajadas, hablando en secreto á Billaud-Varenes, que pensativo escuchaba con afectada sonrisa las inhumanas chocarrerías de su feroz compañero.

Volviendo á tomar la palabra Danton, hizo decretar, que la insurreccion premeditada para coronar á Felipe, diese principio á esta grande obra por el juicio solemne y suplicio de los presos del Temple; y para libertar al nuevo monarca de todos sus enemigos, y hacer que los adictos al antiguo participasen de su infausta suerte, como anteriormente de su grandeza, se



resolvió comprenderlos en la misma persecucion. La junta de vigilancia de la municipalidad, presidida por Billaud-Varennes, debía encargarse de la ejecucion de este proyecto sanguiinario, al que Danton, ministro de la justicia, había de dar un carácter legal, publicándolo con todas las fórmulas de estilo.

V. M. puede discurrir las reflexiones melancólicas que me ocurrirían durante esta infernal escena. Robespierre acababa de estender una especie de acusacion, y la estaba leyendo, cuando vimos entrar á la duquesa de Orleans sin preceder aviso. Su presencia repentina perturbó á los conspiradores. ¿Qué quieres? gritó el duque, corriendo á ella, como para impedirle que pasase adelante. ¿Es hora esta, añadió con brutal enojo, es hora esta de entrar en mi cuarto? Siempre es hora, respondió ella con una voz an-

gélica, para evitar un delito y una desgracia. ¿Qué significa esta junta? ¿cuál es el objeto de sus deliberaciones? ¿quiénes son estos señores que te rodean? Ay esposo! ¿qué vas á hacer? ¿No basta que hayas dejado de tratarme como compañera tuya, sinó que tambien quieres castigarme como á enemiga! ¿Qué dices? repuso Felipe, equivocado en el sentido de las últimas palabras. ¿Acaso temes que se atreva alguno á tu persona? No me entiendes, replicó la duquesa. Si estos temores naciesen de mi propio peligro, no me hubiera presentado aquí, pues no estimo en tanto la vida, que quisiera rescatarla pidiéndotela de gracia: otro golpe, otro mas sensible puede atravesarme el corazon. Sí, ya estáis prontos á descargarlo, y he venido á impedirlo.

Diciendo esto se echó la duquesa de Orleans á los piés de su esposo, que

enternecido con tan inesperada escena, la estrechó en sus brazos, y la llevó á un sofá, enjugándose las lágrimas.

Esta mudanza repentina del furor al enternecimiento acabó de perturbar á los conspiradores, que retirados en un rincón del aposento, conferenciaban entre sí, mientras la duquesa, esforzando sus primeros golpes, procuraba alcanzar una completa victoria. Parecióme que debía auxiliarla, ya porque me habían horrorizado tantas sentencias de muerte, y ya porque me corría de ver á una dama abogar con mas energía que yo en favor de la humanidad. Seguí, dije al duque, el generoso impulso que ha comunicado esa señora á vuestro corazón. No tínais con sangre los favores que quiera dispensaros la fortuna, y sobre todo no os hagáis responsable de la vida de vuestro rey — La duquesa que ignoraba la mi-

tad de la conspiración, acabó de saberla por estas palabras, y quedó como fuera de sí, inmóvil, pálida y silenciosa, á semejanza de un viviente herido por el rayo. Despues de un breve rato, volvió en su acuerdo con un torrente de lágrimas, y exclamó dolorosamente: Qué he escuchado? ¿Será posible que hayáis concebido el designio atroz?... el dolor no me deja proseguir.... Dios mio! la sangre de Luis xvi!... de vuestro pariente, de vuestro rey!... Triste de mí! ¿en qué he delinquido para que el cielo me haya unido á un monstruo? — Y diciendo esto se levanta, vuelve al duque la espalda, y huye de él horrorizada. Señora, que nos perdéis, y V. A. se pierde también, exclamó Danton, deteniéndola. — Quitádmela vida para no presenciar vuestros delitos. — Señora, por Dios tranquilizaos, añadió el duque. Por Dios! exclamó su virtuosa muger despehada; te atreves á



invocar su santo nombre, y ¿no te aniquila? para cuándo reserva su venganza? Pero de qué sirven mis voces? añadió mudando repentinamente de tono y de ademan. Infeliz de mí! tal vez mientras yo me desahogo con inútiles amenazas, ya se está decretando y aun ejecutando la sentencia regida. Crueles! insistió, dirigiéndose llorosa á los conjurados, ¿osaréis teñir vuestras manos en la sangre de san Luis? Ay de vosotros! si lo hacéis, con la vuestra se lavará esta mancha... Pero no, no la derramaréis: confío en que sabréis respetar á un monarca, que ha espiado sobradamente sus flaquezas con una larga prision y continuos abatimientos. Entre vosotros hay quien se honre con el nombre de padre; y tú, tú lo eres, Orleans, y el infeliz Luis xvi lo es tambien. ¿Qué sería de su inocente y miserable familia, si la arrancaseis de su seno? Una tierna, afable y

tímida doncella, un niño no ménos amable que indefenso... infelices! sus delicadas manos, manos de sangre real, están oprimidas con el peso de las cadenas. Pues bien, que las arrastren hasta el sepulcro; que espiren en el calabozo los que nacieron para figurar ostentosamente en el trono mas ilustre del mundo; pero á lo ménos perdonád la vida á su padre, al que fué vuestro rey, y es hombre todavía. Ah! señores, ya veo correr algunas lágrimas de vuestros ojos: no reprimáis este desahogo de vuestro enternecimiento; haceros merecedores del poder siendo justos, y como justos sed humanos. —

Sin duda copio muy imperfectamente este cuadro sublime y lastimoso, en que la virtud desconsolada bañaba con sus piadosas lágrimas las saugrientas manos del crimen. Los conjurados, bien por arrepentimiento ó por política, (aunque el tiempo ha hecho ver

que esta última era el móvil de sus operaciones) deseosos de tranquilizar á la duquesa, le aseguraron la vida del rey; y hasta ahora han cumplido su palabra.

Al día siguiente tuve orden para salir de Paris á mandar el ejército; y apenas me incorporé con él, ejecutaron en parte su plan los verdugos, sirviéndoles de pretexto, segun hoy nos informan, la invasion de V. M.

Parece, señor, que la intencion de V. M. es quitar á los conspiradores aun la sombra de aquel pretexto, acomodándose á los deseos de Luis xvi. Tambien es este mi dictámen. Vendrá acaso un dia mas feliz, en que auxiliado no tanto con las armas, quanto con la mediacion diplomática de V. M., pueda yo poner por obra el proyecto que tengo premeditado para el bien de mi patria. Entre tanto contenéd el fatal golpe que está para descargarse

en la prision del rey; y si mi opinion vale algo en un consejo tan ilustrado como el de V. M., os ruego entabléis con los que manejan el timon de la anarquía en Francia, una negociacion, que acelere el establecimiento de un Gobierno regular, y la libertad de Luis xvi. —

Habían escuchado Federico Guillermo y su consejo la relacion de Dumouriez con el vivo interes que debe inspirar; y acabada, opinaron todos unánimes, que se retirase luego el ejército prusiano; y á costa de un breve discurso, pude tambien alcanzar, que se restituyesen los pueblos de Longwi y Verdun. Aquí tiene V. M. el duplicado auténtico de los artículos secretos de esta negociacion, y adjunta la carta del rey de Prusia. »



## RESPUESTA

DE FEDERICO GUILLERMO

A LUIS XVI.

*(Documentos justificativos, volm. 10.)*

« Mi estimado primo : entrando en el territorio frances al frente de los antiguos tercios, que el gran Federico condujo siempre por el sendero del honor y de la victoria, no me propuse otro objeto que purgar á la Francia de una horrible y monstruosa anarquía. Mas por desgracia el medio empleado para establecer el orden, sirve de pretexto para trastornarlo mas. Siendo contra los deseos de V. M. y mis propias miras la continuacion de un triunfo, que hace correr vuestras lá-

grimas y la sangre de vuestros amigos ; he determinado retirarme á esperar en una neutralidad armada el éxito de los grandes asuntos que se están ventilando.

Despues de haber hecho presente á V. M. mi intencion como rey, séame dado manifestarle mis deseos como pariente y amigo. Si bajo estos títulos pudiese yo en las presentes circunstancias proceder segun el sentimiento de mi corazon, no se limitaría mi zelo á inútiles protestas.

Con esto, amado primo, ruego á Dios guarde la vida, y disponga la pronta libertad de V. M.

Firmado : FEDERICO GUILLERMO. »

Tal fué la relacion del mensagero, cuya lectura consternó á Luis XVI, conociendo la perfidia infame del duque de Orleans, la atroz política de sus

consejeros, el maquiavelismo de Dumoriez, y los rodeos diplomáticos del rey de Prusia. Lo que templó algun tanto el dolor del aprisionado monarca, fué la paz restablecida en las fronteras de Francia con la retirada de los prusianos, y el sobrehumano esfuerzo de la virtuosa duquesa de Orleans. Por donde se ve, que la Providencia mezcla siempre algun consuelo con los tormentos mas crueles, para darnos á conocer, que cuando nos hiera su justicia, no nos abandona su misericordia, y que mide los castigos, no tanto por su rigor, como por nuestra flaqueza.



EVOC  
F  
EC  
V

plácito á Manuel, pues esta gestion era indispensable.

Con el nombre de este magistrado vuelvo á la conjuracion que capitaneaba. Me avisté con él al otro dia, y le manifesté la repugnancia del rey en avenirse á la propuesta referida. Además, le dije, aquí está esta carta suya para sus amigos de Vd.: vamos á verlos, se enterarán y deliberarán sobre ella.

Fuimos, y solo encontramos á Ducos y Vergniaud; pero por medio de una esquelita que les fué llevando el sordomudo, en ménos de una hora se reunieron. Esta es la carta de Luis XVI dirigida al señor de Maleshérbes.

## CARTA DE LUIS XVI

AL SEÑOR DE MALESHÉRBES.

(*Documentos justificativos, número 7.*)

« Ante todo, señores, os doy gracias por el interes que tomáis en la salvacion del estado y de mi persona. En medio de los delitos y de las desgracias públicas, me consuela el ver que hay todavía verdaderos franceses. Vuestra gloria será brillante, señores, si salváis el reino de los peligros de que se ve amenazado; y cualquiera que fuere vuestro paradero, será digno de admiracion y de envidia.

He oido con toda atencion las proposiciones que me habéis hecho por medio del señor Manuel. En seguida las he conferenciado con mi familia y con el abate de Fermont, que logra y



merece vuestra confianza. Voy á comunicaros, señores, las reflexiones que me han sugerido.

Opino desde luego, y aun me persuado, que el amor del bien general es el único móvil que os estimula: sin embargo, hasta ahora nada me lo manifiesta con certeza, ni me lo asegura para lo venidero. De autoridad privada solamente habéis concebido y queréis ejecutar el plan que me habéis comunicado; y si no, ¿cuáles son vuestros poderes, fuera de vuestra buena voluntad? Si al aceptar y hacer ejecutar la Constitución, he reconocido la soberanía nacional, ¿puedo hacer caso de esa propuesta, que la contrasta y la derriba?

Me diréis, que en la tormenta se maniobra fuera de regla, y que el piloto que salva el bajel, sea como fuese, es acreedor á las alabanzas. Admito este principio, con tal que se le ciña

á la necesidad absoluta y demostrada.

Ahora os pregunto, ¿si la maniobra que tratáis de adoptar para llegar á salvamento, es, no digo la única practicable, sinó una de las mejores y de las mas admisibles? no lo creo, para hablar sin rodeos. Temo al contrario, que de la pequeñez á que me reducís con mi familia, se ha de originar un sinnúmero de males, no ménos lastimosos que los mismos que vais á evitar.

Si no se tratase mas que de mi persona, pasaría de largo, pues el brillo de la corona nunca me ha deslumbreado, ántes bien se me ha hecho intolerable desde el punto en que se me ha quitado la facultad de agraciarse y favorecer; y así, se me debe creer cuando aseguro, que mi suerte personal es la que me da ménos cuidado.

Pero la Francia, en quien tantos siglos de cariño, ó sea de costumbre,

han producido un apego natural á la sangre de san Luis, y luego la Europa, habituada á colocar los reyes de Francia en la primera gerarquía de los monarcas, ¿mirarán con indiferencia mi renuncia? ¿Se podrá ignorar ú olvidar, que estaba yo preso, y en una palabra, que estaba en vuestras manos, cuando la firmé? Por otra parte, aunque hago justicia á la sabiduría de vuestros principios políticos, ¿no teméis que la corta consideracion en que dejáis al príncipe real, perjudique á su autoridad? Creédme, señores, y consultad sobre esto con el señor de Malleshérbes, á quien va dirigida esta carta: cuanto mas poder, ensanches é independencia tenga la potestad ejecutiva, tanto mas bien gobernado ha de ir el estado, con tal que lo sea por las leyes.

Reflexionad, señores, sobre los reparos que se me ofrecen, y no los atri-

buyáis sinó á mi deseo de restablecer el órden de un modo incontestable. En habiéndolos desvanecido, estoy pronto á admitir vuestra propuesta; pero en ningun caso el aspecto de los cerrojos y de la desdicha me obligarán á ser traidor á mi conciencia y á mi deber.

Firmado: LUIS.

Fecho en la torre del Temple, á 8 de setiembre de 1792. »

Esta carta pareció que había causado gran sensacion en todos, mucho ménos por los principios de su contenido, que por la entereza de alma que suponía. Yo mismo, lo confieso, quedé pasmado de que Luis xvi la escribiese; y para no atribuirle á la reina, tuve que recapacitar, que su estilo era muy moderado, y que el rey había tenido siempre cierto teson en las pala-



bras, y no había mostrado debilidad sinó en las acciones.

Vergniaud tomaba la voz para ventilar la carta, cuando un pliego de Petion llamó la atención á otro objeto. Uno de los comisarios enviados por el pueblo al campamento de Gran-Pré, noticiaba al corregidor de Paris, que los progresos de los prusianos eran tan formidables como rápidos, pues aunque habían padecido algun descalabro en las gargantas de la Argona, el paso que se habían abierto por la Champaña, los conducía directamente á Paris, y amenazaba la capital. El comisario encargaba á Petion lo participase á la asamblea nacional, al consejo ejecutivo y al pueblo, para que se tomasen providencias, á fin de atajar las desgracias de una guerra estrangera, á que se agregarían los horrores de la civil.

El peligro es la piedra de toque de

las almas, y en esta ocasion pude graduar la grandeza y esfuerzo de las que me cercaban. Léjos de que una noticia tan funesta las abatiese ó desalentase, me pareció al contrario que les había infundido mas vigor. La junta se disolvió, y su objeto quedó aplazado. Vergniaud se marchó á descollar en la tribuna nacional con la sublimidad de su elocuencia; Petion se dirigió hacia la casa de ayuntamiento, donde apenas le quedaba algun influjo; Roland se volvió al consejo ejecutivo, y venimos á quedar solos Malesherbes, Manuel y yo.

Dejemos á nuestros compañeros, dijo el síndico, emplear los recursos que su autoridad ó sus talentos les proporcionan: vamos á echar mano de la nuestra, pues la creo superior á todas. Vámonos al Temple á comunicar al rey la noticia, y le pintaremos con la mayor vehemencia los peligros de la pa-

tria y los suyos, para determinarle á desviarlos, adoptando nuestro proyecto y remitiendo su aprobacion al rey de Prusia: qué os parece? —

No hubiera sido este probablemente el dictámen del señor de Malesherbes, ni tampoco el mio, si las circunstancias hubieran dado cabida á largos discursos; pero en un apuro tan urgente, el mejor partido era el mas breve. Accedí pues á la propuesta de Manuel, y nos encaminamos al Temple.

Ya se ha visto la práctica inconcusa de Luis xvi en no deliberar ni decidirse sobre nada sin la presencia y el arrimo de su esposa; y así la hizo quedar para oír nuestra embajada. Al paso que Manuel se esplicaba, el semblante de María Antonieta, casi siempre anublado, se iba despejando, sus ojos centelleaban de gozo, y la sonrisa altiva del orgullo satisfecho rebosaba por sus labios. ¡ Ah, exclamó despues del razo-

namiento del síndico, yo respiro: la Europa se levanta: temblád, foragidos; los grillos con que nos habéis oprimido, van á recaer sobre vosotros! — Señora, interrumpió Manuel, esas razones inconsideradas no son de peligro en mi presencia; pero mirád que estáis todavía presa, y que vuestro destino se halla en las manos de los mismos á quienes estáis desafiando. — Señor síndico, replicó la reina, diga Vd. mas bien que el suyo está en las nuestras: nunca hemos estado mas seguros, y si nos arrancan un cabello, París responderá de semejante atentado. — Señora, le dije yo entónces, ¿ para qué espresa vuestra boca lo que no siente vuestro corazón? Dignaos recordar los sentimientos que sabéis pintar con tanta ternura; uníos con nosotros para el honor y la conservacion del rey, para la seguridad de vuestro hijo y la vuestra, y determinád á su



magestad á entablar con el rey de Prusia una negociacion saludable á la Francia. Ya no sois austríaca: sois esposa del que reinó sobre nosotros y puede reinar todavía; y en fin, puesto que sois madre, me valdré de la voz de este niño tan amable para llegar á vuestro corazon.

Ah, señor de Fermont! me dijo Antonieta reprimiendo los suspiros: ¡cuánto predominio tiene Vd. sobre mí! y cuánto me pesa de ser tan dócil! Bien, señor, continuó hablando con su esposo; hacéd que resalte mas la ingratitud de los rebeldes con vuestra bondad; escribid al rey de Prusia, ya que lo quieren; y preparád á los verdugos el indulto que pagarán sin duda con nuevos atentados. No importa, dijo el rey, habré cumplido con mi deber. Soy frances no ménos que monarca; y en cualquiera calidad que obre, debo echar el resto para alejar

los enemigos de mi país. — Luis se metió en una torrecilla que le servía de gabinete, y estendió la carta, cuya copia es la siguiente.

### CARTA DE LUIS XVI

AL REY DE PRUSIA.

(*Documentos justificativos, núm. 8.*)

« He sabido con sumo disgusto, primo mio, la entrada de V. M. en el reino de Francia, y los triunfos que alcanzan diariamente vuestras tropas sobre las francesas. La injusticia, de que soy víctima, nõ me ha desnaturalizado de mi patria: la amo tiernamente, y no puedo ver sin pesar que la tratéis como enemiga. Si intentáis desagraciarme, os lo estimo y agradezco; pero debo deciros, primo mio, que yo no he pedido semejante fineza. El que

magestad á entablar con el rey de Prusia una negociacion saludable á la Francia. Ya no sois austríaca: sois esposa del que reinó sobre nosotros y puede reinar todavía; y en fin, puesto que sois madre, me valdré de la voz de este niño tan amable para llegar á vuestro corazon.

Ah, señor de Fermont! me dijo Antonieta reprimiendo los suspiros: ; cuánto predominio tiene Vd. sobre mí! y cuánto me pesa de ser tan dócil! Bien, señor, continuó hablando con su esposo; hacéd que resalte mas la ingratitud de los rebeldes con vuestra bondad; escribid al rey de Prusia, ya que lo quieren; y preparád á los verdugos el indulto que pagarán sin duda con nuevos atentados. No importa, dijo el rey, habré cumplido con mi deber. Soy frances no ménos que monarca; y en cualquiera calidad que obre, debo echar el resto para alejar

los enemigos de mi país. — Luis se metió en una torrecilla que le servía de gabinete, y estendió la carta, cuya copia es la siguiente.

### CARTA DE LUIS XVI

AL REY DE PRUSIA.

(*Documentos justificativos, núm. 8.*)

« He sabido con sumo disgusto, primo mio, la entrada de V. M. en el reino de Francia, y los triunfos que alcanzan diariamente vuestras tropas sobre las francesas. La injusticia, de que soy víctima, nõ me ha desnaturalizado de mi patria: la amo tiernamente, y no puedo ver sin pesar que la tratéis como enemiga. Si intentáis desagraciarme, os lo estimo y agradezco; pero debo deciros, primo mio, que yo no he pedido semejante fineza. El que



yo quede sacrificado por las facciones, ó derribado por el consentimiento público, es asunto mio. En el primer caso moriré mártir, y los corazones verdaderamente franceses me llorarán, aun cuando no se reunan para salvarme, como debo esperarlo. En la segunda suposicion, ¿os corresponde por ventura el dictar leyes á un pueblo estrangero? Si yo me convengo, ¿os debéis mostrar mas zeloso que yo apesadumbrado?

El modo libre y desenfadado con que hablo á V. M., debe demostrarle, que en medio del arresto conservo la libertad del alma, y la empleo para rogaros encarecidamente, alejéis del territorio frances vuestros ejércitos triunfantes. Hay algunas interioridades que no deben encomendarse al papel; pero el sujeto encargado de entregaros este pliego, lo está igualmente de comunicaros mis intenciones particulares. Su-

puesto que habéis tomado posesion en mi nombre de la plaza de Verdun, espero tendréis la bondad de cumplir con el primero de mis deseos, intercediendo con S. M. el emperador, para terminar una guerra funesta, y restablecer la tranquilidad en Europa. Entre tanto ruego al Señor, primo mio, conserve y haga reinar larga y felizmente á V. M.

Firmado : LUIS.

Fecho en la torre del Temple, en Paris, 9 de setiembre de 1792. »

Esta carta no llenaba los deseos y la esperanza de Manuel; pero en la crisis actual podía ser muy provechosa: por tanto no pidió mas, y yo quedé enteramente satisfecho, pues la miraba como un medio que ayudaría á rebajar las pretensiones de los conjurados, y á

mejorar en mucho la suerte de los presos.

Al disponer este mensaje, la intención del rey, como él mismo lo apuntaba, había sido confiarse á una persona recomendable y segura. Se trató de nombrarla, y Manuel advirtió que para hacer frente á cuanto pudiera sobrevenir, había de ser del agrado de su magestad y del aprecio del rey de Prusia, sin desmerecer el concepto de los republicanos. El señor de Malesherbes llenaba las medidas en todo; pero su ancianidad era un obstáculo insuperable. Indiqué otro, que mereció la aprobación, y cuyo nombre no es preso, aunque honra en el día uno de los primeros cargos del estado. El resultado de las negociaciones que entabló con el rey de Prusia, acreditó su sabiduría, como la conducta que siguió y está siguiendo, demuestra su patriotismo. Es uno de aquellos pocos

hombres, que ajenos de todo partido, han sobrevivido á la destrucción general, y así en la república como en la monarquía, siempre han tenido el corazón francés. Este elogio parecería muy escaso, si me fuese lícito nombrar el sugeto.

Después de esta conferencia pedí al rey el favor de presentarle mi alumno; y como buscaba la respuesta en los ojos de la reina, Manuel se adelantó atentamente á asegurarle, que podía manifestar su ánimo con toda libertad. Antonieta se aprovechó de este agasajo, para decirme, que el rey y ella verían al lord Fitz-Asland con satisfacción, y quedamos aplazados para el día siguiente.

En aquel mismo recibió el encargo para la embajada de Champaña las instrucciones verbales del rey; pero como nadie intervino, ni aun la reina, cuya curiosidad supo burlar



Manuel, no referiré su pormenor, que saldrá á luz sin duda el día de las revelaciones.

Era yo depositario, como dije, de una carta de Antonieta para Toulan, que capitaneaba el partido de los realistas. Fui á buscarle, y me descubrí con él. En extremo satisfecho de oírme, correspondió á mi confianza, manifestándome con toda sinceridad su corazón. Toulan era un jóven de mucha cortesanía y amabilidad, y á poco rato comprendí que estaba prendado de la reina, como ella lo había insinuado. Amante, mas bien que realista, y con el corazón encendido y el cerebro acalorado, no veía en el objeto de sus ansias, sinó una muger hermosa, encantada por el ensalmo de algun espíritu maligno, cuyo poder iba á contrastar. Su imaginacion fogosa y arrebatada había ido á parar á los siglos caballerescos, en que las beldades ge-

mían en un castillo, esperando el favor y amparo de algun cortes y valiente caballero. Tan desinteresado como animoso, no quería en premio de los servicios que hacía á Antonieta, sinó el honor de haberla libertado. Por lo demas había concebido con magnanimidad el proyecto, lo seguía con teson, y juraba desempeñarlo con esfuerzo. Entre todos sus secuaces no había uno, que, fuera del motivo general de su apego al régimen antiguo, no se hubiese determinado por algun interes particular. El uno por medrar, el otro por mantenerse, cuál por inclinacion á las tramas, cuál por la ambicion de los honores, y el menor número por el deseo de la gloria, ó para hablar con mas propiedad, por la vanidad de la nombradía. No estrané, ni llevé á mal este egoismo, pues al cabo en todos los lances de la vida es el móvil mas poderoso y eficaz, porqué identifica á

los individuos con los sucesos, haciendo de una causa común que interesa poco, un negocio personal que mueve sobre manera.

Toulan, que á toda hora llevaba por escrito la razon del estado de su empresa, me leyó los últimos apuntes, para demostrarme que estaba muy inmediato el desenlaze. Entre los medios que él y los demas caudillos habían empleado, el que ademas del reparto del dinero les había surtido mejor efecto, era la publicacion de papeles sueltos y escritos periódicos. Mas por no estrellarse con la autoridad dominante, no habían estendido ninguno por Paris, y solo habían interesado algunos departamentos occidentales á favor de los presos. Debo tambien hacer á Toulan la justicia de decir, que el amor, que le había embelesado el espíritu, no le había estragado el corazon, pues amaba sinceramente á su país, y

no estaba en ánimo de favorecer á los estrangeros, que solo anhelaban la destruccion de la Francia. Cuando en medio de la conversacion vino á saber que yo era irlandes, me costó mucho probarle, que no era su enemigo, y dejarle satisfecho de la rectitud de mis intenciones. Preguntéle qué opinaba de Manuel, de Petion y de todos los que componían el partido, en cuyos misterios se me había admitido. Me respondió: Son hombres de bien, si cabe en los ambiciosos el serlo. Desprecian al rey, detestan á la reina, cuyo carácter se les hace temible, y quisieran, sin derramamiento de sangre y sin turbulencias, separarlos para siempre de los negocios. No profesan los principios abominables de esos trastornadores; pero como tienen talento, grandes virtudes y buen crédito, son otro tanto mas de temer. — Quise averiguar, si estaba enterado de su con-



juracion ; pero vi que ignoraba que la hubiese, y que los juzgaba solo por sus principios, acciones y palabras bien notorias ; y yo no creí deberle decir lo que sabia.

Despues de habernos aplazado para avistarme con los principales de su trama, dejé á Toulan, y me marché á cavilar sobre los medios de reunir y hermanar entrambas conjuraciones ; pero profesaban unas máximas tan encontradas, y se encaminaban á un objeto tan diverso, que no se me hacía asequible el conciliarlas. La reina por sí sola presentaba mas obstáculos que la familia entera: Toulan reunía sus fuerzas y facultades por ella, y contra ella se armaba principalmente Petion y su partido. En una desavenencia tan terminante, ¿cómo se había de hallar ni un pretexto siquiera para la menor composicion?

Sin embargo, á fuerza de insistir,

vine á juzgar que del obstáculo mismo saldría el medio de superarlo, si la reina amaba con bastante sinceridad á su esposo y á su hijo. Con el imperio absoluto que ejercía en Toulan, podía determinarle á hacer por estos lo que intentaba hacer por ella. Renunciando así voluntariamente al boato del Gobierno y al embeleso de la ambicion, facilitaba la alianza y hermandad de los dos partidos, cuyo objeto venía á ser idéntico, y que solo variaban en algunas particularidades.

Pero ¿quién tomaría á su cargo el entablar con la altanera Antonieta semejante negociacion? Fuí interiormente haciendo reseña de varios sujetos, y ninguno por una ú otra razon me parecía á propósito. Fijéme al fin en la tierna y generosa Isabel, que ponía todo su esmero en olvidarse á sí misma, para no cuidar sinó de los demas. En la corte había sido un modelo

de bondad, y en el Temple lo era de sufrimiento y de resignacion. Devota sin supersticion, filósofa sin desabrimiento, era tambien sabia sin querer parecerlo. El estudio y la amistad eran su dicha: su beneficencia en los dias de prosperidad aliviaba á los necesitados; pero en la prision no le quedaba mas tesoro que el de su corazon, para socorrer á sus hermanos y sobrinos. Por tanto conté con ella sin mas deliberaciones.

Hubo algunas dificultades que fueron retardando la entrada de mi alumno en el Temple. Con la seguridad de ser presentado, no podía contener su gozo y sus arrebatos; pero á fin de no dar cabida á los rezelos, ni comprometer al síndico, debía seguirmos en trage muy sencillo, aparentando ser un dependiente de la secretaría. Temía yo que su atolondramiento me hiciese arrepentir de mi condescen-

dencia; mas á la primera insinuacion me protestó, haciéndome mil cariños, que sabría acomodarse al lenguaje y modales adecuados al lugar y circunstancias.

Mi alumno, sin que sobresalga por su gallardía ó hermosura, no deja de tener una fisonomía agradable, que da muestras de su agudeza natural; y sabe realzar con el adorno y el aire de su porte las calidades físicas de que la naturaleza le ha dotado. Me detengo en esto, por el influjo y las consecuencias que tuvo. Entónces hice poco alto en estas particularidades, y solo por recuerdo puedo decir, que si bien se desentendía de la riqueza de su trage, ponía el mayor esmero en su hechura.

Apénas entramos en el cuarto del rey, donde estaba reunida toda su familia, el joven lord llamó la atencion de todos. Le presenté á sus magestades, al principe y á las princesas, que le



agasajaron con el mayor agrado, y aun advertí que la reina había templado la altanería de sus miradas, y suavizado el eco de su voz para hablarle. Mi alumno estaba en sus glorias: su atractivo era tanto mas halagueño y reparable, por la contraposición de una cárcel llena de mozos descorteses y de guardias desatentos.

Aun en presencia del rey, de Manuel y del ayo, las damas le hicieron un sinnúmero de preguntas. Las de Antonieta le dejaban á veces casi cortado, por el tono con que las decía: madama Isabel, no ménos afable, pero mas tímida, procedía con mas reserva, y la jóven María Teresa contemplaba á Edwino con ademán de admiración.

El síndico se aprovechó de aquella distracción, para instar de nuevo á Luis XVI á que aceptase el proyecto. Las cosas han venido á tal extremo, le

dijo Manuel, que quizá este es el único medio de asegurar vuestra salvación. Si la Convención se junta, y los alborotadores predominan, ya no será la corona, sinó vuestra libertad, y acaso vuestra vida, la que dará que temer. No malgastéis en indecisiones un tiempo tan precioso: salvaos, y salvád al estado. — Luis aseguró que á la vuelta del enviado cerca del rey de Prusia, daría su respuesta definitiva.

Había yo tenido la prevención de entender brevemente la relación de mis conferencias con Toulan, y mientras Manuel las había con el rey, conseguí poner mi billete en manos de Antonieta. Me dió las gracias á media voz con una espresion de complacencia verdaderamente extraordinaria; y en medio de todo tenía los ojos clavados en mí alumno, quien por su parte los fijaba en la princesa: lo cual no dejó de causarme alguna zozobra.

Esta fué en aumento, quando avisado por Manuel de que se acababa el tiempo de nuestra visita, tuvé que pedir una conferencia particular con madama Isabel. Retirámonos al hueco de una ventana, desde donde pude ver al rey engolfado con Manuel en una conversacion muy seria, y por otra parte á la reina hablando al oido con el lord, que siempre distraido se sonreía sin escuchar, y no tenía ojos sinó para María Teresa. Repito, que me puse cuidadoso.

Di cuenta en compendio á la hermana del rey de las conferencias que había tenido con la junta de la calle del Arbol seco y con Toulan. Le presenté las pretensiones de aquella y de este bajo su verdadero aspecto, y no me fué muy arduo el manifestarle que se oponían, ó por mejor decir, que estaban encontradas en todo. Pero al descubrirle el mal, no me fué difícil dar

con el remedio. Está, le dije, en el corazón y en la mano de la reina; y si el honor de su esposo, el interés de su hijo y su propia gloria la mueven, no titubeará en emplearlo. Los franceses sabrán agradecer este acto heroico y desinteresado: hace tiempo, no hay que disimularlo, que no aman ni aprecian á la reina, á quien atribuyen todas sus calamidades: que adopte el partido propuesto, y se ganará todos los corazones. La autoridad real no será ménos sólida por quedar limitada; el pueblo, á quien una libertad honesta agrada y conviene mas que las convulsiones del desenfreno, el pueblo será el primero en acabar con los tiranos que le adulan, descaminan y sacrifican. — Isabel gustó al parecer de mis principios y de mis raciocinios, pues me respondió: Si no se necesitase mas que mi beneplácito, desde este punto nada quedaría que desear, y aun si no



se pidiese sinó el del rey, ningún obstáculo habría para alcanzarlo. Jamas se ha pagado mi hermano de la brillantez del trono, y nunca ha medido el decoro de su potestad por su extensión: varias veces ha repetido que los reyes no deben ni pueden reinar bien, si no se conforman con la voluntad pública espresada por las leyes. Nunca pedirá, lo sé positivamente, una autoridad sin límites, sinó para hacer bien, y ninguna para hacer mal. Siempre le he acompañado en estos sentimientos, que ahora se nos han arraigado mas con las desgracias. Pero ¿cómo hemos de persuadir á la reina, que el sacrificio de su autoridad, de su grandeza, y sobre todo de su influjo es necesario? ¿No conocéis la altanería de esa casa de Lorena, que ha dado potentados á tantos tronos, y que domina hoy en el imperio? Será muy arduo el conaturalizar á una prince-

sa de Austria con la sencillez de la vida privada, y todavía se ha de hacer mas trabajoso el deshabituarla de sus ocupaciones políticas. Mi hermana lleva en el rostro y en el alma la magestad de un carácter elevado; pero al manifestar su espíritu, sale tambien á luz su engreimiento. Con todo su embeleso natural, prefiere la gloria de estar mandando á la dicha de agradar. Suele olvidar que es muger, pero siempre tiene muy presente que es reina: si tal vez tiene á bien renunciar á su aparato ostentoso, es solo cuando su corazón está muy conmovido. Está Vd. pensando sin duda, señor de Fermont, que zahiero demasiado á mi hermana, favoreciéndola tan poco en su retrato. Delante de cualquiera otro y en circunstancias diferentes, tendría que suavizar, y suavizaría en efecto, los rasgos de estas verdades chocantes; pero cuando del resultado del gran negocio

que trae Vd. entre manos, depende la pérdida ó la salvacion del estado, de un trono y de una familia, sería culpable, si encubriese la verdad. Fuera de esto, el orgullo que la reina ha sacado de la casa de los Césares, no la hace insensible á los vínculos de la sangre, al atractivo de la simpatía y á la correspondencia en la amistad. El rey le debe un cariño entrañable, y sus hijos mucho mas: idolatra con especialidad al Carlitos, en quien reverencia el noble retoño de dos casas soberanas, y tambien creo que soy partícipe de su afecto. Principalmente desde que la suerte con sus reveses nos ha reunido, me ha dado muestras muy patentes de su aprecio. En fin, si hay alguno que pueda esponerle la proposicion de Vd., y quizá tener la esperanza de hacérsela aprobar, soy yo sin duda. Le prometo á Vd. mis zelosos desvelos: se trata de la salvacion de la Francia,

del honor de mi hermano y de la dicha de sus hijos; ¿qué no haré yo por conseguirlo? — Me separé de la virtuosa Isabel, penetrado de respeto y de admiracion, y nos reunimos. La conversacion fué general por un momento, y luego, habiéndonos hecho Manuel una seña, ofrecimos de nuevo nuestras atenciones á los presos, y nos despedimos.

Antes de separarnos, el síndico me previno, que el día siguiente se debía celebrar junta, para acordar los medios mas poderosos y capaces de reducir á Luis xvi. Aunque tenía cita con Toulan, como era á hora diferente, prometí el acudir á la calle del Arbol seco.

Al llegar á casa, nos encontramos con varias cartas. Había una de Irlanda, de letra de lord Fitz-Asland, padre de mi alumno. Edwino la abrió arrebatadamente; pero apenas leyó los pri-



meros renglones, le vi pálido, y que para no caer desmayado, se sentó en un taburete. Luego se puso en estremo encendido, y vertió muchas lágrimas, que quería encubrir tapándose la cara con las manos. Sobresaltado con aquella novedad y temeroso de saber su causa, no acertaba á darle ningun auxilio ni consuelo oportuno. No me atrevía á recoger la carta fatal, que estaba abierta á mis piés; pero tomándola luego él mismo con viveza, y dándomela á leer: vea Vd., dijo, cuán desgraciado soy. — Sin soltarle la mano recorri la carta, que decía:

*Lord Fitz-Asland á su hijo, Paris.*

«Dublin 27 de agosto de 1792.»

Paris no es ya una morada habitable para tu digno ayo, ni para ti, amado Edwino. La turbulencia reina, y acaso

la mortandad: yo no vivo desde las horribles noticias del 10. Si me amas, parte al recibo de esta, deja el teatro de la desolacion, y ven al regazo de tu familia, á esperar que la bonanza...»

Cómo? me dijo mi alumno levantándose, y ¿lee Vd. todo eso tan friamente? — Pero, querido, hasta ahora no he visto motivo para acalorarse. — No lo ve Vd.? pues no ve Vd. que mi padre me llama? — Y qué hay con eso? — Qué hay? que esa orden es mi sentencia de muerte. — Edwino, espíquese Vd. — Ay Dios! no me ha entendido Vd.? — No por cierto: qué hay pues? — Lo que hay es que su alumno de Vd. está perdido, si sale de Paris. — Repito que no le entiendo á Vd. — Fitz-Asland cogiéndome entónces las manos, estrechándolas, y mirándome con ojos llorosos: Ah, mi amado ayo! me dijo sollozando, ¿por qué me ha llevado Vd. al Temple? — Edwino, qué

es lo que está Vd. diciendo? — Que quisiera no haber estado jamas, ó, añadió con la espresion mas tierna, permanecer allí toda la vida. — Cielos! qué es lo que oigo!

Entónces me tocaba el papel del desconsolado. Estuve algunos minutos inmóvil, cabizbajo, mirando sin ver, y sin hacer alto en mi alumno, que se paseaba aceleradamente, ó se paraba para pedirme mil perdones: en una palabra, estaba embargado en un laberinto de ideas lóbregas y contradictorias.

Pasado el primer momento, empecé á volver en mí, con la reflexion de que una sola vista no habría podido causar un estrago irreparable; que era verosímil que Edwino equivocase con los impulsos del corazon la conmocion de sus sentidos, la cual era mas fuerte por ser la primera; y que suponiendo que un afecto tan profundo como tierno

hubiese nacido en su alma, se debía presumir que no era correspondido, y que por consiguiente se apagaría por faltarle el pábulo del mutuo cariño.

Pero ¿cuál de las tres princesas se lo había infundido? Por mis sospechas debía ser Antonieta, cuyo embeleso, acostumbrado hacia tiempo á los triunfos, encontraba, segun decían, un idólatra en cada hombre; y había advertido, como he manifestado, que su atractivo, mas y mas engreido con la misma opresion, se había humanado con Edwino. Sin embargo, el decoro magestuoso de Isabel había podido interesarle, ó en fin podía tambien haberle cautivado el recato virginal de María Teresa. Ansiaba desengañarme, á fin de motivar fundadamente los consejos que como amigo debía darle. Su respuesta se vino á reducir á la siguiente.

Quiero, amado ayo, corresponder



á la condescendencia de Vd. con mi franqueza. Las primeras chispas de mi amor no son de hoy; pero hoy es cuando mas inflaman mi corazón, que por una parte se enardece con los estorbos, y por otra se alimenta con la esperanza.

¿Se acuerda Vd. del día en que lord Sutherland, mi primo, fué presentado á la corte como embajador británico? Yo di la mano á su esposa, que de allí á poco rato no fué ya para mí la muger que yo mas apreciaba en el mundo.

En medio del fausto que cercaba al monarca, y entre las beldades tituladas que rodeaban á la reina, mis ojos se desalaban en busca de la muger, que tanto encarecía la fama. Un susurro lisonjero, seguido de un silencio respetuoso, anunció su venida, y entre tanto los latidos de mi corazón aumentaban mi desasosiego y mis anhelos. Se presenta: una diadema de pre-

ciosa pedrería centelleaba en sus sienes; los diamantes engarzados se cruzaban formando ondas sobre su seno, y la magestad real se ostentaba en los pliegues tendidos de su magnífica vestidura. Deslumbróme esta brillantez, mas no me conmovió; y cuando levanté los ojos, y vi el orgullo sentado sobre su frente altanera, la gradué de reina hasta en su sonrisa de protección.

Seguía á poca distancia una jóven, que al parecer estaba allí para formar una contraposición perfecta. Una guirnalda ligera ceñía su dorada y suelta cabellera: hermosa sin que lo supiera, prendaba sin pretenderlo. He visto que todos fijaban sus ojos en esta persona, que como lo habrá Vd. entendido, era María Teresa.

Con su presencia el espectáculo brillante que tenía á la vista, quedó eclipsado. Entre tantas mugeres notables

por juventud, opulencia y hermosura, no vi mas que una niña sencilla é inocente, que apénas se atrevía á levantar sus tiernos párpados, y cuya frente vergonzosa se sonrojaba de continuo. Este cuadro de la inocencia y del hechizo me interesaba en extremo, y me causaba mil distracciones, de que lady Sutherland tenia que sacarme á cada paso.

Dejé la corte, llevando impresa la imágen de María Teresa. Mi corazón la conservó por espacio de algunos meses: el tiempo, la ausencia y la disposición invariable de Vd. de no presentarme al rey sinó con órden de mi padre, no la borraron, pero la disminuyeron algun tanto. Llegué á creermelibre de esta dolencia, porqué solo había experimentado los primeros ataques.

Aun suspiraba yo por esta dulce pena, cuando por la casualidad de las entrevistas de Vd. con Luis xvi, se in-

flamó de nuevo mi corazón. Interrumpió Vd. sus visitas á las Tullerías, y falleció mi esperanza; pero se reanimó con la catástrofe del 10 de agosto, y formé el proyecto de libertar de sus opresores á la familia aprisionada, pues un incidente que ignora Vd., podía favorecer su ejecucion.

Hacia algunos dias que pasando al anocheecer por los arcos de la calle de santo Tomas de Louvre, se me habia llegado una muger ordinaria, entrada en edad y no mal vestida, la cual despues de haberme saludado cortesmente, me habia entregado sin hablarme una carta. En vano quise saber de quien era el billete, pues me respondió que lo veria leyéndolo, y se despidió de mí.

Estaban encendiendo los faroles, y yo impaciente por saber el contenido, me acerqué al mas inmediato, y lei estas palabras solas: *Madama de Ro*



*zierz, calle del Sena, número 7, barrio del jardín del rey; y de otra letra: se la puede ver desde las diez de la mañana hasta las cuatro de la tarde.*

Yo estaba confuso, y decía ¿á qué vendrá este sobrescrito? qué tendré yo que ver con esta dama? Había oído hablar de chascos originados de tales antecedentes; y juzgando que podría ser uno de los muchos, me metí el papel arrollado en la faltriquera, sin hacer caso de semejante aviso.

El día siguiente mi criado Tomas dió con él al vestirme; y como le conté mi aventura y mis rezelos, se chancó y me dijo, que el tal billete iba mas bien asestado contra el corazón que contra el bolsillo, pues sería de alguna buena moza, que deseaba tratar con un señorito amable como yo. Confieso que en esto cometí dos yerros á un tiempo, el primero en hacer caso de Tomas, y el segundo en no pedir á

Vd., amado ayo, su dictámen. Como quiera, ademas del pensamiento que me ofrecía la dicha de corresponderme con una hermosura, mi vanidad se engrió considerándome el héroe de una trama, y quise ver su desenlace.

Siempre me ha dado Vd. bastante ensanche para esplayarme ciertos ratos, y así hice una salida pretestando un paseo por el jardín del rey; y Tomas conduciendo con mas velocidad que nunca el birlocho, me puso en breve en la calle del Sena, frente al n.º 7. Será escusado decir, que hubo aquel día algun esmero en el vestido.

Al apearme, mi corazón palpitaba cual nunca, y ya estaba en el segundo piso, cuando aun no me había serenado. Vi entonces bajo de la aldaba de la puerta un rótulo que decía: *Madama de Roziers*. Tomas llamó á la campanilla, y quise detenerle; pero el eco de aquella resonó en mi interior, avisándome

que iba á entrar, y esto aumentó mi temblor y mi turbacion.

Una muger que me pareció la mensajera del arco de santo Tomas, abrió la puerta, y me preguntó, á quién buscaba. Pronuncié á media voz el nombre de *madama de Roziers*, que no oyó la criada, y me lo hizo repetir. Tomas, que se incomodó de mi torpeza, articuló bien alto: milord Fitz-Asland quiere hacer presente su atencion á madama de Roziers. — La criada hizo una cortesía, se marchó, volvió y me condujo muy espresiva á la puerta de un cuarto, en que me hizo entrar, quedándose Tomas en la antesala.

El agasajo de la criada, el aseo del cuarto, y mucho mas el ratito de soledad que logré, alejaron mi zozobra y alentaron mi timidez. Un espejo que tenía frente de mí, acabó de animarme, y esperé sereno el éxito de una aventura, mas bien amorosa que espuesta.

Salió una señora, que por sus facciones agradables, aunque desmejoradas, juzgué sería de unos cuarenta años, así como por su aire noble formé buen concepto de su nacimiento y de su educacion. Nos saludamos muda y recíprocamente; se sentó con señorío, me hizo seña de que tomase asiento, y me habló en estos términos: El modo con que ha sido Vd. introducido en mi casa, le habrá causado estrañeza, y esta se aumentará en sabiendo los motivos. Sin duda habrá Vd. presumido que esta era una cita amorosa, y el medio de que me he valido, es muy propio para dar margen á semejante conjetura; pero presto quedará Vd. desengañado, y se enterará de lo serio é importante del asunto.

Quando Vd. era niño, ¿no se acuerda de haber oido mencionar alguna vez en casa de sus padres el nombre de Clara Melwood? — Lord Fitz-Asland lo



ha repetido no una vez sola en mi presencia, acompañándolo siempre con suspiros, y aun con lágrimas.— Con lágrimas!... ¿tendría pesar ó remordimientos?... no, en el asesino de su amante y de su consorte no caben.— Señora, esclamé poniéndome en pié, ¿qué está Vd. diciendo de mi padre? ¿me ha llamado Vd. para oír cómo le injuria?— No, milord, sinó para ayudar á Vd. á desagraviar sus ofensas: siéntese Vd. y óigame con sosiego.—

La miré con respeto y obedecí. Sí, insistió; esperó de la generosidad de Vd. el término de mis males, y el principio de la felicidad de una persona, que le será luego tan apreciable como á mí misma. Uno y otro están en manos de un padre, de quien dispone Vd. á su albedrío.

Me llamo Clara Melwood, y aunque mi nacimiento no es de la primera gerarquía, es de la que honra á los ple-

beyos y suele emparentarse con los grandes. Con una fina educacion, ciertos adornos adquiridos y algun mérito personal, me había granjeado los obsequios de algunos pares de Irlanda. Muchos solicitaron mi mano, mas solo uno cautivó mi corazón. ¿Cuánto me amaba Fitz-Asland al parecer, mejor diré, en la realidad! pues no es dable aparentar tan bien un afecto; y ¿con qué tierna correspondencia pagué su cariño! ¿Quién duda nunca de la sinceridad de un amante? Entreguéme á su padre de Vd. sin reserva, y sin exigir ninguna promesa, pues no lo permitía mi amor.

Entre tanto la guerra que se iba encendiendo en las colonias inglesas, obligó á marchar á su padre de Vd., cuando llevaba ya en mi seno la prenda de nuestra union; y ni aun entonces le requirí con obligaciones legales, suponiéndole atado voluntariamente

con la mas sagrada. Mi amante partió, dejándome la esperanza de verle y abrazarle presto como esposo.

Però despues de correspondernos tierna y constantemente por seis meses, supe que el atractivo ó el artificio de una competidora me había robado el corazon de Fitz-Asland. Si no hubiese sido madre, hubiera tenido á mengua el quejarme; pero el ingrato, al dejar de ser mi amante, había tambien olvidado que era padre, y fué en vano el hacérsele presente. Ajustada la paz y reconocida la independenciam de las colonias, se desposó con su amiga, que vino al parecer á Dublin para insultarme en mi desconsuelo.

Supe sin embargo encubrirlo, pues mi carácter, hasta entónces flexible y tierno, se engrió y endureció contra la adversidad. Había muerto mi padre, era su única heredera, y poniendo el mar de por medio, llegué á Francia

con mi niña, á la cual en virtud de los principios que me ha sugerido la alevosía de su padre, he dado el trage y la educacion del sexo de Vd.

Viviera ya sosegada, si no dichosa, sin las muchas calamidades que está padeciendo hace cuatro años este pais. Los restos de mi fortuna, que había colocado en los fondos públicos, han desaparecido, y la miseria agravando mis desdichas, me precisa á quejarme. No lo hubiera hecho por mí, pero el interes de mi hija hace enmudecer mi altanería; y por ella, milord, por la hermana de Vd. imploro hoy su asistencia.

Recorra Vd. esas cartas, y lea las pruebas repetidas de cuanto digo: ¡así pudiera, al mostrar á Vd. la letra de su padre, ocultarle su traicion!— Las tomé lloroso, y fui viendo en cada espresion de ternura la prueba de su perfidia: ya le condenaba sin respeto y me condolia de su víctima, cuando



asomó un jóven que parecía un Adónis. Ven, hija mia, le dijo madama Melwood, á merecer de lord Fitz-Asland la dicha de abrazar á un hermano, y, añadió apocando la voz, á pedirle su proteccion.

Estreché con ternura y bañé con mis lágrimas aquel hermano tan amable, ó mas bien, aquella hermana encantadora, que reunía el señorío de las facciones de su madre con la suavidad de las de su padre. Desde aquella primera vista se entabló entre nosotros la mayor intimidad: les prometí y juré, que no solo señalaría mi padre un situado decente á Paquita, (este es el nombre de mi hermana) sinó que mediaría yo con el mayor ahinco, para ajustar entre su madre y lord Fitz-Asland una reconciliacion completa. Con esto nos separamos, mutuamente enternecidos y satisfechos.

Desde entónces hasta el 11 de agosto

en que volvimos á Paris, no las vi sinó una vez. Mi ánimo era llevar á Vd. á su casa: pero los acontecimientos lo han estorbado. Sin embargo, mi amado ayo, se va Vd. á quedar atónito, cuando le diga que ya conoce Vd. á Paquita.

No habrá Vd. olvidado aquel jóven interesante del 11 de agosto, que con pretesto de dar á conocer á Vd. los nuevos acuerdos de la casa de ayuntamiento, le puso en las manos dos pasaportes, uno para Vd. y otro para mí: pues aquel era mi hermana. Al irnos al campo se lo había yo avisado por un billete, y naturalmente sobresaltada por la suerte de un hermano, y por la de Vd., en la cual se interesa sobre manera, y por medio de las conexiones que se ha ido agenciando en la guardia nacional; había solicitado y conseguido sin dificultad los pasaportes para entrambos. Nos estaba acechando cuando la encontramos, y nos

favoreció la casualidad con el tropiezo de los carruages y el soldado de nuestra escolta que conocía; y ya sabe Vd. las resultas.

Vamos pues ahora á mis designios sobre los ilustres presos del 10 de agosto. Cuando supe que los habían encerrado en los Feuillans con el resguardo de una corta guardia, juzgué que no sería imposible sacarlos de allí. Para esto no había mas que formar la guardia de hombres á mi devocion, ó atacarla y arrollarla, si se componía de enemigos. Para lo primero, Paquita, que tiene graduacion en la milicia urbana, debía manejarse de modo que reclutase veinte y cinco ó treinta realistas ó constitucionales, decididos á intentar el golpe. Para lo segundo, los mismos hombres con todo el recato posible habían de sitiár la prision, y sin derramar sangre, si no lo exigía la necesidad absoluta, arrebatarian la fa-

milia real. Ambos planes estaban organizados, y no nos quedaba mas, que elegir el mas practicable, quando la traslacion al Temple los desbarató igualmente. El largo arresto de Vd. y los asesinatos de setiembre acabaron de desesperanzarme, con lo cual me llené de un desconsuelo tan amargo, que nada alcanzaba á mitigarlo.

Pero el cielo quiso prometerme su término, ofreciéndome la proporcion de ver nuevamente á mi princesa, y serle de algun provecho. Con esto queda Vd. enterado del motivo de mi afan por ir al Temple, del de mi gozo, quando me dió la seguridad de introducirme, y en fin de la complacencia por la felicidad que acabo de lograr.

He visto otra vez á la reina, cuya altanería me ha parecido que estaba muy abatida; pero he visto tambien á su hija, cuyo candor y hermosura han ido, si no me engaño, en aumento.



¡Ah, mi amado ayo, si yo me atreviera á espresar el afecto que me inspira! Mis ojos solos han hablado, y no sé si me equívoco, pero me parece que los suyos me han correspondido. Qué dicha la mía, si me amase!.... Y mi padre me manda que la deje.... ¿no es mandarme que deje la vida?.... — Por el acaloramiento que veía en los ademanes y espresiones de Edwino, continuó el abate de Fermont, me hice cargo de que mis consejos le serían inútiles en aquel momento. El hervor de la pasión había llenado su cabeza de vapores y anublado su entendimiento; y para que se enterase de la razón, era preciso esperar que se despejara. Abrazé pues á mi alumno, le consolé acerca de la carta de su padre, del cual me encargué alcanzarle alguna demora, y volví á mi cuarto para cavilar sobre los medios de romper por obstáculos tan complicados.

Mire primero al rededor de mí, y luego volviendo á registrar mi interior, me sobrecogí al encontrarme depositario y casi en el centro de tres tramas á un mismo tiempo. Además de que este papel cuadraba mal con los principios y carácter que profeso, ¿había sinó certeza, á lo ménos probabilidad, de que lo desempeñase á satisfacción de la justicia y de los que me empleaban? ¿Cómo había de ser fácil á un hombre desconocido, sin influjo y sin conexiones, conciliar intereses tan encontrados y pretensiones tan opuestas? Si no me engañaba acerca del carácter y opiniones de la reina, jamás condescendería con lo que le pedían; y ya que así sucediese, ¿qué iba á ser del rey? ¿qué suerte cabría á sus hijos? Por otra parte, ¿cómo persuadir á unos hombres, cuales eran los de la calle del Arbol seco, que devolviesen á Luis su poder, subsistiendo su debilidad y su

irresolucion? ¿Qué valla no habrían de oponer á semejante proyecto los progresos de la opinion? ¿Era dable hacerla retroceder á los tiempos de Richelieu? ¿Cómo se había de avasallar, ni aun reducir á los límites del orden, á todo un pueblo desenfrenado, cuando cada uno por haber destronado al rey, se consideraba como sucesor suyo en el trono? Ese era, dirán, el proyecto de Toulan: sí, esta era sin duda la ilusion de su corazon, mas no la combinacion de su entendimiento. Toulan que no veía sinó con la venda del amor, obraba á ciegas, discurría al aire, graduaba sus deseos de posibilidades, se portaba en fin mas bien como amante que se acalora, que como frances que se compromete. Por otra parte, aquel choque de conspiraciones y de designios me parecía mas perjudicial que provechoso á la causa que abrazaban. Era de temer que lèjos

de hermanarse los partidos, no tratasen sinó de destruirse mutuamente, y no lo era ménos, que la familia real, cogida en medio, vendría á estrellarse con ellos. Veía estos inconvenientes, y me desconsolaba, pues aunque concebía algun medio para allanarlos, mi ánimo no igualaba á mis deseos. Otros en mi lugar, lèjos de confundirse, transformarían, como hace la verdadera destreza, los obstáculos en medios, hollarían los estorbos, y aun los procurarían para complacerse en superarlos. De algo podía servirme en tales circunstancias el amor de Fitz-Asland; pero me repugnaba valerme de este recurso. En fin, yo titubeaba en medio de las dificultades, temiendo empezar, y ansiando el acabar; escitado por mi adhesion al rey, contenido por los escrúpulos, y agitado entre la esperanza del éxito y el temor del malogro.

Sin embargo, habiéndome hecho



cargo de todo, resolví entregarme á la marea de los acontecimientos, puesto que hasta entónces me había llevado de todos modos. Huir cuando va á darse la batalla, es cobardía y aun traición; pero como no hay mérito, y sí mucha imprudencia, en hacerse gefe el que solo tiene talento para desempeñar el cargo de subalterno, me puse en manos de la Providencia, para que me dirigiese en aquel trance importante.

Fuí con esta intencion prudente á la calle del Arbol seco; pero encontré los ánimos muy inquietos y agitados. De allí á pocos días se abría la Convencion, y los agüeros de su establecimiento no parecían favorables ¿Cuál era en efecto el estado de las cosas? Los legisladores, atemorizados con los cañonazos del 10 de agosto, no habían recobrado sus facultades para romper los cuchillos de setiembre, y con sus manos desfallecidas ya no podían ma-

nejarse las riendas del estado. Un tribunal usurpador, teñido de sangre, denegrido con los delitos del robo y del homicidio, salido en fin del infierno, hollaba la cerviz del pueblo, á quien hablaba al mismo tiempo de libertad. El consejo ejecutivo, vacilando entre los delitos y su flaqueza, ó hacía el mal, ó no podía estorbarlo, y mucho ménos castigarlo. Unos cuantos forasteros en traje de foragidos, hablando el lenguaje de las zahurdas, hacían el papel de tribunos, para precipitar al pueblo ciego en la miseria y la anarquía. Es verdad que el nombre y el concepto de algunos hombres de bien descollaban entre tantas calamidades, como la estatua de un héroe entre las ruinas; pero la tiranía popular ¿respetaría tan débiles vallas, siendo así que se jactaba de anegar la virtud en la sangre de sus apasionados?

Sobre este bosquejo fijaba la clo-

cuencia de Vergniaud nuestras miradas y nuestra atención. Entónces sí que conocí claramente lo mucho que hubiera aprovechado á Luis XVI un carácter brioso, tanto para prevenir como para reparar tan lastimosos desastres. Con esta irrupción de la anarquía ¿qué hubiera hecho Federico? oponer su brazo, y el torrente hubiera retrocedido. Cotejo doloroso! Luis estaba en el Temple, y las olas de la tempestad que asaltaban su morada, amagaban su naufragio.

Creímos divisar algún medio de atajar sus estragos con el regreso del enviado cerca del rey de Prusia. Si, como no lo dudábamos, el duque de Brunswick evacuaba el territorio franceses, se le quitaba al partido popular el motivo de una insurrección perpetua y el pretexto de las confiscaciones, de los arrestos y de los asesinatos.

Esta perspectiva, en que estábamos

viendo la independencia de nuestro país, la tranquilidad de la Europa y la dicha de todos, se ofrecía muy halagüeña á nuestros espíritus embelesados: tal es el prestigio del don milagroso de la elocuencia. Estábamos deliberando á la boca de un volcán, y Vergniaud desterraba nuestras fundadas zozobras, enramando el suelo con flores.

Oímos de repente un estruendo tumultuoso en la galería inmediata á nuestra sala. El fiel sordomudo entró, y con una seña pronta y espresiva nos dió á entender que había allí hombres armados, los cuales le seguían en efecto. Doce soldados con su oficial entraron, y cercaron la mesa que nos servía de escritorio. Nos levantamos, y el señor de Malesherbes, á quien los años no habían amortiguado la fogosidad, preguntó con ardor: ¿con qué derecho y por qué autoridad se atrevían á violar el asilo de un ciudadano pacífico? —



Por el derecho que tiene la mano de una policía desvelada, y por la autoridad sagrada de la ley nos respondieron.

— Al oír este nombre venerable, nos quitamos el sombrero, guardando un silencio respetuoso. — Señores, continuó el comandante, estoy encargado de arrestar y conducirá la Abadía á los que no tengan algun carácter público: servílos de írmelos nombrando.

Me presenté al instante, y Malesherbes, Chamilly y Clery hicieron otro tanto. Petion, Vergniaud y Manuel quisieron en vano interponer su autoridad, ó á lo ménos su influjo. Uno y otro quedaron desconocidos y menospreciados; con lo que nos despedimos de nuestros compañeros, que nos juraron hacer revocar en breve aquella disposicion tan arbitraria. Nos condujeron en un coche á la Abadía, y por segunda vez en pocos dias me vi encerrado en una lóbrega prision.

~~~~~

## NOCHE QUINTA.

—

AUNQUE este nuevo arresto, de que estaba yo muy ageno, privaba á la familia real del único hombre desinteresado con quien podía contar, é interrumpía al mismo tiempo mi comunicacion con los sugetos que estaban trabajando en favor suyo, no tardé sin embargo en entablar nuevamente correspondencia con ellos, como verá Vd. despues. Mas para no confundir los tiempos y los acontecimientos, ántes de hablar del que fué la causa de mi libertad, me parece del caso referir á Vd. la venida del mensagero y su conferencia con el monarca.

Presentado á S. M. por Manuel, dió cuenta de su mensaje, cuya relacion he extractado de la que el mismo remi-

Por el derecho que tiene la mano de una policía desvelada, y por la autoridad sagrada de la ley nos respondieron.

— Al oír este nombre venerable, nos quitamos el sombrero, guardando un silencio respetuoso. — Señores, continuó el comandante, estoy encargado de arrestar y conducirá la Abadía á los que no tengan algun carácter público: servíos de írmelos nombrando.

Me presenté al instante, y Malesherbes, Chamilly y Clery hicieron otro tanto. Petion, Vergniaud y Manuel quisieron en vano interponer su autoridad, ó á lo ménos su influjo. Uno y otro quedaron desconocidos y menospreciados; con lo que nos despedimos de nuestros compañeros, que nos juraron hacer revocar en breve aquella disposicion tan arbitraria. Nos condujeron en un coche á la Abadía, y por segunda vez en pocos dias me vi encerrado en una lóbrega prision.

~~~~~

## NOCHE QUINTA.

—

AUNQUE este nuevo arresto, de que estaba yo muy ageno, privaba á la familia real del único hombre desinteresado con quien podía contar, é interrumpía al mismo tiempo mi comunicacion con los sugetos que estaban trabajando en favor suyo, no tardé sin embargo en entablar nuevamente correspondencia con ellos, como verá Vd. despues. Mas para no confundir los tiempos y los acontecimientos, ántes de hablar del que fué la causa de mi libertad, me parece del caso referir á Vd. la venida del mensagero y su conferencia con el monarca.

Presentado á S. M. por Manuel, dió cuenta de su mensaje, cuya relacion he extractado de la que el mismo remi-



mitió por escrito á Luis xvi, y este monarca me confió posteriormente. Dice así.

## NEGOCIACION

### CON EL REY DE PRUSIA.

(*Documentos justificativos, núm. 9.*)

« SEÑOR :

En cumplimiento de las órdenes con que me honró V. M., y conforme á las instrucciones que me dieron sus confidentes, apresuré mi marcha, y pude avistarme con el general Dumouriez en ménos de diez y seis horas.

Habiendo conseguido hablarle á solas, no le oculté que era portador de un pliego de V. M. para el rey de Prusia, añadiendo, que su resultado de-

bía tener un influjo decisivo en el ejército, en Francia y en toda Europa.

Después de haberme hecho el general algunas preguntas relativas á la situación de V. M. y de su familia, me franqueó un salvoconducto, y además una escolta de dos oficiales. Parecióme que su semblante daba muestras de inquietud y de una meditación profunda.

A pesar de los gloriosos triunfos y rápidos progresos del ejército del duque de Brunswick, S. M. prusiana estaba aun en la aldea de Glorieux, cerca de Verdun, en donde había establecido su cuartel general.

Admitido desde luego como parlamentario de Dumouriez, fui recibido con una familiaridad extraordinaria; de donde inferí, que los prusianos y los franceses no eran enemigos irreconciliables.

Pero apenas hube manifestado el

verdadero objeto de mi mensaje, poniendo en manos de Federico Guillermo la carta de V. M., me miró con una admiración difícil de explicar, y la leyó silenciosamente. Observaba yo entre tanto las impresiones que se retrataban en su semblante: á la sorpresa sucedió una señal ligera, aunque perceptible, de indignación, y á esta siguió luego un enternecimiento muy manifiesto. Parecióme, señor, que S. M. leyó varias veces el final de vuestra carta: cuando hubo concluido su lectura, arrojó un profundo suspiro; y aun noté algunas lágrimas en sus ojos, levantados tristemente al cielo. Despues verá V. M. lo que significaba esta pantomina.

Señor enviado, me dijo Federico, la carta de S. M. cristianísima me ha conmovido profundamente, y prometo á Vd. que responderé á ella de un modo satisfactorio; pero necesito án-

tes deliberar el asunto con mi consejo privado. Desde luego voy á dar orden para que sea Vd. tratado con la consideración que merece por sus prendas, y en calidad de confidente de mi primo. Mañana á esta hora será Vd. llamado para asistir á la sesión de mi consejo. —

Pasaría en silencio las honras que debí al monarca prusiano, si no estuviese persuadido, que tratando á un mero confidente, cual era yo, con mas distinción que á un embajador autorizado, se encaminaba todo el obsequio á V. M. perseguido; observación que V. M. se dignará disimularme.

El príncipe Luis de Luneburgo, consejero áulico de Federico Guillermo y su ayudante de campo, vino á avisarme, que el rey me esperaba en el consejo, á donde me encaminé inmediatamente.

Estaban ya reunidos todos los indi-



viduos, entre quienes hallé, no sin sorprenderme, al general Dumouriez, que viéndome entrar, me saludó como á persona conocida.

Sentado el rey, comunicó á la junta los motivos de su reunion; pero ántes de ventilarlos, y de dar su dictámen los consejeros, S. M. insinuó, que el señor general Dumouriez deseaba aclararlos con observaciones muy importantes. Tomó este la palabra, y dijo poco mas ó ménos lo siguiente.

Conocimiento muy superficial tendría de nuestra historia, quien no contase entre las causas secretas de las revoluciones que ha padecido la Francia desde Luis XIV hasta nuestros días, la rivalidad de las dos familias de Borbon y Orleans. En la muerte de aquel monarca, cuando Felipe tomó posesion de la regencia, recibió el gobierno una nueva forma, y en todo el tiempo que duró la administracion de

este príncipe, se siguió un sistema diametralmente opuesto al de su predecesor. La regla general que guiaba á este, era la reunion de los diversos poderes del estado: el regente, por el contrario, los dividió y contrapesó unos con otros, atrayéndolos á sí, con la mira de fijar un despotismo céntrico en una circunferencia casi popular.

Si á la ambicion hubiese reunido este príncipe mas firmeza de ánimo, hubiera sin duda abatido á la otra familia rival, afianzando á la suya en el trono frances; pero afeminado con los deleites, reservó para sus descendientes la ejecucion de los desígnios que él apenas había proyectado.

Luis Felipe, padre del duque actual, no concibió siquiera el pensamiento de poner en ejecucion aquel proyecto. El estudio ocupó toda su atencion y su entendimiento; siendo consiguiente que quien se da mucho á

las especulaciones científicas, se cuida poco de los negocios políticos.

El carácter flexible de Luis Felipe José, su hijo, el valor, ó mas bien la temeridad que ha manifestado en ciertas ocasiones, le hacían parecer mas idóneo á los designios ambiciosos que ninguno de su familia. Yo mismo lo creí así largo tiempo, y, á decir verdad, no me desagradaba.

Al gran talento y á las tramas de Richelieu debieron los monarcas la reconquista de su poder, que ostentó con el mayor aparato y vigor Luis XIV, en el reinado mas largo y maravilloso de la monarquía. Pero el cetro se envileció en manos de Luis XV, que solo sabía dirigir cazerías y festines.

El sucesor de este subió al trono con buenas intenciones y costumbres arregladas; pero al caerle la corteza grosera que ocultaba su debilidad, conoció el público que este monar-

ca lo sería en el nombre solamente.

Entre tanto el erario estaba exhausto, la administracion nacional dislocada, y el imperio vacilante iba á despeñarse en un profundo abismo.

Sobrevino la revolucion; y no conociendo yo personalmente al duque de Orleans, creí que arrebatado de un noble amor á la patria y á la gloria, intentaba granjearse la una salvando á la otra.

Sin embargo, cuando observé que malograba las circunstancias mas favorables á una atrevida empresa, se desvanecieron mis esperanzas, y al mismo tiempo se disminuyó la estimacion con que miraba al duque.

Desempeñando despues el ministerio, vi de cerca, seguí y observé atentamente á este personage, que lejos de ser cabeza de su partido, me parece solo su juguete.

Estragado, mas bien que irreligioso;



vulgar y comun, quando debiera ser únicamente popular; temerario sin valor; fácil hasta tocar en el extremo de débil; avaro sin provecho; pródigo sin necesidad; activo para los deleites; perezoso para los negocios; siempre vacilando, contemporizando siempre; sin talento para hablar, ni resolución para ejecutar; intrigante mediano, conspirador malísimo; tal es este hombre, que en el cuerpo vigoroso de un atleta encierra el ánimo afeminado de un sibarita.

Me consta por conducto seguro, que jamas se hubiera puesto al frente de una faccion, guiándose únicamente por sus propias inclinaciones. El entretenimiento de conducir un birlocho con ligereza, la gloria de nadar diestramente, el honor de ginetear con gallardía, hubieran sido los únicos objetos de su ambicion; pero por desgracia de la Francia, el acaso le

dió á conocer una muger á propósito para estimular aquella pasion.

Madama de Genlis, aínas de poseer el arte de agradar y seducir, tiene un espíritu activo y fogoso, que, cómo todos los de su especie, está en continuo movimiento y atrae á cuantos le rodean. Dícese, aunque no puedo asegurarlo, que no habiendo logrado el honor de presentarse á la reina, juró vengarse de ella. Si esto es así, y madama de Genlis ha tenido parte en el martirio de esta soberana, debemos confesar que cumplió su palabra con sobrada crueldad.

Como quiera que sea, desde el punto en que tácita ó espresamente consintió el duque de Orleans en que levantase el estandarte su partido, vióse la Francia inundada de calamidades. Reuniéronse los hombres interesados y ambiciosos, cuya inquietud revolucionaria había inflamado los ánimos; sien-

do de notar que entre tantos parciales alistados bajo las mismas banderas, apenas habría uno que estuviera por el caudillo. Debe esto atribuirse á lo que dije ántes, que el duque solo era una fantasma; y los partidarios de la anarquía, léjos de desear la mudanza de una dinastía que restableciera el orden, no querían sinó una confusion perpetua, á cuya sombra pudiesen soltar la rienda á sus pasiones.

Hízome temblar este trastorno calamitoso, que se iba empeorando de dia en dia, segun las observaciones que hacía en general y en particular sobre el concepto público. Se acabó la ingenuidad en las opiniones, y cesaron los sanos partidos: la soberanía despótica estaba odiada, la constitucional envilecida: una mudanza de dinastía se tenía por impracticable, y si se hablaba de *república*, era porqué esta palabra, nueva para el pueblo,

podía mejor que otra alguna confundirse, por su abuso, con la democracia y con los excesos de la anarquía.

De este modo la faccion de los alborotadores se aumentaba de dia en dia, bajo el patrocinio del duque de Orleans, aunque no con su proteccion; y entónces fué cuando se adoptó ansiosamente cuanto se encaminaba á trastornar el orden de la sociedad civil. Por una suerte fatal á los verdaderos republicanos, abrazaban y aplaudían los facciosos las saludables reformas que aquellos proponían, aunque á la verdad fuera de sazón; de manera que el odio de los realistas alcanzaba igualmente á unos que á otros: conducta malísima, pero fundada, cuyas consecuencias perpetuarán el desorden.

Viéronse entónces numerosas cuadrillas de artesanos alucinados, que á pretesto de faltarles trabajo, escitaban alborotos y sediciones. Las tribunas y



las asambleas deliberantes se llenaron de sugetos asalariados, desconocidos los unos á los otros, que se mudaban todos los días, y adoptaban ardientemente cualquiera proposicion encaminada á mantener el desórden; al paso que con sus gritos sediciosos deseaban cuanto podía restablecer la paz. Asalariábanse tambien rameras, no para galardonar sus favores, sinó á fin de propagar, en cuanto pudiesen, el menosprecio de las buenas costumbres y la sed insaciable del deleite. Pusieron en pública subasta cabezas humanas, y recibían salario los monstruos, que á semejanza de los caribes, ostentaban una cabellera ensangrentada. La policía antisocial y pérfida fomentaba cuidadosamente el robo, y recompensaba á los tahures: en cualquiera parte se encontraba uno de esos garitos infames, á donde van los jóvenes incautos á disipar los cauda-

les de sus padres. En los paseos públicos, en las calles y mercados, no se oían mas que proposiciones feroces ó canciones obscenas: habia oradores de plaza, cuyo oficio era propagar con su language grosero la inmoralidad, la irreligion y la anarquía. Las esquinas y los monumentos públicos estaban llenos de pasquines escandalosos, con el fin de promover los delitos. En suma, todas las pasiones desenfrenadas, á manera de monstruos espantosos, amenazaban con un total esterminio á la presente generacion ya corrompida; y por sobrescrito de tanta demencia y atrocidad, se cometían en nombre de la libertad todos los delitos: invocaba á los mas ilustres defensores de ella el que vivía mas licenciosamente, y el nombre del pacífico Rousseau sonaba en los sangrientos labios del *verdugo* Jourdan.

Conociendo yo el carácter del duque

de Orleans, hubiera sido poco juicioso en imputarle estos atentados; pero por su desgracia, donde quiera que se refiriesen, siempre andaba mezclado con ellos su nombre: ; feo baldon, que aun el trascurso de muchos siglos no bastará á desvanecer!

Hacia mucho tiempo que había yo de puesto la idea de establecer una nueva dinastía, cuyo tronco fuese el duque de Orleans. Con todo era indudable que cuanto mas crecía el torrente revolucionario, tanto ménos capaz se hacía Luis XVI de contenerlo: cierto era tambien que aquel torrente amenazaba ya de modo, que si no se le oponía un fuerte dique, llegaría á inundar toda la Francia y aun la Europa. Pero ¿dónde podría hallarse este dique? solo en la mudanza de dinastía, segun mi dictámen.

Del ministerio pasé al mando del ejército, y entónces creí que podría

poner en ejecucion mi proyecto, atendido el influjo directo y absoluto que tiene un general sobre sus tropas. Si hablase á otro que á V. M., acaso necesitaría justificarme, añadió Dumouriez; pero V. M. sabe muy bien, que mi conducta solo ha tenido por objeto la tranquilidad de Europa y el bien de mi patria.

No pareciéndome el duque á propósito para restaurar la monarquía, puse las miras en su hijo. Este jóven, dotado de un gran valor, de un corazon generoso, de una filosofía sólida, y en fin de un carácter noble, debía, segun mi opinion, reinar en unos tiempos borrascosos, y gobernar á unos hombres inflamados con el fuego de la revolucion. Cuanto mas meditaba este designio, tanto mas saludable me parecia, y desde luego me dediqué enteramente á ponerlo por obra.

Con todo no bastaba que el nuevo



monarca fuese reconocido y proclamado por el ejército, mientras no estuviera de mi parte otro poder mas fuerte que el de las bayonetas, á saber, la opinion pública, y era forzoso granjeármela.

Las circunstancias me parecieron sumamente favorables al intento. Por una parte los escesos de la anarquía, y por otra el impulso de los republicanos, podían servir á manera de máquinás, ya para derribar la autoridad vacilante, ya para levantar la nueva. Solo restaba acomodar á mi empresa las tentativas ó los progresos de todos los partidos, evitando que se aprovechasen ellos de sus ventajas.

Mientras que por medio de enviados leales, diestros gazeteros y oradores vehementes, se preparaba y dirigía la opinion pública en favor de la mudanza proyectada, un negociador inteligente inclinaba á V. M. y al Estatuíder,

á que apoyasen el proyecto con sus armas. Solo la Inglaterra, á consecuencia de la enemistad nacional que profesa á la Francia, prometió su auxilio al duque de Orleans, constituido desde entónces protector del latrocinio y de la anarquía.

A fin de reunir con mi industria otros medios á los que ya me habían proporcionado las circunstancias ó la casualidad, me pareció oportuno abocarme con aquel personaje, y al mismo tiempo ver y sondear los hombres mas notables de todos los partidos.

Esto pasaba pocos dias ántes del 10 de agosto. Los síntomas de la insurreccion se advertían ya en todos los semblantes y discursos. En vísperas de una lucha, de que pendía el destino del imperio y el del monarca, la corte apenas pensaba en hacer preparativos de defensa: por la otra parte iba á comenzar el ataque, y los que habían de

dirigirlo, no sabían aun qué especie de Gobierno sustituirían al que intentaban aniquilar, en caso de quedar victoriosos. Manifestándoles yo mi pensamiento, é indicándoles al duque de Châtres como restaurador, me pareció que los lisonjeaba, y con una adhesión formal se me mostraron agradecidos. De estos sin embargo exceptúo un corto número de republicanos, bastante animosos para conspirar contra un monarca, pero altivos en demasía para sustituirle otro.

Pocos días ántes del que iba á ser último en el reinado de los Borbones, pasé á verme con el duque de Orleans. Miéntras que todo el pueblo le suponía ya dispuesto á recibir la corona vacilante de Luis XVI, sentado él á una mesa espléndida, cercado de halagüeñas cortesanas, y de cinco ó seis petardistas lisonjeros, se distraía anticipadamente de las fatigas de su gobier-

no futuro : en tal estado no pude ménos de compararle con Sancho Panza, gobernador de la insula Barataria.

A la disolucion de un grande imperio preceden siempre ciertos instantes terribles y espantosos, porqué teniendo sus miras particulares cada cual de los conspiradores, da á sus acciones y movimientos una direccion personal. Esto es lo que yo observaba en la época de que voy hablando. Entre los conjurados había algunos asalariados por la Inglaterra, que protegían en la apariencia al duque de Orleans, aunque su verdadero objeto era colocar al duque de York en el trono frances : otros solo querían la guerra, como verdaderos facciosos, para enriquecerse con los despojos de ella : el tercer partido, que por desgracia era el mas numeroso y exaltado, no tenía más objeto que el esterminio de toda autoridad, sin querer sustituirle otra : en suma, esta bár-



bara canalla pretendía romper todos los vínculos sociales. Los medios de conseguir este fin, debían ser el latrocinio y los asesinatos, y su recompensa una brutal satisfaccion de las pasiones. Los partidarios de la independencia pública, si por honradez no querían hacerse cómplices de tantos delitos, procuraban á lo ménos hacerlos provechosos á su sistema, ya por política, ya por falta de pundonor. En cuanto al partido realista, flojo, pusilánime y dividido, carecía de recursos, así en su existencia propia, como en el carácter del soberano que defendía. El corto número de realistas puros y desinteresados que sirvieron á la monarquía ó al rey, por el bien de este, puede compararse, aunque en sentido inverso, con los amigos sinceros de la libertad, que por ella sirven hoy á la república.

Tal era el estado de las cosas, cuan-

do se oyó la esplosion. A pesar de las promesas de mis amigos, y del buen concepto de algunos, conocí que era conveniente diferir para otro tiempo mas sereno la instalacion del duque de Chártres. Parecióme que el triunfo de la anarquía sería tan horroroso como corto, y que duraría ménos cuanto menores obstáculos se le opusiesen. Si en vez de guarnecer la frontera, hubiera marchado el ejército victorioso de V. M. á las orillas del Sena en los primeros dias de agosto, la mudanza se habría verificado y restablecido la tranquilidad, sin demora ni encarnizamiento.

En esto el duque de Orleans, con quien mantenía yo una relacion precisa como ayo de sus hijos, y cuyo partido contaba mucho conmigo, segun verá despues V. M.; el duque de Orleans, repito, me aplazó para el dia 28 de agosto en su palacio.

El 27 en la noche paró á mi puerta un coche, y de él salió una señora, que sin nombrarse pretendía hablarme á solas. Hicela entrar, y quedé sumamente sorprendido viendo á la duquesa de Orleans.

En un cuerpo debilitado con habituales achaques, encierra esta señora un corazón sensible y virtuoso. Agena de las intrigas cortesanas y de las tramas de una revolución, pasaba sus pacíficos días (ahora tan inquietos) en la soledad de un retiro, que amenizaba con su beneficencia. Si aun mantiene algunas relaciones en la corte, procede ya de consideración al duque su marido, cuyos extravíos ha llorado siempre, escusándole; y ya principalmente del tierno amor que profesa á sus hijos, á quienes cuida y amonesta desde su albergue solitario, no perdiéndolos nunca de vista.

Entró en mi habitación trémula y

descolorida, y sin poder apenas articular una palabra; lo cual me hizo rezelar que había descubierto ó sospechado mi proyecto, que nunca le confié, (si bien era favorable á su hijo) conociendo la moderación de sus deseos, y su aversión á todo engrandecimiento. Pero no tardé en saber que el desasosiego procedía de otra causa.

Una de sus camareras, cuyo marido servía también al duque, saludándola aquella mañana, había dicho que pronto la trataría de *Magestad* en lugar de *Alteza*. Esta proposición inquietó sobre manera á la duquesa, que por la primera vez de su vida trató de sondear los arcanos políticos, y de averiguar la conducta y los proyectos de su esposo. Hé aquí el resultado de su indagación.

Una insurrección concertada en los arrabales de san Antonio y de san Marcelino, cuyo cuartel general se fijaría



en el palacio de Orleans, debía apoderarse á un tiempo de los cuarteles, prevenciones y demas puestos militares; del depósito de marina, en donde celebraba sus juntas el consejo ejecutivo; de la tesorería, y del salon destinado á las sesiones de la asamblea legislativa. Miéntras se arrestaba con diferentes pretextos á los diputados ménos favorables á este partido, otros ya vendidos á él ó resueltos á sostenerlo, propondrían la necesidad urgente de reparar los males de la patria, y restablecer el orden, sustituyendo un Gobierno sólido y permanente al débil y vacilante, que existía ya diez y ocho dias. Luego una diputacion crecidísima de todas las clases del estado pediría por rey, en nombre del pueblo, al duque de Orleans, cuyo busto coronado estaría puesto sobre la mesa de la asamblea. Varios individuos de ella, afectando que controvertían y

aun contradecían la propuesta, cuidarían de disfrazar lo perjudicial de ella, presentándola únicamente bajo su aspecto favorable. Durante los debates, que se alargarian de propósito, irían preparando y disponiendo los ánimos numerosos pasquines, oradores enérgicos, y folletos repartidos en el público con profusion. Acabaría de ejecutarse esta revolucion, á beneficio de cien carros de trigo que se habían de repartir á los pobres, algunos centenares de cántaros de vino que se tendrían acopiados en diferentes barrios, y un millón de pesetas que se debía distribuir con economía y acierto entre la muchedumbre, añadiendo á esto reiteradas promesas de tranquilidad doméstica, de paz exterior y de felicidad general.

El duque de Orleans arrebatado, por decirlo así, de su palacio por un pueblo que le idolatra, sería llevado

en triunfo al salon legislativo, y allí ocuparía el nuevo monarca el sillón del presidente, convertido en trono. Su esposa, objeto del mismo entusiasmo, participaría de iguales honores. Los reales consortes debían recibir, con beneplácito del pueblo y consentimiento del cuerpo legislativo, el juramento á los magistrados y demas empleados públicos, y lo que no era de menor importancia, el reconocimiento y homenaje de algunos embajadores extranjeros. Un ministro nuevo y elegido de antemano haría publicar en Paris la acta de este memorable acontecimiento, que sería llevado á todas partes del reino por numerosos correos, ratificándose su justicia y necesidad con otra distribucion de moneda, acuñada con el retrato de *Felipe*.

La duquesa me refirió toda esta conjuración con gran dolor y derramamiento de lágrimas, y yo al ver su es-

panto, cuando se le representaba la idea de suceder á la reina y de serlo ella misma, comprendí que la ambicion jamas estimularía sus deseos. Dumouriez, me dijo, conozco, que no dejará de tener un grande influjo con mi esposo un general tan distinguido como Vd., que ademas es ayo de sus hijos. Así que, ruego á Vd. con el mayor encarecimiento, emplee este ascendiente para disuadirle de tan fatal proyecto, del que ha de resultar forzosamente nuestra desgracia, y no la felicidad pública. Triste de mí! puesto que ha sido mi compañero en el amor, ¿por qué no lo ha de ser tambien en mis proyectos? Una campiña fértil y risueña bastaría á dos esposos contentos y tranquilos; y si apetecía una corona, el amor se ocuparía en hacerse la de las flores más bellas. —

Dejómeme enternecido esta señora respetable; y á decir verdad, cuando le



ofrecí disuadir á un esposo, cuyo proyecto era diametralmente opuesto al mio, lo hice mas por ella que por mis particulares miras.

Luego que me quedé solo, anoté cuanto acababa de oír, y al paso se me ofrecieron mil reflexiones y temores. Conocí que en la suposicion de llevarse á efecto prontamente aquella grande empresa, quedaba frustrada la mia, en cuya ejecucion, segun mi dictámen, estribaba la salvacion del estado. Movidó de esta consideracion, fui inmediatamente á hablar al duque, aunque era ya muy tarde.

Le encontré muy ufano con la esperanza halagüena de su triunfo, que le ocultaba los inconvenientes de la empresa. Despues de haberme abrazado con sumo regocijo, se puso á darme parte de la conjuración, reducida sustancialmente á lo que me había dicho la duquesa, si bien variada en algunas

circunstancias y en el modo de referirla. Cuando el príncipe estaba mas engolfado en su narracion, entró un criado y le habló en secreto. Que entren, dijo el duque en voz alta: el general no estorba; lo que ha de saber mañana, que lo sepa hoy.

Dicho esto, se encaminó á la puerta de la sala á recibir ocho personas que entraban, de las cuales conocí cinco, á saber, Robespierre, Danton, Marat, Billaud-Varennes y un italiano llamado Rotondo: los demas me eran desconocidos.

Señores, les dijo el duque, presento á Vms. al general Dumouriez, con cuya amistad y fidelidad pueden contar. — Billaud-Varennes y Danton me dieron la mano en señal de confianza, Robespierre me saludó friamente, y Marat se sentó en un sofá haciendo gestos. Antes de sentarse los demas é imponer silencio, vinieron con bebidas los cria-

dos, pusieronlas sobre una mesa, y despues nos dejaron solos.

Habló primero Danton, y dijo al duque: Señor, cuando creíamos entrar en el puerto, nos engolfa de nuevo la tempestad en el mar: difícil es el paso de un Gobierno á otro, y quanto mas nos acercamos al término, mayores obstáculos se nos oponen.

Pues qué hay de nuevo? preguntó el duque. El *incorruptible* os informará, respondió Danton señalando á Robespierre, y mirándole con una ligera sonrisa.

Mucho tiempo hace estoy repitiendo, dijo este, que los paliativos son perjudiciales y arruinan los imperios; verdad que se acredita mas en tiempos de conspiracion: y puesto que solo el vencimiento absuelve del crimen una vez emprendido, es necesario ó perecer, ó cometerlo enteramente. Hablemos con franqueza: hasta ahora solo

hemos conocido la especulativa de las conspiraciones; quando tratamos de pasar á la práctica, nos amilanamos. No es esta la doctrina de nuestros contrarios, y á fe mia que en esto soy de su dictámen: entre tanto que aquí se ventila animosamente su prision ó su destierro, ellos decretan vuestra muerte. Duque de Orleans, ¿esperas subir al trono de aquí á dos dias? delirio! de aquí á dos dias subes al cadalso.

Sí señor, esclamó Marat; si no se da un golpe decisivo, vuestra muerte es inevitable, la nuestra tambien, y la Francia se rinde nuevamente á la infame tiranía de los Borbones. Conspirando están los tigres destronados desde sus oscuros calabozos, y nos consta positivamente que dentro de pocos dias van á asesinaros.

Triste perspectiva! añadió Billaud, alzando al techo sus siniestros ojos y arrojando un profundo suspiro.



No hay medio de evitarlo? preguntó Rotondo con su acento italiano. Vamos, señores, repuso el duque, limpiándose el sudor que le corría de la frente; ¿qué remedio hay para todo esto?

V. A. está muy acalorado, dijo afectuosamente uno de los sugetos que yo no conocía; y de improviso se levantó, tomó de la mesa un vaso de limon y se lo ofreció al duque, el cual lo apuró de un trago, volviéndose con afabilidad al servicial cópero y esclamando: excelente á fe mía!

Qué remedio? respondió Robespierre á la referida pregunta. La humanidad, la justicia, la política y la historia están de acuerdo en uno; mas para ponerlo en ejecucion, se necesita mucho ánimo.

¿Le faltaría por ventura á S. A., dijo Danton, cuando le rodean los atletas mas esforzados de la revolucion?

¿Acaso se necesita mas fortaleza para derribar un trono, que para erigir otro nuevo?

Levantándose entónces el duque asió la mano de Danton, y estrechándosela, le dijo: Ya sabe Vd. que tengo en Vd. la mayor confianza. Llegó pues el momento de acreditarlo, repuso Danton: ponéd vuestra suerte en nuestras manos.

Y ¿por qué no se le ha de decir la verdad claramente? gritó Marat muy colérico: ¿acaso es ya rey para que se la ocultemos? Señor, Cromwell para reinar mandó cortar la cabeza á Carlos I.

Y reinó tranquila y honoríficamente, añadió con zalamería Billaud-Varennes. —

Hasta entónces había yo guardado silencio; pero horrorizado del discurso y ademan atroz del verdugo Marat, no pude contenerme, y esclamé: ¿qué

es esto, señores? intentan Vds. cometer un regicidio?

Apénas pronuncié esta palabra, cuando se levantan los conjurados dando furiosos gritos. Nada vale para contenerlos, ni la autoridad del duque, ni los vigorosos pulmones de Danton: á nadie escuchan ni obedecen estos delirantes: me cercan, me amenazan, y me cubren de dieterios y baldones. Involuntariamente echo mano á la espada, sin acordarme que la había dejado en la antesala: este ademán redobla los gritos y el furor de los asesinos, pues no merecen otro nombre. Marat se tira á mí, y enlaza sus brazos y piernas en mi cuerpo: veo un puñal en las manos de Rotondo, y el peligro y la indignación aumentan mis fuerzas: echo mano á Marat, le áprieto, le sufoco y le tiro en un canapé, de donde rueda y va á dar con la frente en el suelo. Esta accion vigorosa les inspira

terror, y se calman todos. Quiero salir del gabinete, y el duque me ruega que no lo haga, olvidando una pendencia que, segun su espresion, había sentido en el alma. Danton da una fuerte reprimenda á sus compañeros, y procura reconciliarlos conmigo, diciendo: que con poca diferencia yo era de su misma opinion y sistema; y nos brinda á trabajar de comun acuerdo en la empresa. El grande interes que tenía yo en el asunto, me obliga á ceder, aunque con repugnancia, considerando que para satisfacer mi curiosidad y sacar fruto de ella, necesitaba disimular. El duque nos ofrece bebida, y aun nos la sirve por su propia mano. Marat, algo abochornado de la caida, me mira al soslayo, y Robespierre, descolorido y trémulo, había tenido que sentarse.

Suscitóse de nuevo la terrible conferencia; pero mi ligereza había indispuerto los ánimos y refrenado las len-



guas. En vano aseguraba el duque á los conjurados que *yo era de su partido y opinaba como ellos*: la sencillez y franqueza con que hablé, me habían descubierto, y en mi semblante estaba sin duda retratado el enojo y la sentencia de los conspiradores.

La prudencia, que me restituyó un momento de reflexion, me estimuló á engañarlos. Señores, les dije, juicio desacertado sería atribuir mi reconvenccion involuntaria á interes por el rey y desaprobacion de las intenciones de Vds. Tan ageno estoy de querer que se le restituya el cetro como Vds, é igualmente convencido de que es necesario poner en el trono un monarca popular; pero habiendo meditado poco en los medios que Vds. proponen, y que á la verdad son extraordinarios, no pude ménos de horrorizarme al oírlos. El espectáculo de un rey, precipitado desde el trono á un calabozo,

y espirando al golpe del acero, sorprende, y tal vez horroriza...

Robespierre, interrumpiéndome, dijo: Ahora que echo de ver la equivocacion de Vd., le disculpo. No se trata aquí de un asesinato, sinó de una causa criminal. Luis será juzgado y condenado como cualquiera otro delincuente: el verdugo le quitará la vida.

Mejor sería, dijo Rotondo, que pereciese en un alboroto popular.

Y en tal caso, ¿cómo se pondría á salvo la responsabilidad del cuerpo municipal? preguntó Billaud-Varennes.

No puedo ménos de confesar que todo esto me inquieta, dijo suspirando el duque de Orleans.

Qué hombre tan particular! exclamó Marat, dando una patada.

Sacando entonces Robespierre un papel de la faltriquera, leyó un plan en que proponía, que el dia siguiente

de su instalacion convocase el duque por departamentos una diputacion encargada de juzgar á Luis xvi, para lo cual se habían de elegir hombres seguros.

Danton, al contrario, fué de dictámen que estas dilaciones salvarían al rey, y acarrearían la ruina á los que le habían perseguido y formado el proceso; y sea cual fuere el éxito de este negocio, añadió, lo mas que de él puede resultar es la muerte de Luis xvi, y esta no basta. Debe desarraigarse enteramente este tronco, si no queréis que de él broten otros renuevos: esta planta es sobre manera fecunda. Por otra parte, ¿á qué es ir á buscar tan léjos los instrumentos de vuestra justicia, cuando los tenéis, por decirlo así, en la mano? La insurreccion soberana que hace un rey, ¿no podrá deshacerse de otro? Además ¿qué es la guillotina, sinó un papirotazo en el

cuello? Las vértebras reales de Luis xvi serán tan dóciles como las del vasallo mas infeliz. —

Tras este discurso, propio de un antropófago, asomó en el semblante de los conspiradores una risa feroz, de que únicamente no participó el duque, en cuyo favor se meditaba el asesinato. Rotondo reía á carcajadas, hablando en secreto á Billaud-Varenes, que pensativo escuchaba con afectada sonrisa las inhumanas chocarrerías de su feroz compañero.

Volviendo á tomar la palabra Danton, hizo decretar, que la insurreccion premeditada para coronar á Felipe, diese principio á esta grande obra por el juicio solemne y suplicio de los presos del Temple; y para libertar al nuevo monarca de todos sus enemigos, y hacer que los adictos al antiguo participasen de su infausta suerte, como anteriormente de su grandeza, se



resolvió comprenderlos en la misma persecucion. La junta de vigilancia de la municipalidad, presidida por Billaud-Varennes, debía encargarse de la ejecucion de este proyecto sanguiinario, al que Danton, ministro de la justicia, había de dar un carácter legal, publicándolo con todas las fórmulas de estilo.

V. M. puede discurrir las reflexiones melancólicas que me ocurrirían durante esta infernal escena. Robespierre acababa de estender una especie de acusacion, y la estaba leyendo, cuando vimos entrar á la duquesa de Orleans sin preceder aviso. Su presencia repentina perturbó á los conspiradores. ¿Qué quieres? gritó el duque, corriendo á ella, como para impedirle que pasase adelante. ¿Es hora esta, añadió con brutal enojo, es hora esta de entrar en mi cuarto? Siempre es hora, respondió ella con una voz an-

gélica, para evitar un delito y una desgracia. ¿Qué significa esta junta? ¿cuál es el objeto de sus deliberaciones? ¿quiénes son estos señores que te rodean? Ay esposo! ¿qué vas á hacer? ¿No basta que hayas dejado de tratarme como compañera tuya, sinó que tambien quieres castigarme como á enemiga! ¿Qué dices? repuso Felipe, equivocado en el sentido de las últimas palabras. ¿Acaso temes que se atreva alguno á tu persona? No me entiendes, replicó la duquesa. Si estos temores naciesen de mi propio peligro, no me hubiera presentado aquí, pues no estimo en tanto la vida, que quisiera rescatarla pidiéndotela de gracia: otro golpe, otro mas sensible puede atravesarme el corazon. Sí, ya estáis prontos á descargarlo, y he venido á impedirlo.

Diciendo esto se echó la duquesa de Orleans á los piés de su esposo, que

enternecido con tan inesperada escena, la estrechó en sus brazos, y la llevó á un sofá, enjugándose las lágrimas.

Esta mudanza repentina del furor al enternecimiento acabó de perturbar á los conspiradores, que retirados en un rincón del aposento, conferenciaban entre sí, mientras la duquesa, esforzando sus primeros golpes, procuraba alcanzar una completa victoria. Parecióme que debía auxiliarla, ya porque me habían horrorizado tantas sentencias de muerte, y ya porque me corría de ver á una dama abogar con mas energía que yo en favor de la humanidad. Seguí, dije al duque, el generoso impulso que ha comunicado esa señora á vuestro corazón. No tínáis con sangre los favores que quiera dispensaros la fortuna, y sobre todo no os hagáis responsable de la vida de vuestro rey — La duquesa que ignoraba la mi-

tad de la conspiración, acabó de saberla por estas palabras, y quedó como fuera de sí, inmóvil, pálida y silenciosa, á semejanza de un viviente herido por el rayo. Después de un breve rato, volvió en su acuerdo con un torrente de lágrimas, y exclamó dolorosamente: Qué he escuchado? ¿Será posible que hayáis concebido el designio atroz?... el dolor no me deja proseguir.... Dios mio! la sangre de Luis xvi!... de vuestro pariente, de vuestro rey!... Triste de mí! ¿en qué he delinquido para que el cielo me haya unido á un monstruo? — Y diciendo esto se levanta, vuelve al duque la espalda, y huye de él horrorizada. Señora, que nos perdéis, y V. A. se pierde también, exclamó Danton, deteniéndola. — Quitádmela vida para no presenciar vuestros delitos. — Señora, por Dios tranquilizaos, añadió el duque. Por Dios! exclamó su virtuosa muger despechada; te atreves á



invocar su santo nombre, y ¿no te aniquila? para cuándo reserva su venganza? Pero de qué sirven mis voces? añadió mudando repentinamente de tono y de ademan. Infeliz de mí! tal vez mientras yo me desahogo con inútiles amenazas, ya se está decretando y aun ejecutando la sentencia regida. Crueles! insistió, dirigiéndose llorosa á los conjurados, ¿osaréis teñir vuestras manos en la sangre de san Luis? Ay de vosotros! si lo hacéis, con la vuestra se lavará esta mancha... Pero no, no la derramaréis: confío en que sabréis respetar á un monarca, que ha espiado sobradamente sus flaquezas con una larga prision y continuos abatimientos. Entre vosotros hay quien se honre con el nombre de padre; y tú, tú lo eres, Orleans, y el infeliz Luis xvi lo es tambien. ¿Qué sería de su inocente y miserable familia, si la arrancaseis de su seno? Una tierna, afable y

tímida doncella, un niño no ménos amable que indefenso... infelices! sus delicadas manos, manos de sangre real, están oprimidas con el peso de las cadenas. Pues bien, que las arrastren hasta el sepulcro; que espiren en el calabozo los que nacieron para figurar ostentosamente en el trono mas ilustre del mundo; pero á lo ménos perdonád la vida á su padre, al que fué vuestro rey, y es hombre todavía. Ah! señores, ya veo correr algunas lágrimas de vuestros ojos: no reprimáis este desahogo de vuestro enternecimiento; haceros merecedores del poder siendo justos, y como justos sed humanos. —

Sin duda copio muy imperfectamente este cuadro sublime y lastimoso, en que la virtud desconsolada bañaba con sus piadosas lágrimas las saugrientas manos del crimen. Los conjurados, bien por arrepentimiento ó por política, (aunque el tiempo ha hecho ver

que esta última era el móvil de sus operaciones) deseosos de tranquilizar á la duquesa, le aseguraron la vida del rey; y hasta ahora han cumplido su palabra.

Al día siguiente tuve orden para salir de Paris á mandar el ejército; y apenas me incorporé con él, ejecutaron en parte su plan los verdugos, sirviéndoles de pretexto, segun hoy nos informan, la invasion de V. M.

Parece, señor, que la intencion de V. M. es quitar á los conspiradores aun la sombra de aquel pretexto, acomodándose á los deseos de Luis xvi. Tambien es este mi dictámen. Vendrá acaso un dia mas feliz, en que auxiliado no tanto con las armas, quanto con la mediacion diplomática de V. M., pueda yo poner por obra el proyecto que tengo premeditado para el bien de mi patria. Entre tanto contenéd el fatal golpe que está para descargarse

en la prision del rey; y si mi opinion vale algo en un consejo tan ilustrado como el de V. M., os ruego entabléis con los que manejan el timon de la anarquía en Francia, una negociacion, que acelere el establecimiento de un Gobierno regular, y la libertad de Luis xvi. —

Habían escuchado Federico Guillermo y su consejo la relacion de Dumouriez con el vivo interes que debe inspirar; y acabada, opinaron todos unánimes, que se retirase luego el ejército prusiano; y á costa de un breve discurso, pude tambien alcanzar, que se restituyesen los pueblos de Longwi y Verdun. Aquí tiene V. M. el duplicado auténtico de los artículos secretos de esta negociacion, y adjunta la carta del rey de Prusia. »



## RESPUESTA

DE FEDERICO GUILLERMO

A LUIS XVI.

*(Documentos justificativos, volm. 10.)*

« Mi estimado primo : entrando en el territorio frances al frente de los antiguos tercios, que el gran Federico condujo siempre por el sendero del honor y de la victoria, no me propuse otro objeto que purgar á la Francia de una horrible y monstruosa anarquía. Mas por desgracia el medio empleado para establecer el orden, sirve de pretexto para trastornarlo mas. Siendo contra los deseos de V. M. y mis propias miras la continuacion de un triunfo, que hace correr vuestras lá-

grimas y la sangre de vuestros amigos ; he determinado retirarme á esperar en una neutralidad armada el éxito de los grandes asuntos que se están ventilando.

Despues de haber hecho presente á V. M. mi intencion como rey, séame dado manifestarle mis deseos como pariente y amigo. Si bajo estos títulos pudiese yo en las presentes circunstancias proceder segun el sentimiento de mi corazon, no se limitaría mi zelo á inútiles protestas.

Con esto, amado primo, ruego á Dios guarde la vida, y disponga la pronta libertad de V. M.

Firmado : FEDERICO GUILLERMO. »

Tal fué la relacion del mensagero, cuya lectura consternó á Luis XVI, conociendo la perfidia infame del duque de Orleans, la atroz política de sus

consejeros, el maquiavelismo de Dumoriez, y los rodeos diplomáticos del rey de Prusia. Lo que templó algun tanto el dolor del aprisionado monarca, fué la paz restablecida en las fronteras de Francia con la retirada de los prusianos, y el sobrehumano esfuerzo de la virtuosa duquesa de Orleans. Por donde se ve, que la Providencia mezcla siempre algun consuelo con los tormentos mas crueles, para darnos á conocer, que cuando nos hiere su justicia, no nos abandona su misericordia, y que mide los castigos, no tanto por su rigor, como por nuestra flaqueza.



EVOC  
F  
EC  
V